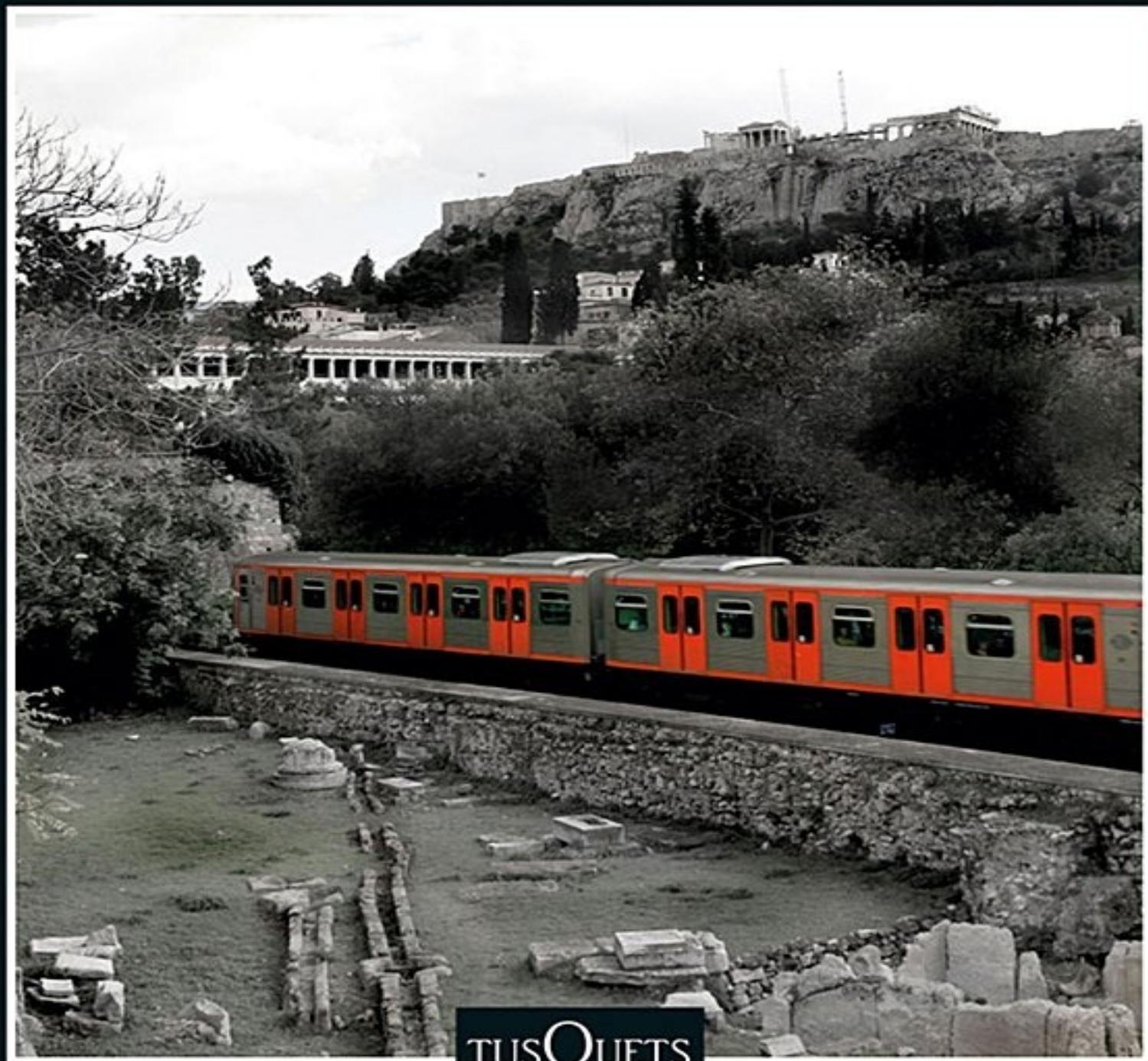


Petros Márkaris

# PRÓXIMA ESTACIÓN, ATENAS

*colección andanzas*



TUSQUETS  
EDITORES

# Índice

[Portada](#)  
[Sinopsis](#)  
[Portadilla](#)  
[Prólogo](#)  
[El Pireo](#)  
[Neo Fáliro](#)  
[Mosjato](#)  
[Kalizea](#)  
[Tavros-Eleftherios Venizelos](#)  
[Petralona](#)  
[Zision](#)  
[Monastiraki](#)  
[Omonia](#)  
[Victoria](#)  
[Atikí](#)  
[Agios Nikólaos](#)  
[Kato Patísia](#)  
[Agios Eleftherios](#)  
[Ano Patísia](#)  
[Perisós](#)  
[Pefkakia](#)  
[Nea Ionía](#)  
[Iraklio](#)  
[Iriní](#)  
[Neratsiótisa](#)  
[Marusi](#)  
[KAT](#)  
[Kifisiá](#)

[Notas](#)  
[Créditos](#)

## Sinopsis

En su serie de novelas policiacas, Petros Márkaris envía siempre al comisario Kostas Jaritos a investigar por el laberinto de Atenas, al principio en su Mirafiori, luego en su Seat y últimamente, debido a la crisis, en autobús. Ahora, el autor se lleva al lector consigo y lo acompaña por la ciudad, siguiendo la línea más antigua de metro de la capital griega. Es un viaje por todos los estratos sociales: desde la ciudad portuaria del Pireo hasta el centro, y de allí, a través de los barrios más pobres, a la noble Kifisiá. Como en una máquina del tiempo, el pasajero viaja a la Antigüedad, a pleno siglo XIX y al presente; y si quiere huir del ajetreo, encuentra, bajo la guía experta de Márkaris, rincones escondidos donde el tiempo parece suspendido.

PETROS MÁRKARIS  
PRÓXIMA ESTACIÓN, ATENAS

Traducción del griego  
de Montserrat Franquesa y Joaquim Gestí



*colección andanzas*

TUSQUETS  
EDITORES

## Prólogo

Quién sabe si el 27 de febrero de 1869, en el viaje inaugural de Zision al Pireo, el maquinista que iba a los mandos de la locomotora se imaginaba que aquel tren se convertiría en el medio de transporte urbano más apreciado por los atenienses. Me parece improbable. Pero una cosa es segura, debió de sentirse muy orgulloso, porque, en aquel momento, Atenas se acercaba un poco más a Europa. Y por entonces aquélla era la gran preocupación de los atenienses: cómo ser (o al menos parecer) europeos. Sin embargo, no tuvieron en cuenta ciertos detalles: la línea ferroviaria acabada de inaugurar unía un centro urbano de cincuenta mil habitantes con otro cuya población no superaba los diez mil; o sea, unía una ciudad de provincia con otra aún más pequeña.

El progreso y el desarrollo del Estado griego podrían resumirse en el refrán: «Cuidado con el vago cuando tiene ganas de trabajar». La línea Zision-Pireo, igual que el metro actual, nació de esta «filosofía». En 1835, un año después de la proclamación de Atenas como capital del Reino de Grecia, llega la primera propuesta de una línea férrea que la comuniqué con el Pireo. El proyecto se realizó treinta y cuatro años después, en 1869. Exactamente lo mismo ha ocurrido con el metro: las primeras obras se remontan a 1963, pero el metro entró en funcionamiento treinta y siete años después, en el año 2000. Sin embargo, una vez puesto en marcha, el metro continúa extendiendo su red a una velocidad sorprendente, igual que sucedió con el tren, que a partir de 1869 se desarrolló con gran rapidez. Al cabo de pocos años se inauguró la línea férrea que iba de la plaza Atikí hasta Kifisiá. A la locomotora principal la llamaban La Bestia, porque lanzaba humo y chirriaba de una forma terrible, pero también porque tenía la fuerza suficiente para arrastrar hasta doce vagones y trescientos pasajeros a cuarenta kilómetros por hora. Treinta y cinco años después, en 1904, la línea se electrificó. A partir de aquel momento, el tren fue rebautizado como el «Eléctrico» y se ha convertido en el medio de transporte preferido por los atenienses. Incluso ahora, que ha pasado a formar parte de la red de metro con el

nombre de Línea 1, los atenienses siguen haciendo la distinción:

—¿Has venido en metro?

—No. En el Eléctrico.

Los primeros vagones eran de madera y tenían el encanto de los viejos trenes. No sólo por sus cómodos asientos de piel, sino también por el vagón de equipajes que utilizaban los pasajeros que venían cargados con baúles y otros objetos voluminosos. Seguramente, el Eléctrico no se puede comparar con el *underground* londinense ni con *le métro* parisiense, pero era el medio de transporte público urbano que tenía un país que oscilaba entre Oriente, los Balcanes y «nuestros abuelos de la antigua Grecia».

En 1965 me establecí en Atenas, y siempre que tenía que subirme a aquel tren de vagones de madera me alegraba. Evidentemente, no se trataba del Orient Express, pero desde luego era mucho más confortable que los incomodísimos vagones de metal con que se sustituyeron años más tarde, y que hasta el año 2000 fabricó la empresa MAN-Siemens.

En 1926 la línea procedente del Pireo se unió a la que iba hacia Kifisiá. Y después, con algún alargamiento más, quedó definido el recorrido de veinticuatro estaciones que atraviesa Atenas de norte a sur, y que sigue siendo la línea más larga de que dispone la red de metro de la ciudad.

De las veinticuatro estaciones, sólo cinco conservan hoy una parte de su antiguo encanto: las de principio y final de línea, el Pireo y Kifisiá: la primera se remonta a 1928 y la segunda, a 1957; las dos estaciones del centro: Monastiraki, construida en 1895, y la estación de Omonia, que se soterró en 1930; y finalmente la estación Victoria, que viene inmediatamente después de la de Omonia, subiendo en dirección a Kifisiá, y que es de 1948. De la antigua estación de Zision, actualmente sólo se salvan las taquillas, que son de madera. El resto de las estaciones fueron remozadas (o alguna incluso creada *ex novo*) antes de los Juegos Olímpicos de 2004, y tal vez sean más funcionales, y a veces un poco más *kitsch*, pero han perdido el encanto de antes. Obviamente, el hecho reviste poca importancia en un país donde la modernización suele significar echar abajo lo viejo.

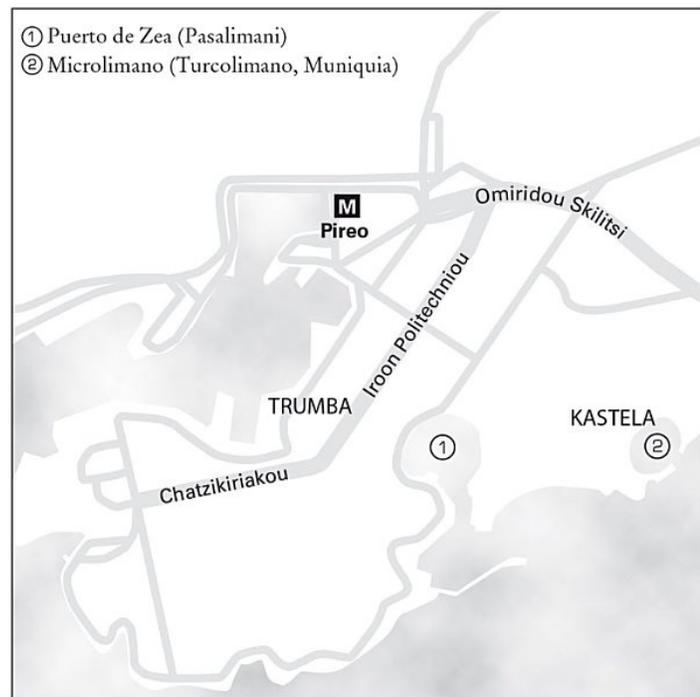
En cualquier caso, el carácter excepcional de esta línea de metro no se encuentra en su longitud ni tampoco en sus estaciones, sino en el hecho de que corta Atenas por la mitad y retrata sus diferentes capas sociales. Empieza en los viejos barrios obreros y portuarios del Pireo, llega al centro de la ciudad, que es la plaza Omonia, y desde allí atraviesa los barrios de la pequeña burguesía para llegar finalmente a las zonas ricas —Marusi y Kifisiá—. Tal vez por eso les guste tanto a los atenienses: no hay guía, mapa o película que proporcione un cuadro tan completo de la ciudad.

El trayecto que les propongo es sólo de ida, recorre las veinticuatro estaciones del Eléctrico y dura una hora escasa. Sin embargo, quien decida bajar en todas las paradas, dar una vuelta por la zona y continuar después el recorrido, conocerá Atenas en toda su belleza y su fealdad, con sorpresas escondidas y contrastes perturbadores, con ruinas del pasado y paseos por templos de la Antigüedad, con sus barrios populares y aquellos otros que le dan un aspecto de ciudad moderna y acomodada, un rasgo, este último, que no ha perdido en la actualidad, dado que la crisis económica no ha golpeado los barrios más ricos, como, por otro lado, suele suceder en cualquier crisis:

Cuando emprendas tu viaje a Ítaca  
pide que el camino sea largo,  
lleno de aventuras, lleno de experiencias,

escribe Kavafis, en su gran poema titulado «Ítaca». Kavafis vivió en Alejandría, Egipto. Sólo visitó Atenas cuando ya estaba muy enfermo y apenas pudo conocer la ciudad. Si hubiese vivido en ella, posiblemente el itinerario de la Línea 1 del metro le habría parecido un viaje a una Ítaca urbana y moderna.

# El Pireo



Si en los años setenta pedías a un taxista que te llevara de Atenas al Pireo, seguro que respondía: «Vale, pero dígame adónde vamos exactamente, el Pireo no lo conozco muy bien». La misma explicación, pero al revés, daba a su vez un taxista del Pireo: «Soy del Pireo y no conozco muy bien Atenas». En esa época, la mayoría de los habitantes de la llanura ática preferían ir en metro y acabar el trayecto en taxi, para no dar vueltas innecesariamente.

Hoy en día las empresas de taxis de ambas ciudades se han unido y sus conductores conocen Atenas igual de bien que el Pireo, pero entonces éste tenía más ambiente portuario que hoy —al menos en lo que a su aire de vicio y

perdición respecta.

En esa época, el Pireo concentraba el mayor número de bares y casas de citas de mala reputación de toda Grecia. Esa concentración se veía claramente en el mítico barrio de Trumba, adonde peregrinaban todos los jóvenes en los años cincuenta y sesenta para iniciarse en los secretos de las prácticas sexuales. Después de la visita se obtenía la acreditación para poder ser amante. Normalmente los progenitores valoraban de forma positiva los servicios eróticos de las prostitutas con los cuales ayudaban a sus retoños a superar miedos y complejos y a relajarse hasta culminar con éxito su primera experiencia. Así empezó el mito de la prostituta de buen corazón que tanto triunfó en la literatura, el teatro y sobre todo en el cine de los años sesenta y setenta. Novelas, obras de teatro y escenas de películas se llenaron de un repertorio de mujeres al estilo de *Irma la Douce*. La más conocida de este género fue la pieza de teatro de Alekos Galanos *Los farolillos rojos*, que más tarde pasó a la gran pantalla y en Grecia se convirtió probablemente en el mayor éxito cinematográfico de los años sesenta.

Atenas no ofrecía nada parecido. No tenía puerto y la zona cercana a la estación era decadente y estaba degradada. A lo largo de la línea del ferrocarril que une Atenas con el Pireo se ha ido formando un barrio con bares y restaurantes, pero entonces sólo había una degenerada vida nocturna de placeres sórdidos y baratos.

Además, en aquella época el centro del Pireo tenía una personalidad completamente diferente. No existían, ni mucho menos, los enormes *Superfast-ferries* que hoy en día van a Creta, a las Cícladas o a las Espóradas. Los viajes se hacían en barcos miserables y los marineros esperaban aquí a ser enrolados, ya fuera en un barco de carga o en uno de pasajeros. Todo el Pireo era un gran mercado de contratación e intercambio de hombres de mar, y cuando zarpaban, sus familias a menudo no sabían si volverían en seis meses, en un año, o tal vez nunca más.

Muchos de esos marineros, sobre todo los adinerados capitanes, tenían a veces una segunda familia en otro país. La mayoría de las familias griegas lo sabían, pero no lo tenían en cuenta, mientras el sueldo del capitán les permitiera tener un buen nivel de vida y comprarse una casa unifamiliar.

El Pireo vivía casi exclusivamente del mar. La llegada de la 6.<sup>a</sup> Flota Americana era un acontecimiento de primer orden: una vez al año arrojaba un montón de dólares del cual se aprovechaban sólo los establecimientos de Trumba, el resto de las tiendas se quedaban con las ganas. Los *americanos* lo compraban todo en la cantina de sus barcos para ahorrar y después invertir el dinero en bares y mujeres. Cuando al cabo de tres días la flota se había ido, aún quedaban marineros aquí y allá, colgados en algún bar o en algún burdel.

Entonces los propietarios, más listos que nadie, pues sabían todos los números de teléfono necesarios ante una situación así, llamaban a la base militar americana de Ellinikó o a la de Nea Makri y desde allí los reclutaban de nuevo.

En las últimas décadas la imagen del Pireo se ha transformado. Apenas queda rastro de su pasado, y sólo aquí y allá se pueden encontrar unos pocos vestigios de los viejos tiempos. La zona de Trumba fue sometida a una limpieza general y ahora ofrece una imagen de desolación. Hoy el barrio está plagado de bloques de viviendas que sobresalen entre las fantasmales ruinas de los bares cerrados para siempre y transformados en barricadas. A esto se añade que el Pireo ha perdido su antiguo dominio del mar. El puerto de Salónica descarga desde 1989 más cantidad de mercancías hacia los países del Este balcánico, mientras que los grandes buques que se dirigen a Italia —hacia Ancona, Brindisi o Venecia— salen de Patras. No obstante, en el Pireo siguen estando las oficinas de las compañías, la mayoría de las cuales son agencias de las grandes navieras griegas que poco a poco han ido trasladando sus sedes mayoritariamente a Londres, y algunas también a Chipre.

El Pireo fue creciendo a lo largo de la línea de la costa, saliendo de Pasalimani en dirección a la península Pireki hasta la escuela de marineros cadetes. El barrio se llama Jatsikiriakio desde que en 1889 se instaló ahí una fundación para la protección de menores.

Los dos puertos del Pireo, que son también barrios de ocio y no ofrecen más que dos fondeaderos, llevaban hasta hace poco nombres turcos. Uno se llamaba Pasalimani (puerto del general, de *limani*, puerto, y *Pasá*, general) y el otro Turcolimano (puerto de los turcos). En la Antigüedad sus nombres eran Zea y Muniqia. No sé cómo se produjo el paso de la designación de la antigua Grecia a la otomana sin haberse decretado nunca un cambio de nombre oficial. La posible explicación es que, durante los años de dominación turca, la despoblación hizo que las antiguas denominaciones cayeran en el olvido y los otomanos utilizaran los nuevos nombres por razones prácticas. El concepto despoblación lo he utilizado aquí con toda la intención: el Pireo contaba en 1821, cuando estalló la revuelta contra los turcos, con no más de diez habitantes. Después fue mejorando poco a poco: en 1827 ya eran 27 y en 1835, un año después de que Atenas fuera declarada capital, ya sobrepasaba los mil.

En los años sesenta, Pasalimani recuperó su antiguo nombre y volvió a llamarse Zea. Desde aquí salen los barcos hacia las islas del golfo Saronico. El Turcolimano recibe hoy el nombre de Microlimano (Puerto Pequeño) y dispone de un respetable puerto deportivo para yates y veleros. Zea y Microlimano son los lugares de recreo por excelencia de los habitantes del Pireo. Antes toda la zona estaba llena de locales donde servían pescado y los atenienses iban allí

cuando querían comer bien. Aún quedan tabernas que se dedican a ello, pero la mayoría de los establecimientos son bares pequeños y locales para estudiantes.

Al final del siglo XIX, cuando el Pireo se convirtió en el puerto principal del reino, se produjo un fuerte aumento de la población. Casi cien años más tarde, sufrió un cambio enorme bajo la Junta Militar con Aristidis Skilitsis como alcalde. Hoy el nombre de este político, fallecido en 2006, ha caído en el olvido. Y curiosamente a él se le debe todo. A pocos jóvenes pireotas les suena el nombre, y los mayores hacen como si no se acordaran. Pero tres años después de haber caído el régimen dictatorial de los militares, en las elecciones municipales de 1978 aún obtuvo el 49 por ciento de los votos. Su reelección pudo evitarse gracias a una alianza entre los dos grandes partidos, que no querían ver de ninguna manera a un antiguo miembro de la Junta Militar en el sillón de la alcaldía. Los habitantes del Pireo lo criticaban en público, pero en las elecciones continuaban votándolo sistemáticamente.

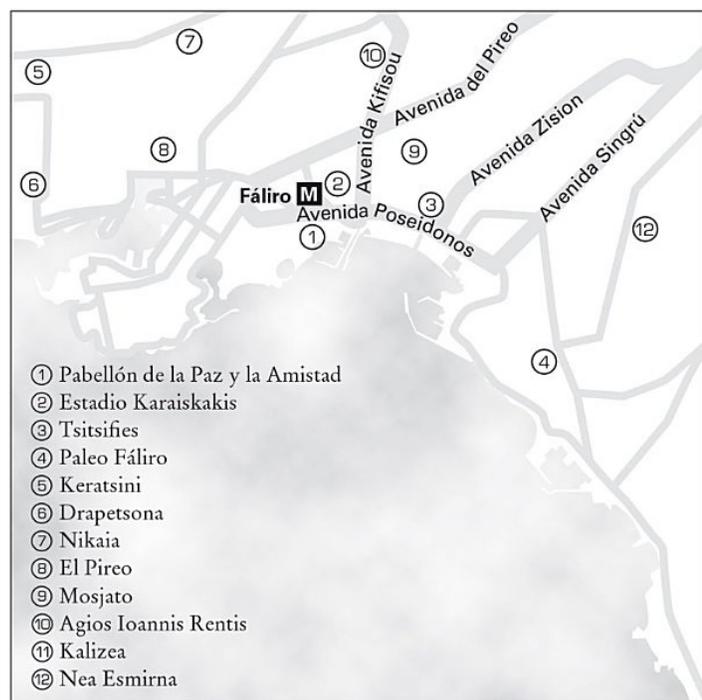
El cambio del que hablaba antes llevaba consigo, en primer lugar, la limpieza del centro del Pireo y de las zonas más próximas. El alcalde mandó cerrar los locales de Trumba y también acabó con los chiringuitos y con los pequeños locales. Skilitsis fue un modernizador de la escuela a la que me he referido antes: se cargó todo lo antiguo y auténtico y vistió el Pireo como las colegialas de un internado, todas con el mismo uniforme. Incluso hizo desmontar el antiguo reloj histórico de la plaza mayor, desterró de las cafeterías y tabernas las tradicionales sillas de madera con asiento de rafia y las mandó sustituir por las de plástico, blancas como la nieve, que se pueden encontrar en cualquier mercado semanal para el jardín o la terraza.

A pesar de todo, Skilitsis dejó en pie los barrios obreros de Perama y Keratsini, con sus pequeños astilleros, y el de Drapetsona, que vivía de y para la fábrica de cemento. Allí era la policía la que se encargaba de las operaciones de limpieza cuando perseguía a sindicalistas y a militantes de izquierdas.

Al Pireo sólo le quedó como único vestigio histórico la estación término del metro —que ni siquiera es la original, de 1869, sino la variante más reciente, de 1928.

# Neo Fáliri

## NEO ΦΑΛΗΡΟ



La parada de metro de Neo Fáliri se encuentra literalmente atrapada entre el Estadio de la Paz y la Amistad, por un lado, y el de Karaiskakis por el otro. A la salida de la estación, los carteles sólo señalan hacia los dos centros deportivos, como si los viajeros que llegan hasta aquí no tuvieran otro destino. Ambas construcciones forman junto con otros edificios —entre ellos hospitales y centros de telecomunicaciones— un muro impenetrable a lo largo de la costa, detrás del cual el barrio auténtico se encuentra completamente desaparecido. Hoy en día, Neo Fáliri recuerda, de alguna manera, a Gran Canaria; allí también hay una pared que separa la isla del mar y la ciudad real queda detrás del muro de la costa. Aunque el caso de Neo Fáliri es más extremo todavía: entre la línea

de la costa y la del metro se levanta un segundo muro de bloques de viviendas recién construidas. De las antiguas casas de una o dos plantas de los años cincuenta y sesenta apenas queda alguna que otra, encajonadas y sin ningún tipo de gracia, resistiendo con sus jardines llenos de buganvillas, rododendros y acacias, como los liliputienses del cuento de Gulliver perdidos en el país de los gigantes.

Con una de esas casas antiguas se tropieza uno, por ejemplo, justo detrás de las taquillas del estadio Karaiskakis. Se encuentra completamente sola, aprisionada entre los monstruosos edificios de la estación y del estadio. A través de la puerta abierta de la terraza se puede ver que en la pared, en lugar de un cuadro, cuelga el timón de un barco. Al lado hay una estantería con una maqueta de un crucero hecha a mano.

Cuando estuve por primera vez allí, a finales de los años sesenta, Neo Fálíro parecía una ciudad satélite del Pireo, aunque fuera un municipio aparte. La mayoría de los habitantes eran gente de mar sencilla. Los capitanes residían más bien en Kastela, muchos de ellos también en las islas de Hidra o de Andros, de donde eran originarios casi todos. En cambio, en Neo Fálíro vivían los ingenieros y los simples marineros.

En *La dama del mar*, de Ibsen, a la protagonista, Ellida, la consume el deseo por el marinero de quien se había enamorado hacía mucho tiempo. Hace sólo unas décadas, las mujeres de Neo Fálíro esperaban todavía exactamente igual, durante toda la vida, siempre con el corazón en un puño, el regreso de sus padres y maridos. Pasaban días, meses, en muchas ocasiones también años, en una incertidumbre total, pues en aquella época en la navegación griega se apostaba más por la cantidad que por la calidad. Los armadores griegos poseían realmente una gran flota, pero la mayor parte de los barcos eran viejos y estaban en tan mal estado que podían naufragar en cualquier momento. En las oficinas de las compañías navieras no resultaba extraño encontrarse en la recepción a mujeres con sus hijos de la mano que recogían llorando la última paga o la indemnización por la muerte del marido que el mar se había tragado en alguna parte, muy lejos.

Por aquel entonces aún estaba vigente una normativa para la construcción de edificios según la cual los que estaban situados en la primera línea de mar no podían superar los tres pisos de altura. Pero entonces llegó la Junta Militar, abolió esa limitación y en lugar de los tres pisos proliferaron enseguida los cinco o seis. La Junta destrozó la costa para ganarse el corazón de la gente. Esto último les salió bastante mal: los constructores aprovecharon la oportunidad al vuelo y los habitantes se aplicaron en destrozarla, primero en las zonas caras, como Paleo Fálíro, y más tarde, en los años setenta, también en Neo Fálíro.

Hoy en día la situación es completamente diferente. Muchos de los descendientes de la gente de mar tienen otro oficio, en las navieras sólo trabaja una parte de ellos. Los viajes son ahora más cortos, no sólo porque la velocidad de los barcos ha aumentado, sino porque los marineros normalmente van en avión a los puertos donde están fondeados los buques y regresan de la misma manera. Además, la flota mercante griega se modernizó completamente gracias, en buena medida, a las grandes ganancias de las compañías durante el tiempo en que el canal de Suez permaneció cerrado, entre 1973 y 1975.

Actualmente, en los barcos sólo los capitanes y los ingenieros son griegos. Los demás trabajadores provienen de las migraciones marítimas: son paquistaníes, egipcios, sirios o tailandeses.

Los familiares de la gente que trabaja para el mar ya no tienen ningún problema para conseguir un crédito inmobiliario o de consumo, pero en los años sesenta sólo el tendero de la esquina concedía préstamos. Cada familia tenía cuenta en una libreta donde el tendero apuntaba las compras que hacía. Cuando llegaba la paga del marino o del cabeza de familia, se cancelaban las deudas. El tendero tachaba los créditos particulares, arrancaba las hojas correspondientes y hacía constar en la siguiente página en blanco la nueva cantidad con la que la familia se podía volver a apuntar.

Desde el punto de vista geográfico, Neo Fálíro empieza en la iglesia Mirtidiótisa y acaba en el río Cefiso. Las fronteras del municipio también se podrían definir gastronómicamente: Neo Fálíro está bordeado de tabernas de pescado, desde Microlimano en el sudoeste hasta Tsitsifies al este.

Microlimano es el sitio donde tradicionalmente se iba a comer al mediodía, ya he explicado su historia en el capítulo sobre el Pireo. En Tsitsifies se encuentran las tabernas de pescado para la cena. Cuando a principios de los años sesenta me llevaron por primera vez al Microlimano (entonces aún se llamaba Turcolimano), en una época en la que yo sólo iba de manera esporádica a Atenas, los locales se alineaban uno al lado de otro. Si uno se sentaba a una de las mesas de madera en una silla de mimbre y con la taberna a sus espaldas, tenía una vista panorámica de la bahía con las pequeñas barcas de pesca. Si se daba la vuelta, sentado de espaldas al mar, veía Kastela con sus casitas que subían hasta el cielo azul.

Cuando te sientas hoy en una terraza, y dejas descansar la mirada sobre la marina llena de yates, resulta que las barcas de pesca han desaparecido del paisaje. Por supuesto, puedes darte la vuelta, de espaldas a la bahía, y mirar hacia Kastela. Sólo que entonces ya no ves callecitas estrechas que suben y casitas bajas, sino unos bloques de viviendas con una altura exagerada.

Tsitsifies era el barrio de diversión para la gente humilde. Ahí las tabernas

no tenían vistas sobre el Turcolimano (como se llamaba entonces), ni las tascas disponían de pescado caro en las cartas, tan sólo doradillas y sardinas frescas. Se servía pescado pequeño y a buen precio: caramel, anchoa y boquerón. Diseminados entre las tabernas se encontraban los locales donde se tocaba el buzuki, que hacían las delicias del más humilde.

Así pues, en Neo Fálíro las diversiones quedaban fuertemente separadas según el bolsillo. Esto ha cambiado con el tiempo. En todas partes hay locales de *striptease*, de música rebética o discotecas.

Cuando ahora oigo a los habitantes de la llanura ática, sin distinción de edad o género, que explican, entusiasmados: «Hemos estado en Microlimano comiendo pescado» o «en Tsitsifies nos lo pasamos en grande», pienso que esas expresiones en los años sesenta y setenta habrían significado algo muy específico.

# Mosjato

Μ ΜΟΣΧΑΤΟ



Antes de mudarme a Atenas, tan sólo visitaba la ciudad una vez al año, casi siempre en primavera. Me quedaba en casa de unos parientes de mi madre, en Mosjato. Era una familia originaria de Asia Menor que había llegado a Grecia durante los intercambios de población de 1923. Y si la pobreza era lo único que pudieron llevarse de su antigua patria, en la nueva también quedaron ligados a ella.

La familia vivía en los sótanos de una casa con jardín. Una noche de principios de los sesenta, sobre las dos de la madrugada, mientras dormía tranquilamente mecido por el susurro de la lluvia, alguien me sacudió en los hombros. Al mismo tiempo oí la voz de mi prima: «Despierta, Petros, estamos bajo el agua». Pegué un salto de la cama y vi que el agua lo inundaba todo a través de puertas y ventanas. Mis parientes parecían estar acostumbrados, pues encontraron con los ojos cerrados lo que tenían que llevarse: edredones secos y algo de ropa. Apenas habíamos salido de casa cuando también salieron flotando los muebles.

Al día siguiente, los titulares de los periódicos rezaban: «¡El Cefiso vuelve a desbordarse!».

El río Cefiso es la frontera natural entre Neo Fáliro y Mosjato. Nace en Menidi, cerca de Dekelía, atraviesa el Ática y desemboca finalmente en la bahía del Fáliro. El único tramo no encauzado por diques se encontraba entonces en la desembocadura y en esos barrios, y sobre todo en Mosjato se producían numerosas inundaciones, mucho más que en Neo Fáliro. Hoy en día ya se ha construido también un dique en la desembocadura.

Ése era uno de los rasgos distintivos de Mosjato en los años sesenta. El otro eran las varillas de hierro que sobresalían de las columnas de cemento de los tejados planos de las casas. Encarnaban el sueño de un futuro segundo piso, aunque sea difícil de imaginar un sueño menos antiestético. Las renunciadas y un ahorro férreo debían hacerlo realidad. En Mosjato vivían principalmente artesanos, obreros de la construcción y jornaleros que ganaban bastante menos que los marineros de Neo Fáliro.

En los barrios como Mosjato se podía observar un fenómeno interesante: la gente desarrolló ahí una «cultura de la pobreza». Ésta quedaba patente sobre todo en las expresiones que se utilizaban en las discusiones: «Soy un señor», por ejemplo. No es exactamente lo mismo que «Soy un hombre respetable», pues la exigencia de ser un «señor» conlleva una diferencia de clase que el concepto «respetable» no contiene de forma necesaria. O también la palabra *filótimos*, del griego antiguo, y que era corriente hasta mediados de los años setenta, conlleva el concepto de honradez que indicaba un comportamiento honesto y escrupuloso. Esta expresión prácticamente no se usa hoy en día. Hace poco, los organizadores de un festival de literatura en Mantua me preguntaron por una palabra para un diccionario de términos difíciles de traducir y les di la palabra *filótimos*. Los traductores se tiraban de los pelos por las posibles interpretaciones.

Hoy en día no son las varillas de hierro que sobresalen del cemento sino los créditos bancarios los que hacen creer a los griegos que los sueños de antaño se pueden cumplir. Han perdido la «cultura de la pobreza», que dominaban tan bien, y la «cultura de la riqueza» nunca han llegado a adquirirla, aunque desde la entrada en la Unión Europea en 1981 hubiese una lluvia de dinero en Grecia. Así, «la cultura del día a día» de los griegos flota en un vacío y las crisis económicas que tienen cautivo al país no son culpa de la pobreza como en los años sesenta, sino de la mala relación con la riqueza.

Si se recorre hoy General Makriyiannis, la calle principal de Mosjato, ya no se ve ni una sola varilla de hierro en los tejados. Las casas de una planta se transformaron en viviendas de dos, muchas de tres, y no se diferencian en nada de los bloques de pisos. Entre éstos se observan algunas casas de cuatro o cinco

plantas, resultado de una particularidad de la ley griega del suelo conocida como *antiparaji* o contraprestación de terrenos.

Desde comienzos de la década de los cincuenta, precisamente después de la Guerra Civil, un sistema basado en el intercambio y en la contraprestación fue el resorte del desarrollo urbano. Y sobre éste se fundó también el «milagro económico griego», como lo llaman sutilmente los nativos. Quien poseía un terreno, lo cedía a un constructor a cambio de un piso de cuatro habitaciones, o dos de tres, según el tamaño de la finca y el valor de la zona. Mosjato era un barrio que estaba bien de precio, los terrenos no tenían mucha demanda y los habitantes ganaban poco, de manera que el constructor ahorraba donde podía para sacar beneficio, tanto de los propietarios como de los materiales de construcción. Así fue como se levantaron casas baratas que a los diez años empezaron a deteriorarse. «El constructor nos tomó el pelo», se oye decir por aquí en boca de todos los propietarios. Si Roma es la Ciudad Eterna y París la Ciudad de la Luz, Atenas es la Ciudad de los *antiparaji*.

Hay muchos barrios como Mosjato. Si tienen algún rasgo común, ése es la falta de personalidad. Se podría afirmar que la falta de expresión de los edificios refleja una personalidad poco marcada de sus habitantes, una mezcla de pequeños comerciantes, ciudadanos sencillos, empleados públicos y jubilados.

Antes, las tiendas estaban vacías y los propietarios permanecían de pie en los umbrales de las puertas y charlaban entre ellos. O bien colocaban dos sillas y una mesa en la acera para matar el tiempo con unas partidas de *tavli*. La mayoría de los negocios eran mercerías o tiendas de zapatos, camisas, blusas o ropa interior a buen precio. Ahora las tiendas venden productos exclusivos y parecen modernas porque tienen escaparates elegantes, pero siguen vacías como antes y los propietarios se apoyan en la entrada, fuman e intercambian algunas palabras. Sólo que el juego de *tavli* ha desaparecido de las aceras.

Cuanto más se aleja el viajero de la estación de metro, más numerosas son las casas viejas. Detrás de la parada, que ha sido renovada, aún se encuentra el centro de formación profesional del instituto de empleo, tan descolorido, anodino y abandonado como hace cincuenta años. Queda claro que detrás de la fachada tampoco habrá cambiado nada.

# Kalizea



Kalizea quiere decir... *Bellevue*... *Belvedere*...

Tengo un amigo que es humorista y que una vez actuó en un espectáculo de revista en el bulevar Alexandra, el Broadway ateniense. Este tipo de piezas forman parte de las diversiones de verano de los atenienses. En una entrevista para uno de esos programas de cultura dirigidos al público televisivo, la moderadora le preguntó:

—¿Es interesante el espectáculo que está haciendo?

Mi amigo la miró por un momento.

—¿Conoce *Macbeth* de Shakespeare, señorita?

—¡Por supuesto!

—¡Pues lo que yo hago no se le parece en nada!

Lo mismo sucede con Kalizea: «¿Conoce usted el famoso sainete de Ödön von Horváth, *Zur schönen Aussicht* [Una esperanza demasiado bella]? ¡Pues no se le parece en nada!».

Kalizea es quizás el único barrio de clase media entre el Pireo y la plaza

Omonia. Aunque esté al lado de Mosjato, los dos barrios no tienen nada en común. Para empezar, Kalizea es mucho más grande. Comienza en la parada de metro, limita al este con la avenida Zision y acaba en la de Singrú. Aparte del metro, hay otras dos grandes calles paralelas que llevan de Kalizea a Omonia, la avenida de Salónica y la avenida del Pireo.

En este punto me gustaría hablar sobre ciertas particularidades relativas a los nombres de las calles. El extranjero que busque en Atenas la avenida del Pireo no la va a encontrar por ninguna parte; como mucho en algunos carteles viejos. La calle se llama oficialmente Panagis Tsaldaris, uno de los políticos griegos más conocidos de la época de entreguerras. Los hombres y los acontecimientos célebres, sobre todo Aristóteles y Eleftherios Venizelos, son víctimas de todas las ciudades y municipios. Digo víctimas, porque a los alcaldes atenienses siempre les llega la inspiración de cambiar los nombres de las grandes avenidas, adoptados desde décadas, y dotarlas con los de hombres famosos y de referencias a acontecimientos importantes. Sin embargo, los atenienses ignoran estos cambios adrede y continúan utilizando la nomenclatura antigua. Por eso la segunda parada del metro en Kalizea se llama Tavros-Eleftherios Venizelos, por el nombre de la calle Eleftherios Venizelos, que en general y en todas partes se conoce por avenida Zision. Si un viajero pregunta dónde se encuentran las Galerías Orfeo, le van a responder que están en la calle Panepistimíu. Sólo que en lugar de un cartel con ese nombre, encontrará uno en el que pone calle de Eleftherios Venizelos. La calle Panepistimíu no existe oficialmente, aunque todo el mundo la conozca y nadie utilice otro nombre. Si usted me pregunta cómo llegar a Kipseli, le voy a responder: «Gire a la derecha de la calle Patision cuando llegue a la altura de la plaza de América». Pero ocurre que la calle Patision no existe, aunque todos la llamen así. Oficialmente se llama «28 de Octubre». Espero que los alcaldes me perdonen por utilizar en este libro la nomenclatura popular.

Volvamos a Kalizea después de esta digresión. Nos encontramos en primer lugar con la avenida de Salónica, que discurre paralela a la línea de metro, y después la avenida Jarokopos y la del Coronel Davakis, que atraviesan todo el barrio. La primera entró a formar parte de la historia por el autobús de color verde que en los años setenta iba de la céntrica plaza de Síntagma hasta el Pireo. Por aquel entonces, era la única línea de autobús nocturno, todos los demás medios de transporte públicos, incluso el metro «eléctrico», dejaban de funcionar a medianoche. Por eso el Bus Verde recogía a todas las aves nocturnas, se paraba en cada esquina de la avenida Jarokopos y dejaba a los pasajeros delante de la puerta de casa.

A diferencia de Neo Fáliro, habitada por gente relacionada con el mar, o

Mosjato, por gente sencilla, en Kalizea viven abogados, pequeños y medianos empresarios y profesores de instituto y de universidad, pues la Universidad Panteion de Ciencias Políticas y Sociales se encuentra muy cerca.

Antes, en el metro, las diferencias sociales eran más patentes. Por el aspecto se podía saber sin problema en qué parada se bajarían los viajeros. Se podía distinguir a las mujeres y a los hijos de los marineros por la ropa que llevaban, y que tenía un aire extranjero porque el padre o el marido se la había traído de fuera; éstos bajaban en Neo Fálíro. Si alguien vestía de manera pobre se podía deducir que abandonaría el tren en Mosjato, mientras que en Kalizea se apeaba la clase media. En la actualidad, los tejanos y la moda de la camiseta dificultan esta clasificación. Hoy es todo, desde la ropa hasta la política, un caldo uniforme: todos pertenecen a un «centro» bien coordinado. La maleta es lo único que aún puede dar información sobre su propietario: por ella se reconoce si el viajero se va del Pireo a una isla o acaba de llegar de ella.

En Kalizea no hay ningún monumento digno de mención, quizá porque la clase media no suele producir, por naturaleza, nada que llame la atención. La *aurea mediocritas*, la dorada medianía nunca se ha valorado. El único edificio histórico en Kalizea es el de la Escuela de Artes y Oficios Sivitanidios, la más antigua de Grecia. Se encuentra justamente como el centro de formación de Mosjato, detrás de la estación, en la avenida de Salónica. Ambos edificios se limitan a ocupar un espacio, sin ningún tipo de carácter.

Falta citar el monumento al coronel Davakis, que recuerda al héroe de la primera batalla en la guerra contra Italia de 1940, y que también da nombre a la plaza.

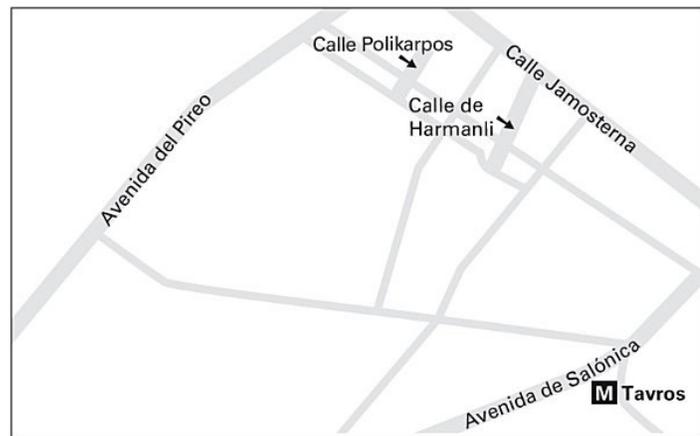
En comparación con el centro de Mosjato, el de Kalizea no es más estético, pero está mejor cuidado. Tampoco faltan las tiendas chapadas a la antigua que exponen en los escaparates todo lo que venden. Se las podría calificar despectivamente de «provincianas» si las provincias durante las dos últimas décadas no hubieran alcanzado la categoría de grandes centros urbanos.

Aquí el parque no es una falsa superficie verde alrededor de la iglesia como en Mosjato. A ambos lados de la calle Sivitanidos se extiende un auténtico parque con fuentes, césped y árboles.

La avenida Zision, que al este de Kalizea se junta con la calle Kalirois y baja hasta Tsitsifies, es la única vía directa hasta la bahía del Fálíro. Por eso es también, desde el punto de vista comercial y gastronómico, la zona más animada de Kalizea. El antiguo centro al lado de la estación ha ido perdiendo importancia y tiene que contentarse con un papel secundario.

## Tavros-Eleftherios Venizelos

### ◈ ΤΑΥΡΟΣ-ΕΛΕΥΘΕΡΙΟΣ ΒΕΝΙΖΕΛΟΣ



«*Maestro, passons la cadence!*», saltémonos la cadencia, dijo una vez el gran Jacques Thibaud en un concierto de violín de Beethoven. Se rumoreaba que combatía el pánico escénico con alcohol, pues entonces no existían los tranquilizantes ni los fármacos contra la ansiedad. Ésta le afectaba de tal manera que no podía tocar la cadencia porque las manos le temblaban de una manera exagerada.

«*Maestro, passons la cadence!*» Eso mismo es lo que deseo en la parada de Tavros: «*Passons Tavros!*», o «¡Pasemos de largo!».

Pero mi deseo no tiene nada que ver con el alcohol que bebo ni con el concierto de violín de Beethoven. Es la manera de expresar mi decepción a la vista de lo que me rodea. Al salir de la estación de Tavros nos encontramos en el límite equivocado del barrio, donde todo aún recuerda a la pequeñoburguesa Kalizea. Para llegar al Tavros auténtico hay que cruzar la avenida del Pireo y dejar atrás la estación que se inauguró en 1989.

Los barrios que se extienden a ambos lados de la avenida del Pireo sólo se

pueden entender cuando se tiene delante y se ve qué significa esa calle para la ciudad de Atenas. Aquí empieza, sin lugar a dudas, la zona más animada y emocionante, y a la vez la más contradictoria, de la capital.

La avenida del Pireo es la arteria principal que une Atenas con el Pireo. En sus orígenes tenía que ser la avenida más importante de Atenas porque se había planeado construir el Palacio Real en la plaza Omonia. El traslado del proyecto del palacio (que actualmente es la sede del Parlamento) a la plaza Síntagma por deseo del rey Otón frustró el plan y transformó los alrededores de la avenida del Pireo en una zona industrial, aunque de manera extraoficial.

La primera construcción industrial en esta zona fue la fábrica de gas, llamada *Gazi* por los vecinos. Le siguieron la empresa farmacéutica Jropei, el fabricante de aceite Elais, el productor de limonada Ivi y, ya en dirección al centro, la histórica fábrica de chocolate Pavlidis. Aparte, en Tavros estaban los mataderos; y en Rentis, una prolongación de Tavros, el mercado central de verduras.

Por consiguiente, todos los barrios alrededor de la avenida del Pireo — Tavros, Agios Ioannis Rentis y Petralona— eran distritos de trabajadores que vivían de la industria. A Tavros se la conocía, además, por la producción de curtidos, que emitían un penetrante olor. Hoy en día ese olor ya se ha volatilizado, pues las tenerías han desaparecido.

En todos estos barrios vivían jornaleros y trabajadores en las condiciones más precarias. Las industrias, los mataderos y el mercado quizá no ofrecían trabajos muy bien pagados, pero eran trabajos seguros.

Si alguien, extranjero o griego, recorre hoy la avenida del Pireo, ya no podrá encontrar nada de eso. En las últimas décadas la calle se ha sometido a un proyecto de renovación único con respecto a lo que es Atenas y se ha transformado en una verdadera milla cultural y artística que se extiende hasta los barrios de Psirrí, del Cerámico y Metaxurguío.

Todo empezó con la histórica fábrica de gas. Ésta se cerró en 1984, en buena parte por culpa del aumento de los costes de producción, pero sobre todo porque se había convertido en una fuente de contaminación insostenible para el centro de Atenas y la Acrópolis.

En los terrenos de la fábrica se construyó el enorme centro cultural Technopolis, que alberga la radio municipal y salas para exposiciones y eventos. En la avenida Megalos Alexandros, en el cruce con Ierá Odós, se levantó la nueva Filmoteca Griega. Y un poco más lejos, siguiendo la misma avenida del Pireo se encuentra el nuevo Museo Benaki, que desde el punto de vista arquitectónico es uno de los museos más bonitos de Atenas, y en el cual también se celebran numerosos e interesantes actos literarios. Aquí también está la

Escuela Superior de Arte y, además, las salas se utilizan para los espectáculos del Festival de Atenas, que en verano atrae a numerosos visitantes.

Si alguien gira a la izquierda desde aquí, despistado, hacia la calle Jamosterna, se encontrará de repente, apenas a doscientos metros de la avenida del Pireo, en otro mundo, completamente sorprendente y que no tiene nada que ver con el ambiente de la «milla de la cultura». Tavros, junto con Agios Ioannis Rentis y Petralona, fue, durante una época, territorio de la izquierda. Lo recuerda un cartel de una calle que me llama la atención: CALLE DE HARMANLI, CIUDAD HERMANA DE LA REPÚBLICA POPULAR DE BULGARIA.

Tavros es el distrito más grande que pertenece al centro de Atenas. Dos líneas férreas marcan sus fronteras, la del metro y la del tren Atenas-Salónica. Dentro de estos límites se extiende uno de los barrios obreros más antiguos de Atenas; en él pueden verse dos tipos históricos de viviendas residenciales, que son los primeros de esta índole que surgieron en la capital. El primer edificio apareció en 1950 y tiene una altura de cuatro plantas, el segundo se empezó a construir justo una década más tarde, en los años sesenta, y puede alcanzar los diez pisos de altura. El resto de las construcciones del barrio no se distinguen de las antiguas casas de Mosjato para una o dos familias. La diferencia se encuentra en que las de Tavros no tienen jardín como en Neo Fáliro o Mosjato, sino que la planta baja se utiliza como casatienda.

Aquí se venden vestidos, joyas y gafas de sol. Las tiendas difunden la ilusión de que el barrio dispone de su propio centro comercial, con vida, pero dentro están vacías, parece que hayan sufrido los efectos de un exterminio. Al final, lo que más llama la atención de Tavros no es el mal estado de las casas, sino el triste desamparo de las tiendas.

Las antiguas tabernas de Tavros tenían siempre un patio interior. Llego a una de ellas por casualidad, en una calleja lateral de Polikarpos, que resulta más fantasmagórica que nostálgica. Al final del callejón, un muro de piedra rodea un patio en el que apenas caben siete u ocho mesas. El local al que pertenecen está cerrado. Han trasladado la cocina a un barracón, como todos los locales de esta categoría, y por encima sobresale una de esas chimeneas que al atardecer despiden olor de carne a la brasa por todo el barrio.

Paseando por Tavros no puedo dejar de acordarme de Manuel Vázquez Montalbán y de su enojo a causa de la demolición de los antiguos barrios obreros de Barcelona, destruidos durante las obras de los Juegos Olímpicos. Montalbán creía que al eliminar los barrios obreros de Barcelona se destruía el alma de la ciudad. Eso mismo ha sucedido en Tavros. En nuestro caso no fue necesaria una Olimpiada, ya los habíamos demolido antes. Es inevitable encontrar por todas partes enormes bloques de edificios apuntalados que se han convertido en plazas

de garaje.

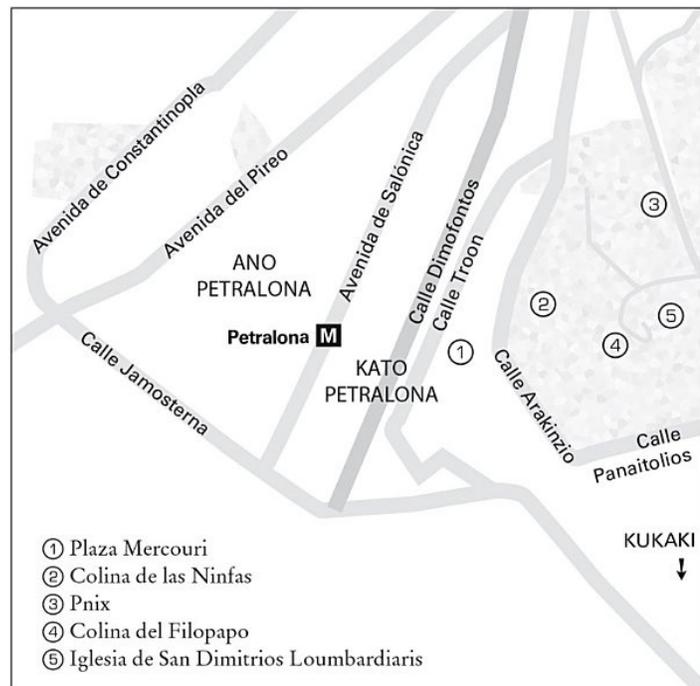
La única aportación humana de esta zona anodina es constatar que continúa siendo un barrio proletario. Y que los bloques de viviendas todavía no han suplantado a todas las casas antiguas. Algunas incluso han sido renovadas, aunque con materiales de construcción baratos. Y hasta te puedes encontrar, aquí y allá, con algunos árboles.

Me transformé en un castaño del parque de Gülhane

y nadie lo sabe, ni tú, ni tan sólo la policía.

El poeta turco Nazim Hikmet le escribió estas líneas a su mujer desde el exilio en Moscú. Recuerdo estos dos versos mientras observo las acacias de Tavros. No hay muchas, y quizá por eso llaman la atención de los paseantes. Si se observan bien, de repente se ve el barrio con otros ojos.

# Petalona



Grecia es un país de terremotos y los griegos utilizan la expresión «zona sísmica» no sólo para referirse al área de alto riesgo —como la zona sísmica de Atenas o la de alrededor de Corinto—, sino en general para cualquier cosa que se extienda a lo largo de una línea continua.

Aparte de la avenida del Pireo propiamente dicha, que ha transformado lo que era una periferia industrial en una especie de Via Appia de la cultura y del arte, hay también una segunda «zona sísmica» que podríamos llamar elegantemente zona de diversión o, incluso, pura y llanamente, zona de juega. Empieza en la avenida de Constantinopla poco antes del cruce con la avenida de

Ierá Odós. Uno de sus ramales baja hacia la calle Petros Rallis mientras que el otro gira a la izquierda, atraviesa la avenida del Pireo, continúa hacia Gazi hasta la calle de Perséfone y desde allí entra en el barrio de Zision y en el de Petralona. Se trata de una zona inmensa que aglutina bares, restaurantes, locales nocturnos y de música tradicional. Los fines de semana están abarrotados, y eso provoca un caos automovilístico en Ierá Odós y en la avenida del Pireo.

Si uno va, por ejemplo, desde el barrio de Gazi hasta la calle de Perséfone se encontrará con que hasta la avenida de Constantinopla los locales de bebidas y comidas están uno al lado de otro, y que los hay para todos los gustos estéticos y culinarios, también para todos los bolsillos. Después de haber enriquecido el alma de cultura y arte, los atenienses pasan directamente y sin rodeos a los placeres culinarios y alcohólicos. Quizá sea reprobable, pero es fácil de explicar. Como en Grecia se come tarde al mediodía, en general también se cena tarde. Los espectáculos teatrales no empiezan a las siete sino a las nueve, y después la gente va a comer algo. A nadie se le ocurre ir primero a cenar y luego al teatro. Con el cine pasa lo mismo. No es extraño, pues, que en Atenas se pueda comer algo caliente hasta la una o las dos de la madrugada. En Alemania —exceptuando Berlín— o en Suiza, sufro de lo lindo, ya que los restaurantes cierran la cocina a las diez. Entonces la única opción que queda es el bar de la estación. En Atenas, el mercado de carne de la calle Atenas está siempre abierto. Allí incluso a las seis de la madrugada sirven una comida sabrosa, cuando llegan los camiones con el suministro de carne y los transportistas se sientan en los locales para satisfacer el estómago con un buen plato de sopa.

En las últimas décadas la oferta gastronómica de Atenas ha cambiado por completo. Desde los años sesenta han ido desapareciendo poco a poco las tabernas típicas con su patio y sus platos tradicionales, que abrían a mediodía y a veces también por la noche. De los barrios céntricos de Atenas han desaparecido del todo los negocios que hasta los años setenta eran tiendas de comida durante el día, y por la noche se transformaban en tabernas gracias a los productos que el tendero ponía de oferta. Las aceitunas, el queso de cabra o los boquerones se volvían irresistibles gracias al arte culinario de la mujer del tendero.

Antes, en Atenas, y en todas partes de Grecia, había tres tipos de locales de comidas: en primer lugar estaban las tabernas, que sólo servían cenas, a veces con acompañamiento musical que, en principio —como en el barrio de Plaka en la época de entreguerras—, se limitaba a canto y dos guitarras. En segundo lugar estaban los locales de comida tradicional, que ofrecían una limitada variedad de platos acompañados de un único tipo de vino, el de resina. La tercera opción eran las cervecerías, que no tenían nada que ver con las alemanas, sino que eran una especie de bares de comida tradicional pero que, además de cerveza, servían

una variedad más amplia de platos cocinados.

En aquella época había muy pocos restaurantes que ofrecieran cerveza, la podías encontrar muy de vez en cuando, sólo a veces en alguna cafetería. Los griegos, y en particular los atenienses, bebían sobre todo vino tratado con resina, preferiblemente de barril, puesto que este tipo de vino es delicado y tiene que transportarse y almacenarse con precaución. Provenía de la producción local y prácticamente todas las tabernas y locales de comida tradicional tenían *retsina* de barril. La decadencia cualitativa empezó justo en la época de la Junta Militar, cuando una fábrica de vino ateniense empezó a comercializar *retsina* como producto embotellado. Entonces, al final de los años setenta, se liberalizó el precio del vino y empezó a subir, de manera que los productores prefirieron almacenar vinos de más calidad en sus bodegas en lugar de la *retsina*, que se consideraba una bebida económica para el gran consumo. Así es como fue a parar la uva de inferior calidad al vino de resina y su calidad empeoró de forma dramática. Hoy en día, en comparación con los años sesenta, el consumo de *retsina* ha disminuido a la mitad. La lenta desaparición de las tabernas y de los locales de comida tradicionales también ha desempeñado un papel importante.

Con el tiempo estalló la «era de la carne»: las tabernas se transformaron en restaurantes de carne a la brasa. El griego pequeñoburgués descubrió, unos veinte años después de la Guerra Civil, que salir a comer por la noche iba unido al consumo de carne, y así continúa prevaleciendo hoy en día.

En los años noventa llegó la moda de la llamada «nueva cocina griega», que ha prosperado y triunfado, sobre todo entre los habitantes urbanos, intelectuales y artistas, una cocina cuya característica principal es la completa desaparición de cualquier sabor que sea genuinamente griego. La cocina que se introdujo en Grecia después de los intercambios de población de 1923 fue (exceptuando la influencia italiana en las islas jónicas) la de los refugiados procedentes de Asia Menor, con una variante pequeñoburguesa de la refinada cocina de Estambul o Esmirna. Generaciones de griegos crecieron con ella. Con el paso de los años se impuso el carácter mediterráneo, ganando protagonismo las hortalizas fritas con aceite de oliva y las variantes de platos turcos, como la salsa *tsatsiki*, que en Grecia se sirve a base de yogur cremoso pero que en Turquía tiene una textura más líquida y por eso se come con cuchara. Otro ejemplo sería la tan a menudo criticada musaca, con un gusto diferente a la variante turca. En la «nueva cocina griega» es otra cosa: una mezcla de carne, frutas exóticas, verduras y salsas con aguacate, coco, pomelo y sustancias parecidas. Con ello se destierra por completo —muy a mi pesar— de la comida griega cualquier nota de sabor mediterráneo o microasiático.

¿Cómo se ha podido llegar tan lejos? El primer golpe lo asestó la triunfante

victoria del pinchito de carne, y la estocada mortal llegó con las cadenas de comida rápida. Ambos pertenecen al ámbito de dominio de los restaurantes de carne a la brasa. Cuando paso por delante de locales de comida rápida, cada vez veo más matrimonios de más de sesenta años que han crecido en tabernas y restaurantes de comida tradicional, sentados ante una bandeja de plástico con una hamburguesa.

En cualquier caso, Petralona es el único sitio donde aún se pueden encontrar restaurantes tradicionales. En los otros barrios de la ciudad, al menos por lo que respecta al centro de Atenas, han quedado relegados a pequeñas esquinas y a calles secundarias, donde sólo los descubres por casualidad, o si los conoces, es porque vives cerca. Uno de ellos ha sobrevivido aún en Kipseli, mi barrio, y eso que en los años setenta había al menos una docena.

Petralona está formada en realidad por dos barrios diferentes, pero que coexisten: Kato y Ano Petralona. La línea divisoria discurre a lo largo de la vía del metro: yendo en dirección al centro de Atenas se puede ver, a la izquierda, Kato; y a la derecha, Ano Petralona.

Kato Petralona es, por así decirlo, la continuación del barrio de Tavros a partir de la calle de Jamosterna. Esta parte llega hasta la avenida del Pireo, y tiene dos caras diferentes. Una ya la conocemos, la del barrio obrero de Tavros: las mismas casas, las mismas calles, el mismo destino para sus habitantes. Al lado de esa cara madura se ha desarrollado en los últimos años otra más joven, que combina bien con la «milla de la diversión». Pero ambas están en conflicto y la causa es evidente: la cara madura también está condenada a muerte por un motivo sencillo pero desagradable, pues Kato Petralona es, como Tavros, Mosjato y también Neo Fáliro, un barrio con una alta tasa de paro, especialmente entre la gente joven. Resulta sorprendente que en un sitio así proliferen los bares y las cafeterías en lugar de los puestos de trabajo. Como si los lugares donde se puede matar el tiempo y el aburrimiento fueran más importantes que los puestos de trabajo. La clientela principal de innumerables cafeterías es gente joven que está en el paro. Como las familias no les pueden dar trabajo, les dan algo de dinero para un café *frappé* o un *cappuccino freddo*, y se lo toman aquí o en el centro.

Ano Petralona tiene un carácter muy diferente. La división de los barrios entre *Kato* (abajo) y *Ano* (arriba) es muy frecuente en ciudades grandes como Atenas o Salónica. Un barrio empieza siendo pequeño y con el paso de los años va creciendo hasta que llega a un determinado límite —puede que sea una plaza o también un edificio—, y a partir de ahí recibe el complemento atributivo *Ano*: Ano Petralona, Ano Nea Esmirna, Ano Kipseli. En general, *Ano* significa «más nuevo», más alejado del centro, o, dicho de otra manera, barrio de segunda,

aunque esto último no es aplicable a Ano Petralona. Por un lado, limita con la plaza Mercouri, en el barrio de Kukaki; y por el otro, con las laderas de la colina del Filopapo, que constituye la parte más bonita de Petralona.

De la misma manera que uno llega de Tavros a Kato Petralona casi sin darse cuenta, desde Ano Petralona también se alcanza sin transición el barrio de Zision, donde le gustó instalarse a la burguesía ateniense del siglo XIX. Kato Petralona queda en una zona llana, Ano Petralona se encarama por la pendiente del Filopapo con casas unifamiliares. Por suerte, éstas no fueron víctimas de los *antiparaji* ni de sus excesos, los bloques de pisos.

Al igual que en Zision, en Ano Petralona se encuentran edificios neoclásicos por todas partes, como, por ejemplo, en la arteria principal del barrio, la calle Dimofontos. Está claro que Zision ejerció en esa época una gran influencia sobre el barrio de al lado. Quien no podía permitirse construir allí, se conformó con Petralona, donde los terrenos eran más baratos, pero mantuvo el estilo del barrio que hubiera querido.

No me he entretenido en contarlas, pero estoy bastante seguro de que en Ano Petralona se encuentra el mayor número de acacias de Atenas. Aunque también hay en Kato Petralona y en Tavros, aquí resultan realmente impresionantes. Las calles alrededor de la colina del Filopapo, las de Panaitolios y Arakinzio, o algo más abajo, las de Troon y Dimofontos, muestran con ellas todo su esplendor.

Aquí el paisaje culinario cambia de manera notable. Los bares al otro lado del Eléctrico son pequeños y tranquilos, más apropiados para una charla distendida que para música ruidosa. Aún se pueden encontrar tabernas tradicionales, como por ejemplo la Oikonomou, que conserva en su carta los platos de siempre, o también, unos pasos más adelante, O Periklis kai i gynaiika tou, donde es obligado probar el bacalao con salsa de ajo.

En estos lugares especiales y únicos aún sirven la comida sencilla con la que han crecido tantas generaciones. En ellos se hace patente cómo se ha transformado la cocina y con ella la mentalidad de los griegos en las últimas décadas.

# Zision



Si se llega a Zision en el metro o desde Gazi, uno se encuentra de nuevo, de repente, en un entorno completamente diferente. En cambio, si se llega desde Ano Petralona, el viajero se ha ido acostumbrando al carácter de la zona. Pero en el fondo da igual desde dónde se venga, porque enseguida queda claro que este distrito destaca con claridad por encima de los demás del centro de Atenas.

Como ya he explicado en el prólogo, la estación de Zision se construyó en

1869, a la vez que la última, la del Pireo. Y no es por casualidad. Aunque Zision no sea la parte más antigua de la Atenas moderna, en aquel tiempo era el centro. La ciudad se expandió a partir de Zision hacia los cuatro puntos cardinales: hacia el norte, el sur, el este y el oeste.

La decisión de trasladar el nuevo centro a Zision no surgió de los habitantes, sino del primer mandatario del Reino de Grecia, Otón I de Wittelsbach, y de sus consejeros. Cuando el rey decidió, en 1833, trasladar de Nauplio a Atenas la capital del nuevo Estado, los bávaros soñaron con levantar la nueva Atenas encima de las ruinas de la antigua.

Los bávaros encargaron detallados estudios sobre la ciudad y para ello se trajeron a importantes arquitectos, entre ellos, Friedrich von Gärtner, un decisivo técnico constructor del Reino de Baviera que más adelante fue director de la Academia de las Artes de Múnich. A él se le encargó construir el Palacio Real para Otón, el actual Parlamento griego. Los bávaros sabían que la parte más bonita de la antigua Atenas se encontraba en Zision, justo entre el cementerio del Cerámico y el Ágora Antigua. A tan sólo un paso están la Acrópolis, la colina de las Musas con el Filopapo, el Areópago, las colinas de Pnix y de las Ninfas. Empezaron a construir a partir de la actual plaza de Agion Asomaton en dirección a la calle que lleva el mismo nombre.

En aquella época, la Atenas moderna ya era una ciudad de inmigrantes. Sólo que la inmigración, como tantas otras cosas en esta ciudad, fue creciendo en contra de todas las expectativas. Los primeros inmigrantes que llegaron a Atenas eran nobles: el príncipe Otón de Baviera y su séquito. Después les siguieron los dirigentes militares y políticos de la Revolución griega de 1821. Esta segunda ola de inmigración no llegó por iniciativa propia. Aunque tuvieran el título de general o algún cargo político, eran básicamente sencillos campesinos que habían cogido las armas por un amor apasionado a la libertad. Amaban a su tierra de origen, el Peloponeso, que en realidad, y de manera comprensible, no querían abandonar. Atenas no significaba nada para ellos, mientras que Nauplio era, por aquel entonces, una ciudad floreciente y mucho mejor organizada.

Habían ligado su destino al trono y por lo tanto acompañaron a Otón, aunque no compartían la idea de levantar Atenas encima de las ruinas.

El recién fundado Estado griego no tenía burguesía. El dominio otomano dejó Grecia —al igual que los países balcánicos— fuera del desarrollo europeo. Una mínima clase burguesa surgió entre 1830 y 1860, cuando comerciantes e intelectuales de la diáspora acudieron a toda prisa —desde Estambul y Alejandría, desde los principados del Danubio y desde las costas del Mar Negro — para colaborar en el crecimiento del nuevo Estado. Ésta fue la tercera ola

migratoria que llegó a Atenas. El centro de la ciudad fue creciendo desde la plaza de Agion Asomaton hacia el nordeste en dirección al barrio de Psirri y la plaza Omonia, hacia el norte por detrás de la avenida del Pireo hasta un barrio de hoy se llama Metaxurguío, y finalmente hacia el sudeste por la calle Ermú hasta llegar a la plaza Síntagma, línea en la que se instaló el poder político y eclesiástico. En 1836 se puso la primera piedra del palacio de Otón en la plaza Síntagma. Seis años más tarde, en 1842, empezó la construcción de la iglesia de la Anunciación de María, sede del obispado de Atenas. En la calle Stadiú, otro eje viario del centro de Atenas y que va desde Omonia hasta Síntagma, se estableció finalmente el primer edificio del Parlamento griego tras la proclamación de la monarquía constitucional en 1843.

La minoritaria clase burguesa griega no tenía ni peso ni perfil propio. Su existencia dependía de la familia real y de su entorno. Por eso siempre seguía al rey, dondequiera que éste se instalara. Cuando en 1913 la familia real se estableció definitivamente en la actual calle Herodes Ático, en el llamado Palacio Nuevo —obra de otro gran arquitecto, Ernst Ziller—, la burguesía le siguió. Así es como nació el barrio de Kolonaki, que tan importante papel ha tenido en la historia de la ciudad como centro neurálgico de la burguesía dominante y punto de mira de la vida política, pues desde la plaza de Kolonaki se puede llegar al palacio en cinco minutos, a lo largo de la calle Kumbari y cruzando la avenida de la Reina Sofía.

Para el barrio de Zision y para el antiguo centro de Atenas el traslado supuso una decadencia fulminante. Los habitantes se fueron mudando a Kolonaki, donde a partir de 1930 se construyeron los primeros grandes edificios de viviendas. El antiguo centro fue abandonado a su destino y empezó a desmoronarse, al mismo tiempo que se volvía un polo de atracción para los inmigrantes —y así continúa hoy en día.

La siguiente ola migratoria que ocupó Zision provino del éxodo del campo que empezó a principios de los años cincuenta, después de la Guerra Civil. En aquel momento, el barrio ya no era lo que había sido. Pero las antiguas casas de los bávaros fueron degradándose a la vez que se construían a toda prisa cobertizos que se convirtieron en talleres de coches, fábricas de maquinaria y las más diversas tiendas de productos baratos.

Pero estos nuevos vecinos nunca sintieron verdadero afecto por Zision, como tampoco los líderes de la Revolución griega. Esta inmigración soñaba con poder vivir algún día en una casa de nueva construcción en algún otro barrio. La mayoría lo consiguió, unos antes y otros más tarde. Y así es como se instaló la última inmigración en Zision: formada por egipcios y sudaneses; y a partir de 1989, por gente procedente de Albania y de otros países balcánicos. Entretanto

ya no quedó en la zona ni rastro del esplendor de antaño, más bien se convirtió en el centro de los bajos fondos atenienses, del mercado ilegal y del narcotráfico.

Aunque pueda sonar extraño, la reactivación del barrio empezó con los pequeños teatros vanguardistas de Atenas. Como escaseaban los espacios que fueran asequibles para llevar a cabo sus representaciones, decidieron instalarse en la zona de Psirrí, el Cerámico y Metaxurguío. Al público ateniense le sentó fatal: ¿quién querría ver una obra de teatro en el corazón de los bajos fondos? Pero la curiosidad fue superior a ellos y a los teatros les siguieron enseguida los bares y los restaurantes. Entretanto, el barrio se ha transformado drásticamente y ahora alberga algunas de las escenas más interesantes de Atenas.

El rescate del barrio histórico de Zision se lo debemos a la internacionalmente famosa Melina Mercouri, ministra de Cultura que luchó por Grecia durante los años posteriores a la dictadura militar. Cuando vio el estado de las casas de la época del dominio bávaro, se encargó de que el Ministerio de Cultura comprara y restaurara casi todos los edificios.

Espero que el lector me perdone esta larga digresión, pero por la zona de Zision y Metaxurguío es por donde más me gusta salir a pasear. Me encanta este barrio porque en él se reúnen grandes contradicciones.

Yendo por la calle Agion Asomaton en dirección a la avenida del Pireo se encuentran todas las contradicciones de Atenas. En medio de casas restauradas también han sobrevivido cobertizos baratos, talleres de coches y fábricas de maquinaria. Aquí se exponen carracas a motor de tres ruedas al lado de Mercedes, chaquetas de cuero de diseño junto con abrigo de piel, uno al lado de otro, y sobre todo de noche.

Puede que los alrededores de la plaza Agion Asomaton ofrezcan el panorama más maravilloso del centro de Atenas. Desde allí, o, mejor aún, a partir de la calle Melidoni se pueden ver, a un lado, el antiguo cementerio del Cerámico, y al otro, el templo de Zision, en honor a Teseo, el ágora antigua, la Pnix y el Aerópago.

Quien en lugar de acabar el paseo al final de la calle Agion Asomaton, cruce la avenida del Pireo, se encontrará en Termópilas, una de las calles más fabulosas de Atenas. Al sorprendido paseante le llamará la atención una pequeña travesía a la izquierda, la calle Granikos, que le transportará de golpe a una latitud tropical. A unos ochenta metros, la callejuela desemboca en la calle Salamina, una zona peatonal con algunos inmuebles de principios de siglo muy bien restaurados. Sin embargo, paralela a Granikos, la calle Agesilao resulta aún más interesante, aunque parezca algo deslucida si exceptuamos un par de casas nobles antiguas. Pero justo en esta calle nos encontramos en medio del centro originario de la Atenas moderna, y esto le da su encanto.

Éste sería un paseo agradable. El otro, que para mí es uno de los más bonitos de Atenas, es mejor hacerlo al atardecer, cuando se pone el sol. Empieza en la parada de metro de Zision, se atraviesa un bosquecillo colindante y transcurre a lo largo de la calle Apóstol Pablo, con vistas a la Acrópolis a la izquierda. El paseante ocioso no debe dejarse intimidar por la impresión de la primera parte de la calle, abarrotada de cafeterías cursis y otros locales de mal gusto. Unos pasos más adelante, a la derecha y entre dos viejos edificios de dos plantas, se encuentra el cine al aire libre más antiguo de la ciudad, el Zision, que fue inaugurado en 1935 justo enfrente del Areópago. La parte realmente bonita comienza en cuanto se dejan atrás los locales de ocio y se va subiendo hasta llegar a la calle Dionisio Areopagita. Allí, donde la calle Apóstol Pablo desemboca en Dionisio Areopagita, se puede torcer a la derecha y cruzar el parque. Al cabo de unos minutos se encuentra la iglesia de San Dimitrios Loumbardiaris, que a los atenienses les encanta visitar durante las fiestas de Pascua de Resurrección. También se puede continuar el paseo por Dionisio Areopagita, con vistas a la Acrópolis y al teatro de Herodes Ático a la izquierda. Al final, en la esquina con Makriyiannis se encuentra el nuevo Museo de la Acrópolis.

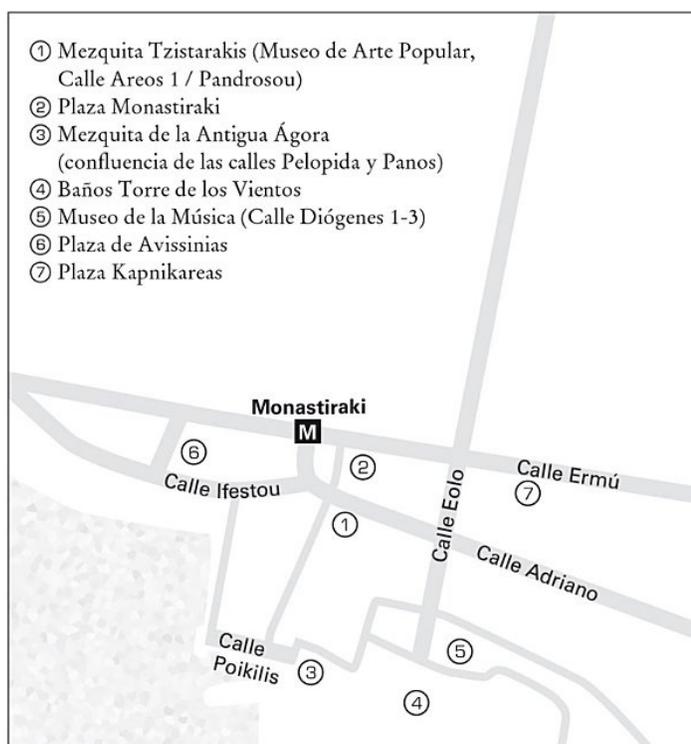
Aquí es obligado pararse un momento y mirar primero hacia la colina de la Acrópolis, y después hacia la que está detrás, la de Licavitos. Los dos promontorios se levantan, uno delante del otro, desde tiempos inmemoriales, aunque el visitante advenedizo quizá no sepa que ambos juntos son, de alguna manera, el símbolo de Grecia. Si las rocas de la Acrópolis encarnan la Grecia Antigua, el Licavitos con la capilla de San Jorge representa la Grecia reciente, con su tradición cristiano-ortodoxa. Si al viajero le da la impresión de que la Acrópolis mira al Licavitos con algo de arrogancia, seguro que no se equivoca del todo. Se trata de un punto de vista histórico que tiene, en cierta manera, justificación.

Una ruta maravillosa para quien le gusten los paseos urbanos, que tan sólo resulta decepcionante por la oferta gastronómica, exceptuando quizá (con un poco de buena voluntad) el restaurante Dionisos, justo enfrente de la Acrópolis. Es una pena, porque, como he dicho, considero que la hora del crepúsculo vespertino es uno de los momentos más bonitos del día para un paseo por esta zona, y el ejercicio, ya se sabe, abre el apetito. Y ya que hemos pasado del día al atardecer, y que queda cerca, se puede acabar la noche volviendo a través del Zision. Si alguien, a las nueve de la noche, sale por primera vez de la estación, se sorprenderá por la cantidad de gente joven que hay ahí, con una media de edad que no pasa de los veinticinco. Llenan el parque adyacente hasta la avenida del Apóstol Pablo, pues aquí está la vida nocturna, y aún más en las calles Iraklidon

y Salónica. En la primera se encuentran establecimientos para gente joven, bares y locales de tapas y las noches se alargan hasta las tres o las cuatro de la madrugada. En cambio, en la calle Salónica hay dos tabernas muy conocidas — mejor dicho, restaurantes de carne a la brasa— que atraen más bien a los que cargan con unos cuantos años más encima. Ambos eran antes populares, hoy son *trendy* y por consiguiente la oferta culinaria ha empeorado. En Zision no se encuentran tabernas y casas de comidas como en Petralona, aunque ambos barrios estén a tiro de piedra. Cuanto más cerca se encuentra uno de la «milla del ocio» de Gazi, a la cual pertenecen las calles de Iraklidon y Salónica, menos restaurantes de comida tradicional encontrará, pues han sido sustituidos por locales modernos.

# Monastiraki

## MONΑΣΤΗΡΑΚΙ



Monastiraki está considerada, tanto por los turistas como por los atenienses, la puerta de entrada a Plaka, aunque también se puede acceder al barrio desde la plaza Síntagma por la calle Navarjos-Nicodimos y luego siguiendo por Kekropos. Esto se explica seguramente porque Monastiraki es la parte más antigua de la Atenas moderna y Plaka el barrio más antiguo. Cuando en 1834 se trasladó de Nauplio a Atenas la capital del nuevo Estado, la población rondaba los doce mil habitantes, que vivían en Plaka, al pie de la Acrópolis. Otón y los bávaros decidieron unir el parque del Cerámico con Monastiraki, y éste con el

palacio en la plaza Síntagma a través de la calle Ermú. El plan salió bien, pero de una manera del todo diferente de como se había pensado originariamente.

Plaka es una parte de la ciudad con muchas caras y con muchas historias legendarias. En época del dominio otomano, los habitantes ocupaban la parte alta, la Acrópolis. Sólo bajaban para los baños rituales y para rezar en una de las dos mezquitas. Una, la mezquita Tzistarakis, fue construida en 1759 por el voivoda de Atenas, el gobernador otomano. Hoy en día se encuentra justo delante de la estación de Monastiraki y funciona como anexo del Museo de Arte Popular. La otra recibió el nombre de Mezquita de la Antigua Ágora y está algo más arriba, en la confluencia de las calles Pelopida y Panos. El único *hamam* de la época otomana que queda en pie son los baños de Abid Efendi, hoy conocidos como la Torre de los Vientos.

La estrecha relación de los otomanos con el barrio de Plaka resultó fatal durante la Revolución griega de 1821, cuando aquéllos lo arrasaron con su sed de venganza. Los habitantes lo volvieron a levantar, pero no recuperó el honor de antaño hasta la llegada de los bávaros, ya que para ellos la Acrópolis sí que tenía un valor simbólico importantísimo. Y no sólo la Acrópolis, sino también las dos ágoras: la antigua y la romana.

De esa época data la mezcla del tipo de construcción de Plaka con el estilo neoclásico. Las casas tradicionales tenían una o dos plantas de altura y un patio interior. Por eso, paseando por Plaka, a veces uno tiene la sensación de estar en una ciudad italiana o en las callejuelas de una isla jónica. En cualquier caso, los bávaros tuvieron la genial idea de pintar sus construcciones neoclásicas con los colores de las antiguas casas de Plaka.

Plaka vivió su mayor apogeo durante la primera mitad del siglo xx, cuando era el barrio del ocio por excelencia. Esto quedó plasmado en la música: la «cantata», una variante de la canción popular originaria de las islas Jónicas, era especialmente apreciada. Muchas de estas canciones eran verdaderos himnos a Atenas y hasta los años cincuenta hacían especial referencia al barrio de Plaka. En las calles, los «vividores», como se les llamaba entonces, cantaban la siguiente canción:

Con Plaka y la Acrópolis,  
las columnas y los jardines,  
el amanecer de seda fino  
pinta, Atenas, tu rostro rosado.

Con algunas pinceladas, estos versos dibujan un cuadro muy ilustrativo, las reminiscencias de las imágenes de las islas Jónicas son evidentes. Otra canción

también muy apreciada decía:

Dondequiera que estés  
recuerda el azul del cielo,  
las callejuelas y los patios  
del crepúsculo de Atenas.

Ahí están otra vez los patios y las callejuelas del barrio de Plaka. Por lo que respecta al «azul del cielo», en aquella época Atenas aún tenía el privilegio de gozar durante el día de un cielo azul, y por la noche, estrellado. Hoy esta canción ha caído en el olvido, y seguro que, sin querer, sonaría irónica, pues la contaminación que ahora pesa sobre la ciudad se ha tragado el azul del cielo. En cambio, lo de estrellado aún se oye a veces por la radio.

Durante décadas, Plaka fue el centro de la vida nocturna de Atenas entre los meses de septiembre a mayo, sobre todo porque en las tabernas a menudo había música en vivo, normalmente un dúo de cantantes con acompañamiento de guitarras. Algunos cantantes que más adelante serían famosos empezaron aquí su carrera.

Aunque ahora pueda parecer extraño, después de la segunda guerra mundial el buzuki, que procedía de Asia Menor y empezó su auge en los años cincuenta y ha continuado hasta hoy siendo el rey de la canción popular, era el instrumento de la gente humilde y creaba un ambiente que recordaba los bares de mala reputación del Pireo.

La decadencia empezó con la progresiva transformación de Plaka en una zona única y exclusivamente dedicada a la vida nocturna. Los locales aumentaron de forma exagerada el valor de los inmuebles y los vecinos se vieron expulsados: vendieron o alquilaron sus viviendas revalorizadas y se fueron voluntariamente, o bien se les amenazó con alquileres desorbitados para que abandonaran el barrio. Esta dinámica alcanzó el punto álgido en los años de la dictadura militar, cuando el colorido particular de Plaka se fue perdiendo a la vez que la oferta de ocio descendía de un nivel bajo hasta llegar incluso a la mala fama.

De la misma manera que Melina Mercouri salvó las casas de los bávaros y los edificios neoclásicos, Antonis Tritsis fue el arquitecto y urbanista responsable de la conservación de Plaka, y más tarde se convirtió en ministro de Obras Públicas. Declaró la zona monumento nacional, hizo cambiar la legislación sobre el uso del suelo y garantizó a los propietarios préstamos a bajo interés para que pudieran renovar sus casas. Algunas de éstas se pueden ver ahora en la calle Poikilis.

Plaka es en la actualidad un lugar caro, pues en este barrio se supieron hacer bien dos cosas: primero lo conservaron, y después se consiguió proteger a los propios habitantes del afán de lucro, algo que en Grecia ocurre pocas veces. Aquí el sistema *antiparaji*, de contraprestación, no llegó. Pero la gente, tanto aquí como en Zision, tuvo que pagar enormes cantidades para adquirir los restos de las casas que sus antepasados dejaron en mal estado.

Sin embargo, no se conservaron las antiguas tabernas. Cuantos más turistas visitaban el barrio, más iba cambiando la oferta gastronómica, hasta llegar a una cocina griega más bien de pacotilla. La única taberna que ha conservado su estética original y las recetas de antes es Platanos, fundada en 1932. Se encuentra en una pequeña plaza a la que se llega desde la esquina Markos con Avrilios, en la calle Diógenes, justo al lado del Museo de la Música. Enfrente había uno de los cafés más antiguos de Atenas que también se llamaba Platanos. Este tuvo que cerrar en 2004, después de los Juegos Olímpicos, porque el propietario se jubiló.

El eje principal de esta zona es la calle Ermú. Quizás era la calle que el compositor de la primera canción que he citado tenía en la cabeza cuando escribió los versos de la segunda estrofa:

Puerta con puerta  
viven pobres y ricos  
como hermanos.

En aquella época y hasta los años setenta la calle Ermú era el símbolo de la convivencia pacífica de todas las clases sociales de Atenas en el espacio de un kilómetro. Aunque no fue planeado así por los bávaros, creo que no hay ninguna ciudad europea con una concentración semejante de clases sociales diferentes en una sola calle.

Si uno va desde el Cerámico hasta la plaza de Agion Asomaton por la calle Ermú, pasa al lado de un parque muy agradable, construido poco antes de los Juegos Olímpicos. Antes, esa parte constituía el tramo más penoso de la calle. A la izquierda quedaba, tanto entonces como hoy, la parada de los trolebuses y la acera derecha estaba repleta de tenderetes en los que se podía comprar juguetes de plástico baratos, enseres de feria y accesorios de todo tipo. Los vendedores se sentaban en la acera y examinaban a los pocos peatones sin decir nada, sin que ellos apenas dirigieran una mirada a las mercancías. De vez en cuando se perdía por allí alguna mujer vestida de manera sencilla buscando algún juguete barato para su hijo o su nieto, pero los vendedores no dirigían su oferta comercial a la gente de paso sino a los feriantes.

El tramo de Ermú entre Agion Asomaton y la plaza Monastiraki estaba, desde el punto de vista social, un peldaño más alto. Aquí iban a comprar los griegos más pobres y después los emigrantes que habían alcanzado el «bienestar». En esta zona se podía encontrar de todo, empezando por utensilios de cocina y muebles, hasta ropa y calzado de baja calidad.

Sin embargo, las dos calles paralelas, Ifestou y Adriano, prometían más distracción. En Ifestou estaba antes el mercadillo de Atenas (aún lo es, al menos en teoría), se llamaba Yusurum por el nombre del anticuario de origen judío y primer presidente de la asociación de anticuarios. Aquí se producía el gran intercambio de libros antiguos, donde se podía encontrar de todo a un precio irrisorio, y luego, si aumentaba el interés, notablemente más caro. También había y aún hay una enorme variedad de muebles antiguos. En una librería de viejo encontré, un domingo por la mañana de 1980, la serie completa de la gran enciclopedia alemana Brockhaus en edición de 1882. ¡A saber qué abuelo germanófilo había muerto y la familia había vendido su biblioteca! Y unos años más tarde cayó en mis manos el manifiesto fundacional de un teatro muy conocido de Atenas, el Teatro del Arte, fundado por Karolos Kun. Estaba impreso junto al díptico del *Pluto* de Aristófanes, la primera representación que se hizo en ese teatro. Cuando pregunté el precio al librero, me señaló un montón de programas de teatros de revista y de comedias diciendo: «Cuarenta dracmas cada uno». Así logré el manifiesto fundacional del Teatro del Arte por sólo cuarenta dracmas, doce céntimos de euro de hoy en día.

Si no me equivoco, actualmente sólo queda una librería de viejo. La última vez que bajé al sótano, el propietario, para quien también habían pasado los años, me reconoció y me preguntó: «¿Me podría encontrar a alguien que al menos se quedara con los libros más viejos?». Y todavía añadió: «Tendré que dejar el negocio y me temo que los nuevos propietarios lo van a tirar todo al contenedor».

En medio de la calle Ifestou está la pequeña plaza de Avissinias, uno de los rincones más bonitos de la ciudad. Los iniciados os confesarán que aquí se encuentran magníficos locales de tapas. Es cierto, pero aquí la antigüedad más interesante es el viejo café To jani tou Othona (El Albergue de Otón), inaugurado en 1824. En aquel año el rey bávaro Otón, a quien se refiere el nombre, aún no reinaba. El propietario cambió el nombre del local posteriormente, en honor al rey, después de su llegada, naturalmente. Es uno de los cafés que aún sirven el ouzo con entrantes.

En Atenas hay actualmente una cantidad increíble de locales de *mezzés*, los típicos platos de aperitivos, pero pocos son realmente buenos. Antes no había sitios así, las tapas se servían con el ouzo en los cafés. La tradición era la

siguiente: con cada ouzo que se pedía, el acompañamiento era cada vez más abundante. En la primera ronda se servían aceitunas o canapés de queso. Después de la tercera, el dueño ofrecía un plato de entrantes. En El Albergue de Otón aún se conserva esta tradición con el listón bien alto, en una época en que el ouzo, como el whisky, se sirve en todas partes con un puñado de pistachos y cacahuetes.

Al otro lado de la plaza Avissinias se sale a la calle Adriano, que corre paralela al metro, y que conduce al ágora antigua y a la Estoa de Átalo. Esta parte sólo ofrece hoy en día establecimientos turísticos. De vez en cuando, uno podía encontrarse aquí a Nikos Koemtzis, vendiendo su autobiografía en edición barata sobre una mesa plegable. Si no estaba, dejaba la mesa recogida en la esquina de la calle Ifestou con la plaza Avissinias. Cada vez que le saludaba quería venderme un ejemplar, y entonces le decía:

—Nikos, la tengo en casa, repetida tres veces.

—Pues muchas gracias, amigo —añadía siempre.

En cierta ocasión, subía yo por Adriano con un matrimonio suizo y se lo presenté. Cuando nos fuimos, les dije: «Acabáis de dar la mano al asesino más famoso de Grecia».

Los suizos, procedentes de la bonita ciudad de Zúrich, se quedaron pálidos y empezaron a temblar, y yo les conté la historia. En tiempos de la Junta Militar, los hermanos Koemtzis mataron a nueve hombres en un local nocturno, única y exclusivamente a causa de un baile. Según una tradición, un cliente puede pedir una melodía a los músicos para bailar completamente solo, de manera que los demás están obligados a dejar la pista de baile libre. Esa noche, el hermano de Nikos Koemtzis quiso bailar solo, pero con la mala suerte de que en el local había miembros de la Junta que le provocaron, levantándose y yendo a la pista a bailar. El enfrentamiento resultó muy violento, pero los hermanos Koemtzis consiguieron escapar. Después del crimen los hermanos desaparecieron, pues tenían muchos simpatizantes en el barrio y les fue fácil encontrar cobijo. Pero uno de los hermanos murió a manos de la policía y Nikos Koemtzis fue detenido. Se pasó treinta años en la cárcel antes de ser indultado.

Desde Adriano se llega a la mezquita Tzistarakis, donde se puede continuar el paseo por la calle Ermú. La parte de Ermú entre las plazas de Monastiraki y Kapnikareas fue, hasta finales de los años sesenta, la zona para comprar ropa de la clase media ateniense. Al tratarse de un tramo muy corto, hay que contar también la calle Eolo, que en aquel tiempo estaba llena de boutiques de moda dirigidas a ese tipo de bolsillos.

Entre Kapnikareas y la plaza Síntagma estaba el barrio de compras de la clase alta, con unos precios que sólo se los podía permitir la clase pudiente.

Incluso se decía que los precios en ese tramo de Ermú subían según se pudiera ver desde él el Palacio Real, que más tarde sería el Parlamento.

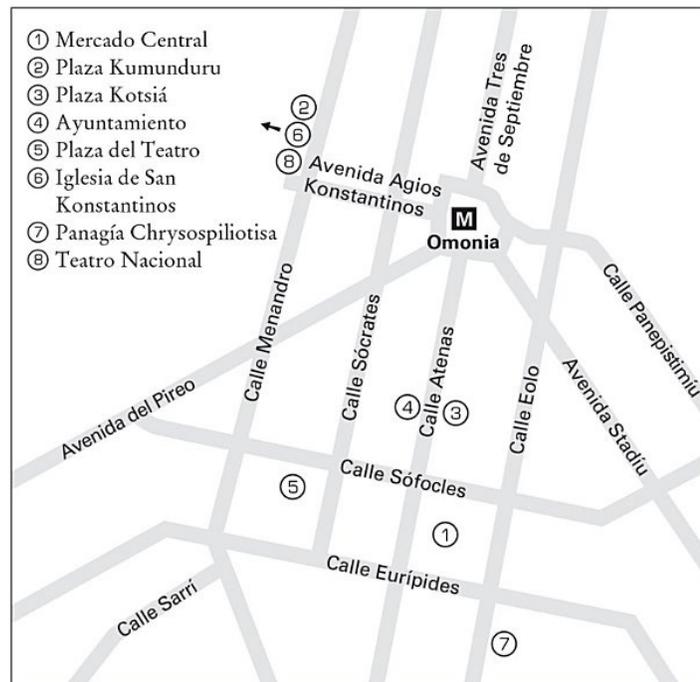
Ermú se ha conservado intacta hasta hoy sólo entre las plazas de Monastiraki y Kapnikareas, y también la plaza pequeña que hay entre la calle Ifestou y Ermú, con sus muebles antiguos y los comerciantes «errantes» de trastos viejos que exponen ahí sus «antigüedades». Si no, la imagen es del todo diferente. La calle Ifestou se ha transformado en una calle de tiendas de ropa principalmente para gente joven: en todas partes se venden camisetas, zapatillas de deporte y bisutería. Entre la plaza de Agion Asomaton y la de Monastiraki se encuentran, sobre todo, muebles de jardín, ropa, CD y DVD, y casi en cada esquina ha aparecido una cafetería.

También ha cambiado el público. La mayoría de los barrios y los distritos de Atenas tienen su propio centro comercial, y la gente ya no va en masa a comprar al centro. Aun así, en la calle Ermú se han instalado tiendas de marcas de moda que atraen sobre todo a los jóvenes.

Antes se concentraba aquí, básicamente, todo lo que Atenas ofrecía a sus vecinos y visitantes, en el tramo entre el Cerámico y Síntagma: desde los monumentos turísticos hasta los placeres nocturnos de Plaka, y desde las tiendas de baratillo hasta las de alta costura.

Entretanto, el barrio ha recuperado en parte su fama de antaño. Solo las librerías de viejo siguen sin volver, pero de esta pérdida sólo se lamentan las personas de cincuenta años o más. Los jóvenes de hoy dirían: «¿Y qué hago yo en un anticuario? ¡Si está todo en Internet!». Y seguramente tienen razón.

# Omonia



Si se quiere poner a prueba la resistencia de un extranjero en Grecia, no hace falta mandarlo a Corfú, a Rodas o a Miconos, basta con dejarlo en plena canícula a las dos de la tarde en la plaza Omonia, cuando hay un atasco descomunal de tráfico, los coches no paran de tocar las bocinas, la mitad de los conductores insulta a la otra mitad, el interior de la plaza y las aceras están repletas como nunca de parados (locales e inmigrantes) que matan el tiempo charlando de cualquier cosa y, por si fuera poco y como castigo divino, todo ello bajo un sol de justicia que te abraza el cráneo. A continuación, aconsejaría al investigador que enseñase a la desventurada cobaya la frase de la liturgia ortodoxa que todos

los griegos aprenden desde pequeños: «Jesucristo vence y derrota todos los males».

Si nuestro extranjero no se vuelve loco, ni recurre a la frase que acabamos de mencionar ni huye despavorido hacia el Aeropuerto Internacional Eleftherios Venizelos, sino que se queda en la plaza, observando el caos cósmico entre un ir y venir de sentimientos de terror, perplejidad, pero también con un punto de serenidad, entonces, al cabo de tres meses, podrá comenzar a adaptarse y a ingeniárselas para burlar a los agentes de tráfico, incluso insultar al conductor más cercano, hasta que finalmente aparque sobre la acera y disfrute de un café *frappé* a mediodía cómodamente sentado en cualquier cafetería.

Atenas, incluso cuando era la pequeña ciudad que hemos descubierto en las anteriores estaciones de metro, siempre ha tenido dos centros: Síntagma y Omonia, que curiosamente han sobrevivido hasta nuestros días, cuando cada barrio, cada vecindario, tiene su propio centro.

Es muy probable que esto se deba a que entre ambas plazas ha habido siempre un estricto reparto de funciones. Síntagma es el centro político del país. Allí se alza el Parlamento, y un poco más allá, en la calle Herodes Ático, la sede del presidente de la República, a poca distancia del palacio Maximos, que es la sede del Gobierno. Además, hacia la parte norte de la plaza se encuentran dos ministerios claves: el Ministerio de Hacienda y el de Asuntos Exteriores; así como numerosas embajadas. En la misma plaza se hallan también los dos grandes hoteles históricos: el hotel Grande Bretagne y el King George.

En cambio Omonia, y las calles que la circundan, siempre ha sido el gran centro comercial de la ciudad. Esta división se remonta a 1836. La función de ambos centros se decidió entonces. Síntagma fue escogida como la sede del Palacio Real, así que tuvo que modificarse el proyecto inicial de la ciudad, de 1834, que preveía que el Palacio Real estuviese en Omonia. Por eso la denominación original de la plaza era Anactoron, es decir, plaza del Palacio Real. A continuación pasó a llamarse plaza del rey Otón, mientras que el nombre definitivo se debió a razones políticas, o sea, al juramento de concordia (en griego *omonia*) que firmaron los dos partidos antimonárquicos el 14 de octubre de 1862, después de la abdicación de Otón y su marcha al exilio.

El extranjero que supere el impacto inicial de Omonia se dará cuenta de que de la plaza salen seis avenidas. Las seis merecen un paseo. Si se toman las avenidas Stadiú o Panepistemíu, se llega a Síntagma. Si se opta por la avenida Tres de Septiembre, se alcanza la plaza de la Victoria y el barrio de Patísia. En cambio, la calle Atenas conduce hasta Monastiraki, mientras que Panagis Tsaldaris da a la avenida del Pireo, que el viajero ya conoce. Queda la avenida Agios Konstantinos, la calle que lleva fuera de la ciudad, en dirección al bulevar

Kavala y, de allí, a Loutraki, al Peloponeso y a Patras.

La zona de Omonia es un verdadero laberinto con fuertes contrastes, pero también con un «perfume» oriental realmente único. Cuando me ausento de la Ciudad por mucho tiempo (y cuando escribo «ciudad» con mayúscula me refiero a Constantinopla, o sea, la que para todo el mundo menos para los griegos es Estambul) y quiero oler un poco de perfume de mi tierra natal, me doy una vuelta por las calles Atenas, Sófocles y Eurípides y completo el paseo por Sócrates y Menandro.

El centro de todo es el Mercado Central, que se halla en la calle Atenas, y las tiendas de comestibles que lo rodean. Para mí pasear por ese mercado siempre es un motivo de alegría y fascinación. Ello se debe, en primer lugar, a que se trata de un mercado cubierto, que me recuerda los bazares de mi ciudad. También me fascinan los gritos de los vendedores al promocionar sus productos. Son los mismos gritos que se oyen en Kapalı Çarşı y, en particular, en el mercado egipcio de Estambul, que se parece mucho al mercado central de Atenas, al menos en lo que a sus reducidas dimensiones se refiere.

A menudo los atenienses, para abreviar, llaman al Mercado Central el «mercado de la carne». Los puestos de carne son un elemento importante, por supuesto, pero aquí también se vende pescado, embutidos, quesos, salazones y encurtidos. El mercado parece una península, a la que se puede acceder por la calle Atenas y desde las calles laterales de Eurípides y Sófocles. Pero no por la calle Eolo, que, por así decirlo, se encuentra detrás y es una especie de enclave con negocios que se parecen más a los de la calle Ermú que a los de la calle Atenas.

La «península» también ha determinado la actividad de las dos vías que cortan la calle Atenas: a lo largo del Mercado Central, la calle Sófocles está llena de tiendas de comestibles. Se puede comprar queso, encurtidos, latas y conservas, embutidos, y delante de la entrada principal del mercado hay una pequeña tienda cuyo anciano propietario ofrece esencias y especias. Lo mismo sucede al otro lado del mercado, en la calle Eurípides, donde, sin embargo, predominan los comercios de quesos. Tiempo atrás, antes de la llegada de los supermercados, los atenienses iban a la calle Eurípides a comprar quesos de calidad que no podían adquirir en las tiendas de debajo de su casa.

Éste es el único lugar de Atenas donde me reencuentro con los olores de mi infancia y adolescencia, en particular en la calle Eurípides, porque en Sófocles, después del cruce con Atenas, las tiendas de alimentación son cada vez más escasas y se pueden encontrar también almacenes de electrodomésticos y papelerías. En cambio, en la calle Eurípides los comercios de alimentación llegan casi hasta la avenida del Pireo. Otra de las fuentes de las fragancias y

olores de esta zona es la tienda Mirán, que se encuentra en medio de la calle Eurípides, entre Atenas y la plaza Kumunduru. El abuelo Mirán llegó de Asia Menor como refugiado y abrió un negocio de embutidos que producía *pastirmas* y *sucuk*,<sup>[1]</sup> unos embutidos desconocidos en Grecia hasta aquel momento. Ahora se pueden encontrar en todos los supermercados, aunque las fragancias sólo persisten en tiendas como Mirán porque, como todo el mundo sabe, los supermercados son inodoros.

En el tramo de la calle Atenas que va de Omonia a Sófocles no hay tiendas de comestibles, sino almacenes y ferreterías; y pasada la plaza Kotsiá, establecimientos grandes y pequeños de cacerolas, sartenes y accesorios de cocina. Las tiendas de comestibles empiezan en el cruce con Sófocles y acaban en la esquina con Eurípides, a partir de ahí vienen los negocios de griferías y artículos de baño. De modo que, incluso hoy en día, si un ateniense se aventura por las calles Atenas, Sófocles, Eurípides y Eolo, encontrará sin duda aquello que busca.

Al principio de la era de las tarjetas de crédito y, en particular, al inicio de este siglo, los atenienses empezaron a dejar de lado la calle Atenas y el resto de las vías circundantes, convencidos de que la oferta de dichas calles no estaba a la altura de sus exigencias y expectativas. Hoy, sin embargo, retornan a sus raíces. Compran la carne en el mercado y el queso en la calle Eurípides, y descubren que sus productos también pueden ser asequibles y en ningún caso de inferior calidad. Así que al igual que en la época del dracma, también hoy, que se paga en euros, este trocito de Atenas ha seguido fiel a la tradición oriental y a la balcánica.

Si hiciese falta algún otro elemento para convencerse de que esta parte de la ciudad nació del sueño de que surgiera de las antiguas ruinas, bastaría con leer los nombres de las calles: Atenas, Eolo, Sófocles, Menandro, Hermes, que immortalizan a antiguos dioses, poetas y filósofos.

La calle Sócrates me recuerda de algún modo la avenida Tarlabaşı de Constantinopla. No en extensión, ya que Tarlabaşı, como dicen los constantinopolitanos, es una arteria central que une el barrio de Tepebaşı con la plaza Taksim, y porque al final de la avenida se extiende el sublime espectáculo del Cuerno de Oro. Y la calle Sócrates, en cambio, es una calle larga aunque muy estrecha, sin ninguna panorámica. Pero sí me la recuerda por las pequeñas y numerosas tiendecitas que hay en ambas, tan pegadas las unas a las otras que dan la sensación de aguantarse mutuamente, y de que si una de aquellas tiendecitas se desplomara, también lo haría el resto, una tras otra.

Los comercios de estas calles siempre han tenido precios económicos, básicamente porque la clientela que compraba era pobre, tanto la del país como

la de fuera. La mayoría procedía de los barrios obreros de Agios Ioannis Rentis, de Tavros, de Kato Petralona. Cargaban la compra en el autobús y bajaban hasta el Pireo. Y después, delante del Mercado Central, había un enorme mercado de frutas y verduras, que posteriormente se fusionó con el mercado central de Rentis. En su lugar hay ahora un parque público más bien feo.

Sin embargo, los clientes de estas tiendas no eran siempre los mismos, por ello los comerciantes no fiaban las compras. Al contrario, detrás de la caja había un cartel con dos dibujos: «Vendo al contado» y «Vendo a crédito». En la viñeta de la venta al contado se veía a un comerciante sentado en una butaca, con un puro encendido y rodeado de billetes y monedas de oro. El que «vendía a crédito» estaba sentado en un taburete desvencijado, con la caja abierta, vacía y con un ratón en su interior, mientras que en el suelo, a su alrededor, sólo había facturas impagadas. En una palabra, el cliente comprendía de inmediato que en aquella tienda no se fiaba. Naturalmente, ni el establecimiento ni su propietario se parecían en nada a los de la viñeta de «se vende al contado», pero es igual, el mensaje era inequívoco.

De aquel cartel había una versión más explícita, parecida a una que se podía ver en los comercios de Turquía. Primero hay que aclarar que el término «a crédito» en griego suena muy formal. Normalmente, en las compras diarias la gente utilizaba la palabra *veresés*, del turco *veresiye*. En Turquía existe la expresión «*Vereseye yok*», que significa «no se fía». En Grecia el cartel rezaba, en cambio, «El *veresés* ha muerto». Otro cartel que se podía encontrar habitualmente advertía: «Una vez fuera de la tienda no se aceptan reclamaciones». Tal vez aquella advertencia no fuera tan frecuente, pero el hecho es que ha pasado a la lengua en forma de dicho popular.

El edificio del antiguo ayuntamiento, que por cierto aún alberga algunas dependencias municipales, se halla en la calle Atenas, delante de la plaza Kotsiá. Hasta finales de los años sesenta, cuando pasabas por la calle Sófocles podías ver a gente sentada en unas sillas plegables delante de unas mesitas de camping que escribía sin parar, rellenando formularios y solicitudes para la multitud que esperaba, y que después de pagar entraba en el ayuntamiento. Los que estaban sentados eran los «escribientes de peticiones», que por dos dracmas cumplimentaban solicitudes para presentar en el ayuntamiento por cuenta de quien no sabía escribir o no sabía cómo apañarse con la burocracia.

Y un poco más allá, en la acera de la calle Atenas, delante de la plaza Kotsiá, había hombres vestidos con el mono de pintor que esperaban pacientemente todo el día a que alguien les ofreciera trabajo.

La calle Menandro discurre paralela a la de Sócrates y es un calco de ésta. Sólo se diferencian en que Menandro desemboca en la calle Sarrí, pero primero,

antes de llegar, pasa por la plaza del Teatro, que es una de las placitas más hermosas de Atenas. Actualmente, también es la mayor zona de venta y consumo de drogas de toda Grecia; un área que se extiende hasta la iglesia de San Konstantinos, llegando al parque de la Libertad. Es el territorio de los drogadictos, que se contraponen a la zona de ocio y donde los ciudadanos de a pie, amantes de la tranquilidad, prefieren cambiar de acera.

El tramo de Sófocles a Sarrí está ocupado casi completamente por inmigrantes. En el último decenio la población en torno a Omonia ha cambiado mucho. En la plaza y en las calles circundantes, inmigrantes de todas las nacionalidades han encontrado sus puntos de encuentro, lugares donde intercambiar información, y algunos han conseguido convertir las aceras en una exposición itinerante de mercancías y tiendas ambulantes.

Por ejemplo, la zona alrededor de la iglesia de San Konstantinos, en la calle del mismo nombre, a la altura del Teatro Nacional, también obra de Ernst Ziller, es la zona de los inmigrantes de lengua eslava. Poco a poco, sin embargo, a medida que avanzamos hacia Menandro, el paisaje humano cambia y comienza a predominar la gente de países asiáticos. Es impresionante cómo los comercios a lo largo de las calles Sófocles y Menandro van cambiando de propietarios a medida que se avanza: las tiendas de alimentación tradicional dan paso a otras con productos paquistaníes, indios, chinos. Después, bajando por Sófocles y Eurípides, prácticamente sólo hay tiendas de ropa regentadas por chinos.

Con la excepción de la zona del Mercado Central a la altura de la calle Atenas, en el resto la clientela tradicional ha cambiado. A partir de ahí ya no hay comercios griegos: los antiguos propietarios los han vendido todos a chinos o a paquistaníes para poder irse. Amarga ironía del destino, los nuevos propietarios son empresarios, gente llegada de su país para comprar el negocio, cederlo en explotación a un compatriota a cambio de un mendrugo de pan y volverse a su tierra. Sin embargo, aunque la nacionalidad de la clientela también haya cambiado, no ha cambiado su disponibilidad económica: los nuevos clientes son tan pobres como los precedentes y, como ellos, deben contar hasta el último céntimo.

Los únicos que han desaparecido para siempre son los «escribanos de peticiones». Actualmente se puede hacer llegar una petición a través de Internet, y el espacio que ocupaban detrás del ayuntamiento está desierto. Por lo que respecta a los extranjeros, ellos no quieren saber nada del ayuntamiento, y con la policía aún menos.

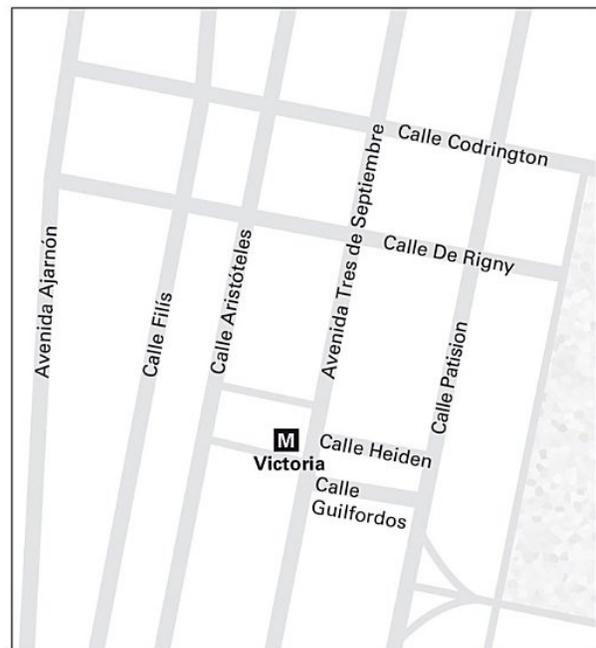
He dejado para el final la parte posterior de la «península», o sea, la calle Eolo, por dos razones. La primera es que en esa vía el panorama cambia completamente. La segunda, porque quería acabar la parada de plaza Omonia

con un paseo casi romántico.

Eolo es una calle más bien larga, empieza en la avenida Stadíu y acaba en el barrio de Plaka, y tiene dos iglesias antiguas: la Panagía Chrysospiliotisa y la iglesia de Agía Irini. Hasta hace treinta años, la clase media de la ciudad iba a comprarse la ropa al tramo comprendido entre Eolo y Ermú. Actualmente hay tiendas de ropa unisex y de artículos deportivos. En compensación, la calle ha pasado a ser peatonal hasta Mitropóleos y está llena de cafeterías con terraza.

En la calle Eolo puedes dar un paseo bonito y tomarte un café en uno de los agradables establecimientos. Sin embargo, aconsejo pasear por la tarde, especialmente en verano. Aunque pueda parecer extraño, Atenas es más bonita a la luz del atardecer que de día. Adquiere cierto aire cándido, a veces incluso idílico, que al alba se pierde. Y esto vale para todo el centro histórico de la ciudad.

# Victoria



La estación toma su nombre de la homónima plaza Victoria, que a su vez está dedicada a la famosa reina Victoria de Inglaterra. La pregunta que se plantea es evidente: ¿cómo es posible que en Atenas, entre la avenida Tres de Septiembre, que conmemora la Constitución de 1843, y la calle Aristóteles, haya tomado una plaza el nombre de la reina Victoria?

Se pueden formular algunas hipótesis.

La plaza se inauguró a finales de 1800, con el nombre de plaza Kiriakós. La estación de tren, inaugurada poco después, recibió el nombre de Estación Ferroviaria de la plaza Kiriakós. Posteriormente, en 1926, la estación cerró y no volvió a abrir sus puertas hasta 1948, veintidós años después, ya como estación

Victoria del metro.

Hasta finales de los años sesenta coexistieron ambos nombres. Los padres se referían a la estación como Kiriakós y los hijos como plaza Victoria. De modo que el nombre de la plaza debe de ser relativamente reciente. Hay que añadir que en 1948, cuando se inauguró de nuevo la estación, el país empezaba a salir de la Guerra Civil, en la cual Inglaterra (junto con los americanos) había tenido un papel fundamental al ayudar al Ejército Nacional en su lucha contra el Ejército Democrático comunista. Por ello, no debemos descartar que el cambio de nombre se debiera a un acto de agradecimiento de cara a los aliados ingleses, no sólo por su ayuda durante el conflicto civil, sino también durante toda la segunda guerra mundial, cuando Grecia se hallaba ocupada por los alemanes (e italianos) y el Gobierno en el exilio se instaló en Egipto, por entonces un protectorado británico.

Por otra parte, en aquella zona, la reina Victoria estaba acompañada de al menos dos compatriotas: en efecto, poco después de la plaza encontramos la calle Codrington, que toma su nombre de Lord Codrington, quien, junto a los almirantes De Rigny (francés) y Van Heiden (ruso), destruyó la flota egipcia aliada de los otomanos en la batalla naval de Navarino (actualmente Pilos, en el Peloponeso), decidiendo de este modo la suerte de la Revolución griega. Casi pegada a la plaza Victoria se encuentra la calle Guilfordos, nombre del noble inglés Frederick Guilford, un filoheleno y helenista, fundador de la Academia Jónica de Corfú. Si en el centro histórico de Atenas se hallan las calles dedicadas a los héroes de la Antigua Grecia, en la plaza Victoria y en la zona circundante se concentran las de los filohelenos.

La otra hipótesis es que la administración municipal de Atenas y la de los Ferrocarriles Eléctricos, por envidia de los ingleses y de Londres, quisieron hacer una cosa parecida para acercar Atenas a Europa, de modo que no sólo Londres tiene su Victoria Station, sino también Atenas.

Si a alguien le parecen tomadas por los pelos estas hipótesis, quisiera recordar que, entre los medios de comunicación, a la sede del Ministerio de Defensa griego se la llama «Pentágono», exactamente como en Estados Unidos. Sólo que no tiene cinco lados, pero sí cinco brazos que salen de un cuerpo central, que lo hacen especialmente feo.

Sea como sea, la plaza Victoria no tiene nada que ver, en dimensiones, con Síntagma, ni tampoco con Omonia. Se trata de una plaza pequeña, pero con un amplio radio de influencia. No es que no haya otras plazas cercanas: a poca distancia, por ejemplo, se encuentra la plaza de América y poco después la plaza Koliatsos. Sin embargo, la plaza Victoria es la única con pastelerías y mesas al aire libre. Y por eso representa un polo de atracción que va de la inmediata

cercanía de la avenida Tres de Septiembre, y de las calles Aristóteles y Filís, hasta la gran arteria ciudadana que representa la avenida Ajarnón, extendiéndose sobre las travesías de las calles Heiden y Agazupóleos.

Por lo que respecta al entretenimiento vespertino, toda esta amplia zona que, de hecho, empieza en la Universidad Politécnica y acaba en la plaza de América, gravita en torno a la plaza Victoria y a la calle Fokíonos Negri, que la une a la plaza de América. Hubo un tiempo en que en las dos grandes pastelerías de la plaza, Floka y Parfait, cada tarde se podían encontrar, después de las seis, bellas damas del barrio, elegantemente vestidas, tomando café y discutiendo sobre cuál de los dos establecimientos ofrecía el mejor chocolate o las mejores lionesas.

Si alguien se pregunta por qué los clientes, hombres o mujeres, hacían acto de presencia en las cafeterías sólo a partir de las seis, la respuesta es sencilla. Hace cuarenta años no había aparatos de aire acondicionado y el horario de apertura de las oficinas públicas no era continuado. Entre las tres y las seis había tres horas, sagradas e intocables, reservadas al descanso del mediodía, o sea, a la siesta que los griegos se echaban con religiosa observancia. Que no le pasara nada a quien osara subir en exceso el volumen del tocadiscos o hacer demasiado ruido en casa durante esas tres horas: corría el riesgo de enfrentarse a todo el vecindario. Para los griegos, la segunda parte del día empezaba después de la pausa de la siesta y continuaba hasta altas horas de la noche. Por la mañana, la plaza Victoria era el lugar de encuentro de las mamás y de las abuelas que acompañaban a los hijos o a los nietos a jugar o a dar un paseo.

Las señoras se tomaban el café, que era por regla general café griego (o turco, de hecho son lo mismo), acompañado a menudo de fruta confitada, llamada dulce de cuchara porque se tomaba con cucharita. Este tipo de dulce era muy apreciado por los griegos, y en especial por los atenienses, para acompañar el café. Normalmente, los más solicitados eran los de higo, naranja, uva o cereza. Aparte de estos dulces, también había el denominado «sumergible», que era una cuchara larga llena de vainilla o de mástic, una resina natural típica de la isla de Quíos, que se servía dentro de un vaso de agua helada —de ahí su nombre, «sumergible».

Ni la fruta confitada así ni el «sumergible» son inventos griegos, porque también son muy populares en Constantinopla. No recuerdo un verano en que mi madre no hubiese comprado fruta —en particular cerezas— para confitarla. Y la recuerdo en Chalki, la isla donde vivíamos y que se encuentra delante de Constantinopla, sentada tomando café con las amigas y pidiendo un «sumergible».

Aún hay locales que sirven este tipo de dulces, y algunos se encuentran en

la misma calle Tres de Septiembre, cerca de la plaza Victoria. No sé si se trata de una casualidad o de la supervivencia de una vieja costumbre, pero lo cierto es que puedo afirmar que los zumos de fruta han ido desapareciendo gradualmente de las mesas de los cafés para dar paso a los *Nescafé frappé*, que, por otro lado, han representado también la ruina del tradicional café griego (o turco, o como se le quiera llamar). Hoy, el capuchino y el capuchino frío están desplazando a su vez el consumo del *frappé*. Todos estos cafés contienen leche o crema de leche, o incluso nata montada, y obviamente azúcar. Son, en resumen, tan dulces que hacen prescindible la fruta confitada. Actualmente se ve a jóvenes por la calle con un vaso de plástico en la mano llenos de un líquido cremoso que van chupando a través de una pajita. Se trata, pues, de la degradación del café al rango de simple bebida. Una bebida que se parece al verdadero café tanto como la sacarina al azúcar.

Por desgracia, no sólo se han perdido los cafés y los zumos de fruta natural; desde los años ochenta, la plaza Victoria ha ido perdiendo gradualmente a sus clientes de toda la vida, también porque las familias que viven en los alrededores se han ido. Y no sólo de la plaza y de sus calles adyacentes, sino también de calles como Kipseli, Patision, Codrington, hasta llegar a la plaza Koliatsos.

Las consecuencias de esta huida las veremos en las paradas siguientes, pero esta circunstancia refuerza la segunda hipótesis sobre el nombre de la plaza y de la estación Victoria: así como el ayuntamiento, para darse importancia, quiso también que Atenas tuviese una Victoria Station, y el Gobierno, para darse importancia, quiso tener un Pentágono, del mismo modo las familias, para darse importancia, decidieron trasladarse a una especie de zona campestre a la inglesa. De modo que abandonaron sus casas para trasladarse a la periferia. Pero no es que ahora vivan en medio de la campiña precisamente, ni tampoco (con algunas excepciones) en casas con jardín, sino más bien en apartamentos a menudo de calidad inferior a los que dejaron atrás. Un paseo por las calles de la zona, por Jerusalén, Mosjonision, Nicosia y todo el barrio de Kypseli, bastará para confirmarlo. En la calle Lela Karajianis, dos manzanas después de Ioannis Drosopulos, o sea, a una manzana de mi casa, hay tres casas espléndidas, de dos y de una planta respectivamente, que han sido abandonadas.

Hoy, el aspecto de la plaza Victoria ha cambiado completamente, no sólo porque antes era de tierra y ahora hay cemento y parterres, sino sobre todo porque ahora en la plaza los emigrantes extienden sus mantas con todo tipo de mercancías. Entrar en la plaza, una vez que se sale de la estación de metro, equivale a realizar un ejercicio de acrobacia. Los emigrantes venden de todo: desde CD y DVD, pasando por bolsos de señora, fundas para ordenador, perfumes, hasta gafas de sol y parasoles. Allí donde acaban las mantas y las

mercancías, en el lugar de los bancos, el ayuntamiento ha instalado una fila de cabinas telefónicas que están siempre ocupadas por emigrantes que intentan comunicarse con sus familias diseminadas por todo el orbe.

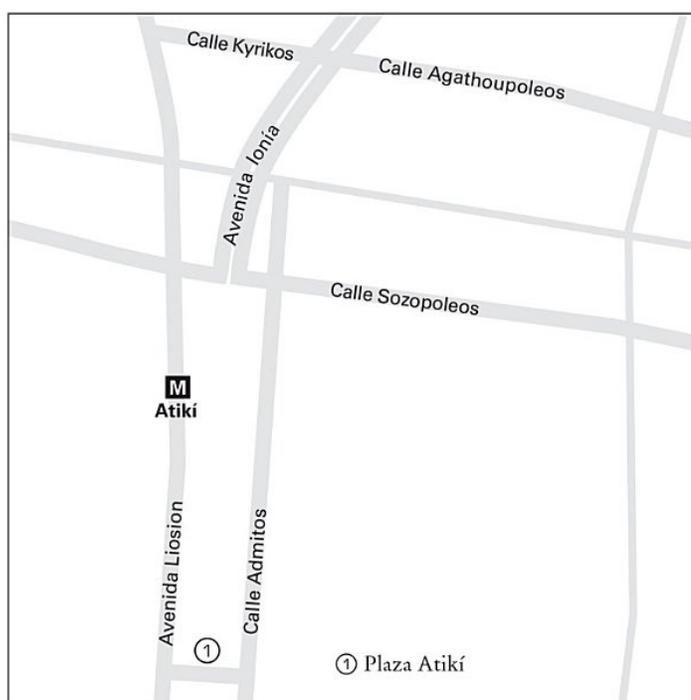
Los habitantes que se han mantenido fieles a la zona y no han querido huir hacia la «naturaleza» defienden que el límite donde vive la gente del país es la calle Aristóteles, la paralela a Tres de Septiembre, en la parte posterior de la plaza. En las otras calles, tanto horizontales como verticales, ya sólo viven emigrantes.

También han cambiado los cafés y las pastelerías. Ahora el Floka y el Parfait ya no existen. En su lugar hay varias cafeterías, también con nombres franceses, pero mal escritos, como el Café Palmie y el Café des Poètes. Personalmente, en el segundo nunca me he encontrado en él ni a poetas ni a escritores, pero no se puede descartar que el propietario haya escogido dicho nombre para darse aires, usurpando la fama del Café de Flore o Les Deux Magots, en el bulevar Saint- Germain.

En la esquina con la calle Aristóteles se encuentra aún el antiguo bar de comidas Kruskas. Cada vez que paso por delante, me acuerdo de la farmacia de Prokos en Chalki, que todavía está en el mismo lugar donde la vi por primera vez hace cincuenta años. Su propietaria, que la conserva con devota dedicación, me dijo una vez que un museo le había propuesto llevársela entera, transportarla, paredes incluidas, y exponerla como pieza antológica.

Empiezo a tener la sensación de que ha llegado el momento de comenzar a pensar lo mismo para este tipo de bares de comidas.

# Atikí



Atikí era, hace cien años, la entrada norte de Atenas, pues desde allí salía el tren del Ática, que unía Atenas con Kifisiá. Hoy la plaza Atikí constituye la puerta de entrada a la pobreza. Esta puerta da paso a dos grandes avenidas: Ionía y Liosion. La avenida Ionía empieza en la estación y se une a la altura de Perisós con otra gran arteria, la avenida de Iraklio. La de Liosion es bastante más larga, empieza casi en Omonia, cruza un barrio tras otro, cada vez más degradado, para acabar finalmente en Ilion, quizás el distrito más deteriorado de Atenas.

A la avenida Liosion se la podría llamar «calle de la pobreza ática»; y a la de Ionía, la «de los flujos migratorios». Aquí acudieron los expulsados de Asia

Menor y de las poblaciones costeras como Esmirna a partir de 1922, para acabar fundando los dos barrios más grandes de refugiados de Atenas: Nea Ionía y Nea Filadelfia.

Cuando hago excursiones por esta zona siempre me viene a la cabeza la misma pregunta: ¿cómo es posible que haya tantas tiendas de muebles en Liosía (así llaman los atenienses a la avenida Liosion), en Agios Ioannis Rentis o en las míseras callejuelas del Pireo? Hace años que intento encontrar una explicación a este fenómeno, pero sin éxito. La cantidad de negocios de muebles es inversamente proporcional al nivel de calidad de vida del barrio: cuanto más degradado está, mayor es la cantidad de almacenes de este sector. En Liosía prácticamente sólo hay talleres de coches y casas de muebles. Y no me refiero a las tiendas que venden sillas, mesas plegables o colchones, que no sería nada extraño en una zona con mucha inmigración, sino a grandes superficies en las cuales se venden salas de estar, dormitorios, comedores, sofás y butacas. Si un visitante extranjero no tiene la oportunidad de ver por dentro la vivienda de una familia griega, le bastará un paseo por las tiendas de muebles de este barrio para hacerse una idea del mobiliario típico de aquí. Aunque parezca raro, la única diferencia en el mobiliario de las casas de un barrio pobre y uno de clase media está en la calidad, no en la estética. El gusto y el estilo del mobiliario van de la mano de la clase media hacia abajo.

A simple vista la avenida Ionía parece más pobre. Esta impresión no sólo tiene que ver con las construcciones baratas o con las fachadas que se caen a trozos, sino también con la ropa tendida que cuelga de los balcones, o, mejor dicho, que cuelga de cuerdas. Tanta falta de recursos a la vista, donde no se puede comprar ni un tendedero, sino que se cuelga la ropa de la cuerda más barata, raramente se ve en Atenas.

Sin embargo, esto también es una prueba evidente de que se mantienen las costumbres de los refugiados, y si en otro tiempo los refugiados de Asia Menor tendían su ropa a secar, también lo hacen los que ahora viven en esta zona. La avenida Leoforos Ionía sigue siendo la «calle de los refugiados». Paseando por ella se oyen palabras en polaco, rumano, ruso o búlgaro.

Algunos refugiados han logrado conservar bien sus casas. Un buen ejemplo de ello es el número 25 A de la avenida Ionía, una planta con jardín, pequeño pero tan frondoso que apenas se puede ver la puerta de entrada debido a los árboles. Otra casa con un jardín semejante, desbordado, se encuentra un poco más adelante, si se tuerce por la calle Kyrikos, en el número 4.

Si el viajero que llega en metro sale a la calle por Admitos, en lugar de por la avenida Liosion, se encontrará con una imagen completamente diferente. En Admitos aún se conservan vestigios arquitectónicos de la época en que la plaza

Atikí era la salida norte de Atenas. En la esquina de las calles Admitos y Sozopoleos quedan algunas casas construidas a principios del siglo pasado.

En Sozopoleos le espera al paseante una sorpresa parecida a la que se encontró en Zision, en la corta callejuela Granikos. Justo al torcer, yendo desde Admitos a Sozopoleos, uno tiene la impresión de hallarse en una antigua calle de Atenas, con casas bajas, de cuatro pisos como máximo, entre las cuales se ven algunas renovadas y bien cuidadas. A ambos lados de la calle hay acacias, como en Ano Petralona o Tavros. El nombre esconde una amarga ironía. Sozopoleos significa «el que salva la ciudad». En realidad, todas las calles bonitas de Atenas deberían llevar este nombre, porque ellas hacen soportable la visión del horror.

En este barrio llama la atención, más que en otros sitios, otra característica de Atenas: las viviendas que hay en las terrazas. Vistas desde abajo parecen jardines colgantes, pero quizás aquí salte más a la vista, pues los bloques se construyeron rápidamente y con materiales baratos, de manera que las terrazas frondosas de las plantas superiores aún impresionan más. Dan fe del bienestar que se consiguió aquí con la práctica de la cesión de terrenos y la compensación. Quien más quien menos se lo pudo permitir, compró un ático con una gran terraza, y con ello no sólo se pasaba a vivir en el piso superior, sino que también se subía en la escala social. En los años cincuenta, a todos los griegos les dio el delirio de vivir en el ático, aunque lo único positivo fuera la terraza desde la cual se disfrutaba a menudo de una buena vista. Por lo demás, en verano uno se muere de calor y en invierno pasa frío, pues los radiadores allí arriba no llegan a calentar del todo. Pero estos inconvenientes frente al estatus social que da un ático son pequeñeces, en el sentido del viejo refrán: «Ande o no ande, caballo grande».

En los años setenta, los coches sustituyeron a los áticos como símbolo de estatus social. Se empezó con un Opel o un Fiat, después tenía que ser un BMW o un Mercedes, hoy en día es un todoterreno. Desde hace unos años, al coche se le añade la casa unifamiliar. Entretanto, los áticos han perdido su esplendor y ya casi ni se construyen. Si lo hacen, entonces deben tener piscina en la terraza.

Ya de vuelta, bajando las escaleras de la parada de metro, veo a una mujer mayor sentada en el último peldaño, va vestida a la manera clásica de los refugiados de Asia Menor: completamente de negro con un pañuelo en la cabeza. Está cabizbaja, con un platito que balancea sobre sus rodillas, en el que hay varias monedas. A su lado tiene una media docena de paquetes de pañuelos. Le dejo dos euros en el platito y ella levanta la cabeza ofreciéndome un paquete.

—No hace falta, señora —le digo.

—¡De ninguna manera! Si me da dos euros, tiene que llevarse al menos un paquete.

Me recuerda un refrán de los griegos de Asia Menor: «Si eres nuestro invitado, al menos tienes que beber un trago».

Con lo cual deduzco, contento: la dignidad de la pobreza no ha desaparecido del todo.

# Agios Nikólaos

## Μ ΑΓΙΟΣ ΝΙΚΟΛΑΟΣ



Después de la Revolución, los franceses llamaban a los aristócratas *ci-devant nobles*, los aristócratas de antes. Parafraseando la expresión, a los barrios de Atikí, Agios Nikólaos, Kato Patísia y Agios Eleftherios se les podría denominar *ci-devant bourgeois*, o sea, los burgueses de antes. Para entenderlo, hay que dirigir primero la mirada a la calle Patision y entender su significado demográfico y social.

En cualquier mapa de Atenas se distinguen tres grandes avenidas. Dos de ellas conducen hasta las afueras, la tercera cruza el centro como una línea recta que parece interminable.

Las dos primeras salen del mismo punto, de Ambelokopi, y luego prosiguen paralelas. Se trata, por un lado, de la avenida del Mediterráneo, que cruza distritos como Jolargás y Agía Paraskeví, permite el acceso a Neo Psijikó y Papagos y continúa hacia Mesóyia, Lavrio y Porto Rafti. La otra es la avenida Kifisiá, una arteria kilométrica que conduce el tráfico bajo el nombre de avenida Atenas-Salónica y prosigue hacia el norte más allá de Kifisiá. A lo largo de este tramo se encuentran los cuatro barrios de la alta burguesía más conocidos: Psijikó, Filozei, Marusi y Kifisiá.

La tercera vía es la calle Patision, la más antigua de Atenas, que nace en la plaza de Omonia, en el cruce con Panepistimíu. Por qué se llama precisamente «calle», mientras que las otras dos son «avenidas», me resulta incomprensible. La explicación más apropiada sería el afán de notoriedad de algunos alcaldes, que podría haber afectado a las dos avenidas y no a la calle Patision, pues cuando se inauguró, en Atenas aún no existían avenidas. En los tiempos del rey Otón, Patísia, como se llamaba entonces a esa zona y aún se la sigue llamando así, era el espacio recreativo de Atenas, adonde se iba a pasear en verano o simplemente a tomar el aire.

Patision fue la primera zona densamente poblada de Atenas. En mi opinión, no hay ni un solo ateniense que no tenga al menos un familiar próximo o lejano que no haya nacido o crecido aquí. La pequeña burguesía y la clase media ateniense proceden originariamente de esa parte de la ciudad.

Los barrios de clase media empezaban en Kipseli, en el margen derecho de Patision, concentrados en dos plazas: la plaza de América y la plaza Koliatsos. Desde aquí y hacia el oeste la escala social iba bajando. Los alquileres y el precio de los inmuebles descendían progresivamente hasta la avenida Ajarnón, donde terminaba la zona de la clase media y empezaba la parte pequeñoburguesa de la ciudad, que se extendía hasta la avenida Liosion.

Cuando uno sale de la estación de metro de Agios Nikólaos, no debería ir por la avenida Ionía, sino que debería doblar por Mijail Voda. Es una de las calles más antiguas de Atenas, junto con Patision y la avenida Ajarnón. El visitante u observador de hoy puede vislumbrar aquí cómo la ciudad se desarrolló hacia el norte y hacia el nordeste en cuanto quedó fijado el centro. Si prosigue por la calle Mijail Voda, verá que ha perdido casi por completo su esplendor de antaño, pero le sorprenderá que se pueda reconocer el siempre agradable sabor de barrio en el que vivía la pequeña burguesía ateniense de los años setenta. El visitante se encontrará en medio de una calle abundantemente poblada de acacias, casi como un paseo. Las tiendas y las viviendas tienen el mismo aspecto que si se hubieran detenido los relojes hace treinta años. Casi no hay edificios de nueva construcción, por una parte, porque cada metro cuadrado

ya estaba construido, y, por otra, porque los precios de la zona han bajado tanto que a los constructores no les sale a cuenta la inversión.

Entre los bloques de viviendas quedan encajadas casas pequeñas, de una o dos plantas. Muchos se preguntarán si algún día, realmente, los atenienses vivieron en casas tan estrechas. La respuesta es que sí, por supuesto, pero no exclusivamente. Las casas humildes son las únicas que han quedado en pie, pues las reducidas fincas que ocupaban no interesaron a los compradores de terrenos a cambio de compensación en forma de apartamentos. Los edificios a derecha e izquierda demuestran que había casas más grandes sobre las cuales se construyeron los bloques de cemento que conocemos, como consecuencia del trueque.

Si se deja la calle Mijail Voda torciendo a la derecha, se entra en la calle Pafos. A simple vista, este estrecho callejón no ofrece nada especial, pero en el centro se abre un espacio inesperado con una gran variedad de árboles altos y una pista deportiva; unos espacios que dentro de las ciudades siempre ofrecen la oportunidad de darse un respiro. Alrededor, los edificios tienen como máximo cuatro plantas y muestran sus pequeños balcones llenos de macetas con flores de colores. Como forma parte de la calle, esta plaza no tiene nombre, pero irradia una tranquilidad particular, como si uno se encontrara aquí en un sitio completamente distinto, en otra época. La última vez que estuve deambulando por aquí sólo había un hombre de unos cincuenta años en un banco, bebiendo pensativo una Coca-Cola.

Saliendo de Pafos, en el cruce con la avenida Ajarnón se encuentra, al otro lado de la calle, un magnífico edificio con acabados de estilo neoclásico, construido según el gusto de finales del siglo XIX. No pega en absoluto, el edificio está de más, ya que la estética de la calle la determinan los bloques de pisos. En la planta baja se puede leer en un cartel: ANTIGÜEDADES Y OBRAS DE ARTE SELECTAS. VENTA AL MAYOR Y AL DETALLE. Éstas son las cosas que siempre me han entusiasmado de Atenas. De repente te encuentras ante un edificio neoclásico que nunca te hubieras imaginado y tienes que frotarte los ojos asombrado. Y entonces ves un cartel así y tienes que volver a frotártelos.

Las plazas de la avenida Ajarnón tienen siempre en el centro una iglesia, como por ejemplo la de San Pantaleón o la de San Nicolás (Agios Nikólaos), y están rodeadas de cafeterías. La plaza-calle conserva aquí una función, cuida de las relaciones y de las costumbres. La gente se sienta en los cafés, como antes, y politiqua. Todos, desde el pope hasta el jubilado, se saludan y se paran a charlar. Los barrios atenienses de solera tienen rostro, los vecinos aún se conocen. Por eso yo no me voy de Kipseli. En las zonas nuevas se ha sustituido la confianza del vecindario por el anonimato de los bloques.

Muy a mi pesar, los pequeños colmados de barrio están a punto de desaparecer. Incluso en los barrios de bajo poder adquisitivo como Agios Nikólaos ya no queda ni un tendero. Los griegos (y no solamente los atenienses) han contribuido al triunfo del supermercado. En realidad, y como en todas partes de Europa, los inmigrantes que se han instalado aquí han abierto sus propios comercios. De manera que voy pasando por delante de tiendas de comestibles tailandesas, filipinas, rusas o polacas y constato que a las de antes, a las que los griegos ya han renunciado, los nuevos propietarios les han devuelto la vida.

Pocas veces se ve a atenienses comprando en estas tiendas, pero sólo es cuestión de tiempo. En mi calle hay una cafetería de la vieja escuela, diminuta, en la que sólo caben unas tres mesas. Cada vez que paso por delante veo que hay africanos francófonos, árabes y asiáticos, pero también oriundos del barrio hablando entre sí. Los griegos son hombres y mujeres de edad avanzada que buscan relacionarse con los recién llegados para superar su soledad y poder charlar con alguien. Por lo tanto, más tarde o más temprano, también se perderá y quedará superado el recelo a los comestibles exóticos.

Añado aquí otra breve digresión: la palabra griega *bakalis* significa «tendero» y proviene del turco *bakcal*. La denominación griega original es *pantopolion* y se refiere al comercio que vende productos diferentes, de todo tipo, desde queso, arroz y pasta hasta hilos para hacer ganchillo, enchufes y periódicos. Por lo tanto, ¿qué son los supermercados sino comercios donde se encuentra de todo? Entonces, ¿por qué se ha renunciado a la bonita palabra *pantopolion*?

# Kato Patísia



Atenas sufrió un desarrollo complicado, por un lado, porque una increíble cantidad de gente se trasladó hasta aquí, y, por otro, porque esa afluencia no se produjo por voluntad propia, sino por necesidad, algo que también les pasó a los primeros forasteros que tuvieron que instalarse en Atenas con el séquito de Otón. La primera gran ola llegó a la ciudad al final de la Guerra Civil, a principios de los años cincuenta. Los motivos eran muy variados. Unos porque la guerra les había dejado las tierras quemadas, otros porque sus familiares eran comunistas (en esa época «comunista» era un concepto amplio que incluía a todos los que no eran adeptos al régimen), otros porque estaban en listas de fusilamiento y preferían esconderse en Atenas, pues para ellos era una gran metrópolis. Otros querían evitar las trabas de los guardianes del orden. Sin embargo, todos estos inmigrantes nunca tuvieron Atenas en el corazón. Eran campesinos, les gustaba la vida del campo y añoraban los arados que habían tenido que abandonar. En realidad, vivieron en un exilio forzado.

A todo esto hay que añadir que el Gobierno de los años cincuenta, en lugar

de contribuir a la reconstrucción de todo el país, priorizó la solución más fácil: hizo de Atenas una ciudad para aparentar y abandonó el resto de Grecia a su suerte, incluida la segunda ciudad en importancia, Salónica. Así se fabricó la ilusión de que Atenas personificaba Grecia entera. El resto apenas existía, a la vista de los representantes del pueblo.

En aquel tiempo los políticos, a la caza de partidarios, atrajeron a familias enteras de provincias a Atenas, asegurándoles un puesto de portero en un bloque de pisos y una pequeña vivienda en el sótano a cambio de su voto. Así es como la ciudad se llenó enseguida de porteros que en su mayoría espían a los vecinos según sus convicciones políticas y los denunciaban a la policía.

El abandono de la población campesina por parte del Gobierno trajo consigo la segunda gran ola migratoria, que empujó a muchos griegos hacia Alemania, fueron los *Gastarbeiter*, «los trabajadores invitados». Me parece innecesario exponer aquí la historia de estos trabajadores, puesto que ya está suficientemente documentada. Lo que se conoce menos es que los primeros que emigraron con estas condiciones no fueron a Alemania sino a Atenas. Cuando hoy se quejan tanto los atenienses como los visitantes de este monstruo urbano, olvidan, o simplemente no saben, que el crecimiento incontrolado de Atenas tuvo su base en el dolor y el odio.

Por eso pasó en la ciudad lo que tenía que pasar, que se construyeron unos engendros monstruosos, los *polikatikia*: los típicos edificios atenienses de hormigón. En algún sitio tenían que vivir los recién llegados. Las construcciones baratas que hoy se ven en todas partes de Atenas fueron la respuesta a la necesidad de vivienda, a la vista de los escasos medios de los que disponía la migración interior.

Sin embargo, los edificios de pisos también supusieron para los atenienses una largamente anhelada solución a sus problemas. Hace poco, un amigo me contó que sus padres habían poseído una bonita casa de dos pisos en Agios Nikólaos y que la permutaron por dos pisos en el edificio de nueva construcción que, con ayuda del sistema de trueque, se construyó en su finca. Cuando le pregunté si no le había dado pena, replicó: «¿Y qué podían hacer? La casa estaba hecha una ruina y mis padres no tenían dinero para pagar las obras. En aquella época los bancos no concedían créditos para rehabilitar, la única solución fue confiar en un constructor y recibir a cambio dos pisos. De otra manera, al cabo de pocos años, hubieran vivido en una casa semiderruida».

La negativa de los bancos de conceder créditos para la rehabilitación de edificios en esa época no fue otra cosa que una decisión política para potenciar el trabajo de los trueques y proteger el negocio de los constructores, sobre el cual se construyó el famoso «milagro económico» griego de los años cincuenta, que

algunas mentes idiotas comparan con el alemán.

El carácter nómada de Atenas se ha conservado hasta nuestros días. La segunda y tercera generación de esos inmigrantes aún se consideran a sí mismos atenienses con raíces rurales. Por eso todavía puedes encontrarte en Atenas a gente de unos cuarenta años que te diga, por ejemplo: «En Semana Santa me voy a casa». Con ello se refieren al pueblo de donde procede su familia y que aún sigue siendo su casa. «La sangre es más espesa que el agua», dicen un sabio refrán. Pero, al mismo tiempo, esta gente intenta dejar atrás las penosas condiciones de vida de sus padres o abuelos a la primera oportunidad que se les presenta. Venden las viviendas que poseían en las zonas burguesas de antaño, en algunos casos también tierras de labor o parcelas heredadas de los padres, y se van del centro.

La clase media y pequeñoburguesa no se marchó de los barrios antiguos porque no se revalorizaran las propiedades, sino porque los atenienses siempre tiran alegremente lo viejo por la borda. Nunca intentan mejorar el barrio donde viven, sino que prefieren emigrar a otra parte donde les han prometido que se vive mejor. Atenas paga un precio muy alto por los errores de sus habitantes.

Así es como se levantaron los nuevos distritos de la clase media: Jalandri, Jolargós, Papagos o Agía Paraskeví. Tenían la ilusión de que se iban a vivir al campo y a respirar aire puro, lo cual es naturalmente un autoengaño. Ano Petralona o incluso Tavros tienen más árboles en las calles que los nuevos barrios periféricos, donde el cemento es sofocante y, sin embargo, siguen teniendo mucha demanda. Sólo se encuentra un árbol de vez en cuando y también escasamente algún pequeño espacio sin construir. Por consiguiente, la mayor parte de estos barrios se inundan normalmente con los primeros aguaceros de otoño. «Lo que hay pertenece a los que saben utilizarlo», puntualiza el cantante al final de *El círculo de tiza caucasiense* de Bertolt Brecht.

Lo bueno para estos barrios fueron los atenienses más pobres que no se pudieron permitir una mudanza y los nuevos inmigrantes que se instalaron en las casas, porque lo ruinoso siempre está mejor de precio.

Entretanto, hoy en día hay en Kipseli, Agios Nikólaos o Kato Patísia un extranjero por cada griego, mientras que la relación entre jóvenes y personas de la tercera edad asciende a uno por cada cinco. Esto ha llevado en los últimos años a un enfrentamiento de «pobres contra pobres». Los atenienses sin recursos intentan echar a los emigrantes también sin recursos, pero éstos se defienden como gato panza arriba. Sería demasiado simple acusar ahora a los griegos de racistas. La mayoría son dignos padres de familia cuya única inversión es su casa. No tienen ninguna posibilidad de adquirir otra cosa y tampoco pueden dejar en herencia a sus hijos nada más. Ahora, cuando ven que el valor de sus

viviendas baja a la mitad, reaccionan con frustración y responsabilizan de ello a los extranjeros. Su argumento es el siguiente: los inmigrantes nos quitan nuestros puestos de trabajo, y con el dinero que ganan ahora también quieren quitarnos las casas.

Quien dice eso no quiere ver la verdad: las viviendas han bajado de precio porque sus antiguos habitantes las abandonaron, pues prefirieron mudarse a otra zona. Los inmigrantes no han provocado que se desvalorizase el barrio ni que el valor inmobiliario cayera por los suelos, sino que llegaron justo cuando ya tenía mala fama y por eso era barato.

Detrás de todo esto se esconde un Estado que se ha beneficiado de la despoblación de las zonas rurales sin preocuparse por el destino de la emigración.

Pero hay otra pregunta que, más allá de la situación descrita, afecta tanto a Grecia como a Italia. ¿Cómo es posible que dos países que a lo largo de casi ciento cincuenta años han «enviado» emigrantes a Estados Unidos, Canadá, Australia y Alemania, muestren tan poca comprensión con los refugiados que llegan a su propio país por razones económicas? Grecia dependió durante más de medio siglo del dinero que mandaban sus emigrantes desde Estados Unidos, Canadá y Australia. Y después, durante tres décadas vivieron gracias a las transferencias de Alemania de los «trabajadores invitados». Aun así, son muy pocos los que entienden a los que en algún lugar de África o de Asia esperan, con el corazón en un puño, los envíos de dinero desde Grecia de parte de sus seres queridos.

En la acera de enfrente de mi casa hay una cabina de teléfono. De día, y a menudo también por la noche, oigo cómo gritan los emigrantes al aparato, para hacerse entender en alguna parte remota de este mundo. Me parece que en los años sesenta no deberían de sonar muy diferentes las emocionadas voces de los trabajadores griegos cuando llamaban a sus casas desde el teléfono de la estación de cualquier ciudad alemana. Somos, incluso por lo que respecta a nuestro propio destino, un pueblo con muy poca memoria histórica.

Todo esto se me pasa por la cabeza cuando pienso en Kato Patísia, quizás el barrio más frío y más impersonal de todos los que un día fueron burgueses. Kato Patísia es también la única parada de metro que hay en la avenida Ajarnón, además justamente en su tramo más horrible.

Nos encontramos también en la parte llamada de los Tres Puentes. Desde aquí salen desde tiempos inmemoriales los autobuses hacia Eubea y Volos. Quizá sea por la estación de autobuses por lo que Kato Patísia resulta tan poco atractivo, pues igual de inhóspitos son los alrededores de la estación de Kifisós, desde donde salen los que se dirigen al Peloponeso, Tesalia y Salónica.

La agradable visión del restaurante italiano rodeado por un jardín y del café correspondiente en la esquina de la avenida del General Kalaris confunde al viajero que acaba de salir del metro. Pues apenas un bloque de pisos más allá le demostrará que se trata de la calle más horrorosa de Atenas en toda su extensión. La sensación de haber visto pocas veces algo tan indescriptiblemente horrendo se apoderará del visitante. Las calles transversales son todas estrechas y no hay un solo solar que no esté edificado con bloques de viviendas baratas. En ninguna otra parte impresiona tanto ver el cemento puro y duro como en este distrito.

La única zona verde a lo largo y a lo ancho de este barrio se encuentra después del cruce de la avenida del General Kalaris con la avenida Ajarnón. Allí se pueden ver acacias de nuevo, en un parterre y en condiciones que recuerdan los años cincuenta y sesenta. Pero este tramo es sólo un espejismo que se desvanece en la nada, pues cuando uno avanza un poco más, la frialdad aplastante del cemento se impone otra vez.

En Atikí y en Agios Nikólaos las panorámicas más bonitas las ofrecían las calles transversales a Ajarnón, como Sozopoleos o Pafos. En Kato Patísia precisamente las que atraviesan Ajarnón son tan feas que uno tiene que largarse de ahí tan rápido como le sea posible.

# Agios Eleftherios

## Μ ΑΓΙΟΣ ΕΛΕΥΘΕΡΙΟΣ



La estación de Agios Eleftherios nos lleva de vuelta a la avenida Ionía. Con una pequeña diferencia. Mientras caminábamos por la avenida Ajarnón, alrededor de la estación de Kato Patísia, la avenida Ionía se separaba de Liosion, daba un giro, atravesaba Ajarnón y convergía en la estación de Agios Eleftherios, entre Ajarnón y Patision. De modo que, cuando se sale de la parada, tanto si se toma la calle Sarantaporos como si se recula un poco para salir a Iakuvidos, siempre se acaba en la avenida Patision.

Después de Kato Patísia, el barrio de Agios Eleftherios es una sorpresa. En Kato Patísia, las calles que se dirigen desde la avenida Ajarnón a la avenida

Ionía son anónimas, con edificios de apartamentos idénticos que provocan sueño sólo con mirarlos. En Agios Eleftherios, en cambio, las calles que van hacia la avenida Patision desde Ionía te transportan unos cuantos años atrás, al ambiente del antiguo barrio de la burguesía media ateniense.

A esta zona se la llama también Klonaridos, por el nombre de una acomodada familia que vivió allí hasta el final de la segunda guerra mundial. La mansión donde residían era la joya de la corona de la avenida Patision y lo siguió siendo durante muchos años después de su último inquilino. Hoy ya no existe. En su lugar hay, actualmente, un pequeño parque con setos y bancos y un estanque con tres surtidores de agua. Que nadie se imagine los parques andaluces ni el de la catedral de Palma de Mallorca tampoco, con sus dos surtidores de agua que se entrecruzan bajo una escultura dedicada al gran poeta griego Kavafis. Tengo una relación especial con quienes viven en esa región, pero, aunque no la hubiese tenido, la habría establecido cuando vi esa obra dedicada a Kavafis. No sé si en toda Grecia hay un busto o una placa conmemorativa del gran poeta alejandrino, y si es así, si se encuentra en un lugar tan relevante. Por lo que respecta a los surtidores del parque Klonaridos, se trata simplemente de tres minúsculos chorros de agua que alimentan un estanque de cuatro por dos metros.

Las calles Sarantaporos e Iakovidos, que empiezan en la estación de metro, son dos antiguas vías, igual que la avenida Patision, que se estrecha después de la plaza Koliatsos y se transforma en una calle de zona residencial, dejando de ser la gran arteria comercial, con sus tiendas de zapatos y de ropa, que es hasta llegar a la plaza de América.

El barrio recuerda en cierto modo a Agios Nikólaos, en particular por las calles interiores, aunque no haya calles que puedan compararse con Pafos o Sozopoleos, por el lado de la plaza Atikís. Al contrario: aquí parece haber recibido un severo castigo uno de los mayores arquitectos de la historia de la Grecia moderna: Ernst Ziller. La calle que lleva su nombre es, de hecho, una vía sin ningún encanto de la época de las permutas, tan fea como otra calle que lleva el nombre de Doménikos Theotokópoulos, universalmente conocido como El Greco.

El único consuelo es que los condominios se extienden a lo largo y normalmente no superan los tres pisos. En cambio, en la calle Sarantaporos, que es una extraña mezcla de casas viejas y construcciones nuevas, los edificios se han levantado hacia arriba, de modo que son altos y estrechos.

Nos encontramos ya al final de Patision. El barrio que sigue, Galatsi, se halla en la parte superior de la avenida. A Galatsi se puede llegar de dos maneras: o atravesando Patision y tomando Lascaratos, que es la continuación de

Sarantaporos, o bien remontando Patision y girando a la izquierda, por la avenida Galatsi.

Personalmente, aconsejo la calle Lascaratos, porque este cruce me parece mucho más interesante. En la esquina de Lascaratos con Patision sólo hay un edificio del siglo XIX que se haya salvado en toda la zona y, la verdad, se encuentra en unas condiciones lamentables. Estaba convencido de que no vivía nadie en él, hasta que un día me di cuenta de que había flores en los estrechos balcones, así como un pequeño jardín que, como en todas las casas viejas atenienses, da a la calle. En este caso es en la esquina, y su hierba florida aún conserva algo de la grandeza de esta casa en ruinas.

A partir de aquí empieza la avenida de Iraklio, que, un poco por encima de la siguiente estación, Ano Patísia, absorberá y sustituirá la avenida Ionía.

Galatsi fue en otro tiempo un barrio más bien pequeño, que en los últimos treinta años ha crecido de manera vertiginosa alrededor de tres calles: la más bonita, la calle Agía Lavra, la más anodina, Agía Glikería y la más anárquica, la avenida Veiku, que fue la última en construirse.

Si el centro de Atenas se construyó gracias a las permutas, calles como Veiku y barrios como Jalandri deben su origen a los huertos. Suena extraño, pero no lo es. Se trata de zonas tiempo atrás ricas en huertos, que abastecían la ciudad de hortalizas. En un momento dado, a los hortelanos les pareció más productivo ceder sus terrenos a empresas constructoras para cambiarlas por apartamentos, y así, al cabo de pocos años, los hortelanos empezaron a tener rentas inmobiliarias. Por su parte, los atenienses abandonaron los barrios del centro para mudarse a estos nuevos condominios, y las hortalizas se mudaron fuera de la ciudad. Durante una época viví en Jalandri. Los propietarios de mi piso tenían otros tres inmuebles en la misma finca y tres más en otros dos edificios. Y todos los habían adquirido porque, tiempo atrás, el cabeza de familia había sido hortelano y cultivaba lechugas.

Gracias a los huertos que se encuentran en la avenida Veiku, se construyó una larga serie de condominios separados de vez en cuando por una cafetería. Pero el gran atractivo de Veiku es el bosque de Galtasi, que a partir de un punto se extiende a ambos lados de la calle. El bosque de Galatsi es un oasis especialmente en verano, cuando el calor de Atenas resulta asfixiante. Cuando ya no podemos soportar el calor, por la noche solemos ir a cenar a una taberna situada detrás del bosque, que familiarmente rebautizamos como «Las chuletas de Galatsi». Cómo se llama de verdad, nunca me he molestado en saberlo.

Ahora bien, si alguien se pregunta cómo ha podido escapar el bosque de Galatsi a los incendios, la respuesta se encuentra en el hecho de que pertenece al municipio de Galatsi, que tuvo la previsión de vallarlo y protegerlo, para su

suerte y la nuestra. Aparte de árboles, también hay un espacio al aire libre que en verano proyecta películas de calidad.

Cuando paseo por Atenas, a menudo recuerdo esta máxima: hay jóvenes apuestos que envejecen mal, y hay jóvenes insípidos que consiguen envejecer bien. En el caso de Atenas, se vuelve fea con la madurez.

## Ano Patísia

### ANΩ ΠΑΤΗΣΙΑ



En la estación de Ano Patísia hemos llegado al final. Pero no del recorrido, sino de la calle Patision. La parada se encuentra, literal y figuradamente, «en el aire». Literalmente, porque está situada sobre un viaducto, y metafóricamente, porque no hay nada a su alrededor.

Si el visitante sale a mano izquierda, tiene que escoger: o bien continúa su camino hasta alcanzar la autopista Atenas-Lamia, o bien gira antes a la derecha por la avenida Dekeleias, la arteria central de uno de los dos barrios más grandes de refugiados de Atenas: Nea Filadelfia. El segundo, como ya he dicho, es Nea Ionía, pero a mi juicio Nea Filadelfia es más auténtico. Puede que se deba a mi relación personal con este distrito, pues aquí vive un personaje de mis novelas policiacas que me gusta de forma especial: Lambros Zisis.

La casa de Lambros está en Hécuba, una calle estrecha en la cual hay diez viviendas unifamiliares y ningún bloque de pisos. Desde la avenida Dekeleias hay que subir un tramo para dar con ella: delante del parque hay que desviarse a la izquierda por la calle Tróada, bajar hasta Safo y desde allí se llega a Hécuba.

La calle paralela, Yocasta, es igual de estrecha. La genial idea de bautizar dos calles que discurren juntas con los nombres de las heroínas de *Las Troyanas* de Eurípides y del *Edipo rey* de Sófocles, seguramente se deba a un alcalde amante de las tragedias clásicas. Sorprende, pues el nombre de la calle, Hécuba, le va como anillo al dedo, ya que ésta procedía de la misma zona que los refugiados que viven en este barrio, de Asia Menor.

Un lado de la calle Hécuba queda delimitado por el muro de una fábrica, en el otro hay un jardín detrás de otro, llenos de flores, la mayoría con plantas que no crecen en macetas, sino en bidones de aceite pintados de colores. Una marca de la cultura oriental de la pobreza es el colorido. Quizá no hubiera suficiente comida en la mesa, pero uno siempre podía saciarse de colores. En el jardín hay una escalera para subir a la primera y única planta. Son casas que han conservado su carácter original y tienen el mismo aspecto que cuando las construyeron los refugiados de Asia Menor al llegar a este barrio. Pero no sólo las viviendas marcan aquí la diferencia. En ninguna otra parte, exceptuando quizá Nea Ionía, está tan arraigado el sentimiento de vecindario. Cuando hace buen tiempo (y esto sucede casi siempre, Nea Filadelfia es el sitio donde el calor del verano ateniense alcanza los valores máximos), las mujeres se sientan en los jardines, charlan o riegan las plantas. A veces, una mujer que vive tres jardines más allá se dirige a otra y se entabla una conversación por encima de las cabezas de las demás.

No es casualidad que mi personaje, el viejo comunista Lambros Zisis, viva en este distrito. Nea Filadelfia era antes, como todos los barrios de refugiados, un baluarte de la izquierda. En estas circunscripciones electorales, los otros partidos no tenían ninguna posibilidad y los evitaban por miedo a los mordaces comentarios de sus habitantes. Zisis es hijo de gente que fue expulsada de su país, creció aquí y también acabará aquí sus días.

Los refugiados de Asia Menor pertenecen a los nómadas que han varado en Atenas, pero el parecido con los emigrantes mencionados anteriormente se acaba aquí. No han ido mudándose de barrio en barrio, sino que se han mantenido fieles a los distritos donde habían construido sus casas. No sentían antipatía por Atenas, sino que aceptaron la ciudad tal como era, aunque fueran pobres y tuvieran un camino pedregoso ante sí, incluso después de su llegada. Conservaron la tierra patria en sus nostálgicos y dolorosos recuerdos.

No llegaron con las manos vacías: trajeron una impresionante tradición culinaria. La cocina griega de los últimos cien años se identifica completamente con la de Asia Menor, a excepción de las islas Jónicas. Un reflejo de esto es el hecho de que muchos platos reciben el mismo nombre tanto en Grecia como en Turquía, desde la musaca al *imam*, o desde el *tsatsiki* a las *dolmades* (la

denominación *gemistá* para los tomates y pimientos rellenos es mucho más reciente). Esto demuestra que un intercambio de población es un suceso doloroso, pero no tiene que ser negativo a la fuerza.

En Nea Filadelfia todas las calles secundarias están formadas por casas de refugiados de este tipo, de una o dos plantas, a menudo con jardín o patio delantero. Si el viajero se pregunta si aquí no hay construcciones de cemento, me veo obligado a decepcionarlo. Toda la avenida Dekeleias, a partir del parque en adelante, está lleno de obra nueva.

Nea Filadelfia fue en otra época un paraíso para las tabernas, una particularidad típica no sólo en Grecia sino en todo el sur de Europa. Los establecimientos donde se come bien no están siempre en las zonas ricas y bonitas. En el sur, a menudo se encuentra mejor comida en restaurantes más bien modestos y sin pretensiones.

En Nea Filadelfia, antes iba regularmente a dos locales. Uno se llamaba Ananias y ofrecía los platos de los griegos de Estambul. El otro llevaba el nombre del propietario, Kanioglu, y servía especialidades de los lugares de origen de los griegos de Asia Menor. Me gustaba más ir a Kanioglu, no porque la comida fuera mejor, sino porque el dueño era un ser muy peculiar. Él introdujo, ya a finales de los años sesenta, el método de control facial que hoy se utiliza en los clubes nocturnos de Atenas. De la misma manera que los porteros de un local nocturno examinan a los clientes y deciden, según la impresión que éstos les causen, quién entra y quién no, Kanioglu sólo servía a los clientes que le gustaban. Se colocaba, con su delantal blanco como la nieve, detrás de la vitrina frigorífica, donde tenía expuestos todos los platos de tapas, y si alguien no le caía bien, le decía que lo sentía, pero no le podía ofrecer nada. Si el cliente se quejaba y le decía que lo que quería pedir estaba expuesto en la vitrina, la respuesta era: «Está pedido», aunque el local estuviera medio vacío. En cambio, a mí y a mis amigos nos tenía afecto e incluso nos preparaba *mezzés* que no estaban en la vitrina.

Hoy en día el Kanioglu ya no existe y el Ananias ya no tiene nada que ver con su predecesor. Está también la taberna Pera, que debe su nombre al céntrico barrio de Estambul, y ofrece una combinación de platos de los griegos de Estambul con especialidades *kebab* de Anatolia.

En los años sesenta también existía la pastelería Kanakis, en una pequeña plaza de la avenida Dekeleias. Allí hacían el helado de nata más rico de Atenas y tenían la mejor *ekmek*, la tarta helada griega. Hablo en pretérito, aunque el local y el negocio con el mismo nombre aún existen, pero tienen poco en común con el Kanakis de antes. Se ha convertido en una pastelería como las otras, de las que en Atenas se pueden encontrar por todas partes.

A pesar de todo, Nea Filadelfia es un barrio muy bonito y, en cualquier caso, vale la pena dar un paseo por él.

# Perisós



A partir de Perisós empieza una serie de barrios cuya revalorización se debió precisamente a la llegada del metro. Cuando en Atenas, aparte del tráfico caótico, había también una incipiente y primitiva red de transporte público que dejaba mucho que desear, vivir cerca de una parada del Eléctrico era una gran ventaja, porque era el único medio de transporte fiable de la ciudad. Aunque no fuese muy rápido, garantizaba que el tiempo que se tardaba en llegar de Marusi a Omonia era de veintiocho minutos, ni uno más ni uno menos. En autobús no sabías siquiera a qué hora llegarías, a pesar de los horarios establecidos. Por ejemplo, cuando vivía en la confluencia entre Jalandri y Marusi, en una zona que se llama Polidroso, el trayecto hasta el centro de Atenas oscilaba, los días laborables, entre cuarenta y cinco y setenta y cinco minutos, según el tráfico y los embotellamientos, mientras que los domingos el tiempo bajaba a treinta y cinco minutos, e incluso los días de vacaciones de Semana Santa o de agosto, cuando Atenas se queda desierta, llegaba a los quince minutos.

Los barrios de Perisós, Pefkakia, Iraklio y Marusi, al igual que Nea Ionía, el

suburbio de los refugiados de 1922, le deben mucho a esta vieja línea de tren por el valor que han adquirido con el tiempo. Las palabras mágicas «se encuentra a cinco minutos del Eléctrico» hacían subir instantáneamente el precio de un inmueble.

La entrada de la parada de Perisós es casi tan espectacular como la salida, que da a un parque situado en alto y lleno de árboles. Sin embargo, en cuanto se atraviesa el parque, a uno le viene a la cabeza, por desgracia, la obra de Thomas Bernhard *Las apariencias engañan*.

Lo interesante de estos barrios tradicionales que se encuentran a continuación de los barrios de Atenas a lo largo del recorrido del metro es el contraste entre el final de línea, Kifisiá, y el resto de las estaciones a lo largo del trayecto. Con la excepción de Marusi (más adelante explicaremos las razones), los otros barrios se parecen a cualquier cosa menos a una zona residencial de la burguesía acomodada ateniense, como sí ocurre en Kifisiá.

Y uno se da cuenta de inmediato en Perisós. Lo primero que te sorprende, después de atravesar el parque, son las estrechas calles con bloques de pisos altísimos a lado y lado, que intentan engañar a los residentes con un poco de verde que crece delante de la entrada de los edificios.

Sin embargo, en cuanto se llega a la calle Helicón y se gira a la izquierda por Emperadores Bizantinos, aparece la verdadera imagen del barrio. Ambas calles no se caracterizan por los condominios de casas, sino por las fábricas abandonadas. Masas enormes de cemento, con las ventanas destrozadas, en parte «redecoradas» con grafitis, te obligan a retroceder en el tiempo, hasta la época en que el metro aún no había conseguido elevar la categoría del barrio.

Y es aquí, de hecho, donde tuvo lugar la tercera revolución urbanística de Atenas. La primera fue la de la permuta; la segunda, la de los huertos. La tercera se produjo con la regularización urbanística a posteriori. Todos estos terrenos pertenecían, sustancialmente, al ayuntamiento, pero la gente llegaba, se construía una casa ilegal, un taller mecánico o incluso una fábrica. Es cierto que a menudo se trataba de familias pobres que simplemente querían construirse un techo donde vivir, pero a su lado había también gente que cometía a conciencia la ilegalidad de apoderarse de unos terrenos que no les pertenecían. Los gobiernos (todos sin distinción, y por eso utilizo el plural) aceptaban la política de hechos consumados y regularizaban el *statu quo* legalizando las propiedades a cambio del voto del propietario y de los inquilinos. La campaña electoral más eficaz de los partidos era (y aún lo es tácitamente): vótanos y te condonaremos la casa.

Se podría parafrasear el versículo de Mateo (27, 35): «Se repartieron sus vestidos, echándolos a suertes» en «se repartieron sus terrenos, en el secreto de las urnas».

Sin embargo, conformémonos con mirar los olivos que aún adornan las calles de Perisós. Cualquier griego, como cualquier italiano o español, sabe que el olivo crece por todas partes. Basta con lanzar al suelo un hueso de aceituna y germinará. Estos olivos son, precisamente, la prueba palpable de la absoluta falta de control por lo que al crecimiento de este tipo de barrio se refiere: toda la zona estaba repleta de olivos, la mayoría de los cuales fueron talados para hacerles sitio a las casas y a los edificios de pisos. Los que quedan para adornar las calles son unos pocos afortunados a los que se les ha permitido sobrevivir, porque se han revelado más indisciplinados incluso que los abusos urbanísticos. La esperanza es la última cosa que muere, pero los olivos también son más resistentes que la esperanza.

Cuando hoy oigo discutir, *ad nauseam*, sobre la actual decadencia de Grecia, me dan ganas de ponerme a reír, porque dicha decadencia empieza a finales del siglo XIX, exactamente con las condonaciones de los abusos urbanísticos concedidos por los gobiernos y por los partidos de la época.

Perisós lleva tatuado en la frente, por lo que respecta a su estructura urbanística, el sello de la regularización de dichos abusos. El aspecto positivo de Agios Nikólaos, Atikí o, incluso, Agios Eleftherios es que conservan algo de genuino, no se esconden: son lo que vemos. Son barrios donde vivía la clase media que con el tiempo han sido abandonados a su suerte. Están de luto por el abandono, pero no se esconden.

En cambio, barrios como Perisós intentan convencerte de que son otra cosa. Pero cuando uno se adentra en sus entrañas, se da cuenta de que el barrio no se diferencia en nada de Agios Eleftherios o de Ano Patísia. No tiene, ciertamente, la fuerte personalidad de Nea Filadelfia o de Nea Ionía, pero, por lo demás, lo único que lo hace diferente de estos barrios es que las fábricas están abandonadas y, por ello, la zona puede parecer residencial y más tranquila, puesto que no hay el tráfico y el bullicio de la avenida Patision.

Si me diesen a escoger entre la calle Sozopoleos en Atikí, o la calle Pafos en Agios Nikólaos y las calles Helicón o Kolokotronis en Perisós, no dudaría ni un instante en escoger las primeras.

Quien no lo vea así, ruego que se sitúe en la esquina de Kolokotronis con Adrianupolis. Que mire primero la hilera de edificios idénticos de la calle Kolokotronis y después se gire hacia Adrianupolis, donde verá exactamente el mismo espectáculo: estas calles no difieren en nada de las travesías de la avenida Patision o Ajarnón, y sólo crean la ilusión de vivir «fuera de Atenas».

Una vez, no sé por qué, me acordé mientras paseaba de una antigua película de 1961, *El barrio de mis sueños*.<sup>[2]</sup> La acción transcurría en el barrio probablemente de más mala fama de Atenas, Asírmatos, una de las grandes

zonas obreras de la ciudad. Actualmente, Asírmatos se ha unido al barrio vecino de Peristeri, que se ha convertido en una especie de Atlantic City, con edificios de tres o cuatro plantas que ofrecen toda la diversión imaginable: música tradicional, discotecas al aire libre, locales nocturnos. Éste era el destino de los *barríos de ensueño* de Atenas: el sueño no se ha hecho realidad, más bien se ha convertido en una pesadilla.

# Pefkakia



El paseo por Pefkakia me ha recordado aquellos versos de Yannis Ritsos sacados de su poema «Romiosini» y musicados por Mikis Theodorakis:

La vida va arriba  
con banderas y tambores.

Hoy apenas quedan banderas y, por suerte, los tambores de guerra han sido sustituidos por megáfonos, que, sin embargo, se han quedado en la parada anterior, en Perisós, porque la sede del KKE, el Partido Comunista de Grecia, se encuentra precisamente allí... En cualquier caso, Pefkakia tiene unas subidas magníficas y no me sorprendería que Ritsos hubiese pensado en este barrio cuando escribía dichos versos.

Aunque se encuentra mucho más cerca de Perisós que de Nea Ionía, Pefkakia parece una extensión de Nea Ionía. Ésta es la impresión que da a quien se fija en las tiendas de la calle Gimnasio, a la salida del metro. Se trata de

tiendas pequeñas, de barrio: carnicerías, mercerías, ferreterías y fontanerías minúsculas y, a menudo, inmersas en un enorme desorden, como suele suceder en los barrios populares.

Lo que resulta interesante de Pefkakia es que allí convive lo viejo con lo nuevo y, además, de un modo que lo viejo no se avergüenza delante de la novedad. En la calle Gimnasio, por ejemplo, se pueden ver viejas casas de una y dos plantas construidas por los refugiados de los años veinte y treinta junto a otras que con el tiempo han visto realizado el sueño de convertirse en edificios de tres plantas, al lado de bloques de pisos. La misma impresión se tiene en las calles que comienzan en Gimnasio. En este barrio, lo viejo y lo nuevo tienen los mismos derechos. En cambio, en Perisós los edificios de nueva construcción conviven con las ruinas de las fábricas abandonadas y revelan lo que la llamada «reconstrucción» intenta esconder.

En el cruce perpendicular de la calle Gimnasio con Kanaris, aparece de repente una enorme área verde. El transeúnte tiene la impresión de encontrarse en otro lugar, fuera de Atenas: en Markópulo o en Malakasa. Es uno de los pocos casos en que el verde de la ciudad da la sensación de ser infinito. En la esquina con Jrisóstomos Smirni, sobre el puente, la vista no alcanza a ver el final.

Este oasis verde continúa hacia la izquierda, por donde pasa el metro, y es el único punto, juntamente con Iraklio, en que la línea férrea avanza a través de árboles.

Por el otro lado, en cambio, en dirección a la avenida de Iraklio, el paisaje entre Perisós y Pefkakia casi no cambia: una continua sucesión de bloques nuevos de pisos, los unos iguales a los otros, que se alzan en calles que se parecen entre sí. Es la confirmación de lo que se ve en tantos y tantos lugares de Atenas, o sea, que la diferencia entre las calles nuevas y las viejas, entre los barrios viejos y los modernos, no la determina la riqueza o la pobreza, la miseria o el bienestar. La diferencia es, sustancialmente, estética, entre lo genuino y lo afectado, entre lo verdadero y lo falso. En cuanto se sale de la estación de Perisós se ve, a la izquierda, un edificio de oficinas de cuatro plantas con un gran letrero: PREFECTURA DE ATENAS. DIRECCIÓN URBANÍSTICA DEL SECTOR SEPTENTRIONAL. Es la certificación de que a partir de Perisós comienza el Norte. Sin embargo, Perisós se parece tanto al norte como el estanque de Vuliagmeni al lago de Zúrich.

Y es ésta, precisamente, la diferencia entre la avenida Ionía y la avenida de Iraklio. La primera vía es auténtica: no se ha maquillado en absoluto, ni siquiera en el peor tramo, el que empieza en Atikí. No se avergüenza de la pobreza y no esconde su miseria. En cambio, la segunda, mientras sube hacia Perisós, y después hacia Pefkakia, intenta esconderse, mostrarse diferente, aunque en

realidad es muy parecida a la avenida Ionía. Igual que las calles que las atraviesan, que sólo se diferencian por los edificios de nueva construcción.

Sin embargo, la avenida Ionía tiene la ventaja de gozar de un bello final: hay árboles, de modo que en Ano Patísia, en la avenida y en las calles adyacentes, predomina el color verde. La estridente desnudez reaparece cuando cambia de nombre y empieza la avenida de Iraklio.

# Nea Ionía



La zona de Nea Ionía se llamaba tiempo atrás Podarades. Allí fue donde, en 1923, el general Nikólaos Plastiras, por entonces primer ministro, fundó un primer núcleo para los refugiados griegos llegados del desastre de Asia Menor. La mayoría procedía de Pisidía, la actual Antalya turca. De ahí que la zona fuese rebautizada como Nea Pisidía. Sin embargo, la ola de refugiados microasiáticos no dejó de crecer después de los intercambios de población entre Grecia y Turquía de 1923, procedentes de la región de Capadocia, de Esmirna o de Kidonías, la actual Ayvalık turca. De este modo, aquel territorio fue rebautizado por tercera vez, adoptando el nombre definitivo de Nea Ionía (Nueva Jonia),

precisamente para subrayar de dónde llegaban aquellos desesperados. La procedencia de los habitantes de este barrio también se puede reconocer en los nombres de las calles, que parecen recordar la larga convivencia entre griegos y turcos, pues toman su nombre de numerosas ciudades de Asia Menor en las que en el pasado vivieron muchos griegos, como Trapezunda (Trebisonda, Trabzon), Sinopi (Sinop), Inépoli (Inebolu) y Safrámboli (Safranbolu).

Así nació Nea Ionía y la avenida que lleva su nombre. Más tarde, un tramo de aquella avenida llegó hasta el barrio de Iraklio y hubo quien propuso rebautizar toda la avenida con el nombre de Neo Iraklio, pero los políticos prefirieron una solución de compromiso. De modo que el primer tramo mantuvo su nombre y el segundo pasó a llamarse avenida de Iraklio.

El fundador de Nea Ionía, Nikólaos Plastiras, fue uno de los pocos políticos que se interesó de verdad por la suerte de aquellos refugiados. La actitud hostil de los griegos de hoy respecto a los emigrantes no es en absoluto distinta de la que tuvieron los de entonces hacia los refugiados que huían de la muerte en 1922 —que además eran griegos—. Evidentemente, mientras combatieron por Grecia en territorio turco fueron bienvenidos, pero cuando las cosas se pusieron feas, fueron abandonados a su suerte, tanto en Grecia como en Asia Menor. Por otro lado, hay que reconocer que el desastre de 1922 supuso un duro golpe para el Estado griego, que por aquel entonces a duras penas estaba en disposición de alimentar a su población (cerca de cinco millones de habitantes), y que de un día para el otro se encontró con la obligación de dar de comer a otros dos millones de bocas.

Nea Ionía es el barrio donde todavía se pueden encontrar, y en buen estado, muchas de las casas construidas por los refugiados de la primera oleada. Nada más salir de la estación para iniciar nuestro paseo, nos encontramos con una de ellas. Está en la calle Solomós 38. Se trata de una vivienda de planta única, pequeña y con el techo bajo de tejas rojas. Todas las habitaciones dan a la calle, pues así edificaban sus casas los griegos de Asia Menor. Pero no es la única que ha sobrevivido. En cada rincón de Nea Ionía hay otras construcciones similares, una casita después de la otra, en la calle Vajlava, en Nimfeon, en Rodas.

Si exceptuamos una casa a punto de caerse en la calle Vajlava, con chimenea tradicional (una *boru*, como también la llaman en Constantinopla), el resto de las casas están encaladas y en buenas condiciones. Si un gobierno decidiese en algún momento salvar estas casas, que son un trozo de la historia de Atenas y del país, que sepa que no le costaría mucho, al menos no tanto como lo que se gastó Melina Mercouri para restaurar los edificios bávaros de Zision. Quienes las habitan las mantienen en óptimas condiciones.

Y ésta es, a fin de cuentas, la gran diferencia entre los griegos refugiados,

los griegos de la diáspora y los griegos de Grecia. Los primeros están arraigados a lo que construyeron: lo mantienen, se ocupan de ello, tratan de mejorarlo de todas las maneras posibles. En cambio, los griegos de Grecia dejan que sus barrios se degraden y luego se trasladan a otro lugar. Aunque parezca extraño, la gente del país de toda la vida es nómada. Los otros, venidos de otros lares, tuvieron que establecerse en otra tierra, y no por elección propia, pero han echado raíces y se han quedado. Lo que se ve en Nea Filadelfia se puede ver también en Nea Ionía. La única diferencia entre estos dos barrios se halla en los huertos: en Nea Filadelfia hay huertos por todos lados, en cambio, en Nea Ionía quedan muy pocos.

Aquí los descendientes de aquellos refugiados no sólo conservan las casas, sino también las costumbres. Todavía se puede ver a gente por la calle charlando: sentados en la acera delante de sus casas, o asomados a la ventana, y los ancianos se sientan incluso en los bancos los unos junto a los otros. En este barrio, donde la gente aún habla entre sí, aún no se ha perdido el concepto de «suerte común». Los observo y me acuerdo de mi abuela y de la señora Sofía, la suegra de mi tío, cuando nuestras familias vivían en Chalki. Cada tarde, las dos mujeres se sentaban a charlar con las vecinas y a hablar sobre la gente que pasaba. Era una costumbre urbana, igual que en Atenas, que por desgracia se ha perdido. Sólo sobrevive en los pueblos pequeños y en algunas islas fuera de las rutas turísticas. De hecho, tiene que ver más con el mar que con la cultura del refugiado. En efecto, en muchas islas, especialmente en las más remotas, sus habitantes pasaban todo el invierno sin tener contacto con el continente. Los barcos y los transbordadores llegaban una sola vez al mes y, a menudo, entre isla e isla las comunicaciones se interrumpían en octubre. No les quedaba otra alternativa que charlar para hacerse compañía.

En la calle Rodas me encuentro delante de una casita con una escalera exterior que conduce a una terraza minúscula. Estas terrazas eran el aire acondicionado familiar de entonces. Allí subía toda la familia a dormir durante las noches de estío, para escapar del calor y para que les diera un poco el aire. ¡Se ponía un colchón en el suelo y a dormir! Después, al alba, se retiraba todo y se entraba de nuevo en la casa, para evitar la luz del sol y no despertarse demasiado temprano.

En la esquina de Rodas con Makris encuentro lo que me faltaba y que es el sello de garantía de cualquier barrio popular: una pequeña taberna. Como es de día, está cerrada. Si no, hubiese entrado a preguntar si aún sirven *retsina* de barril, ahora que el vino de resina se vende embotellado y te destroza el estómago al beberlo.

Sigo andando con la tenaz esperanza de encontrar algo que me sorprenda.

Es imposible que todo esté en su sitio, que en esta armonía de la pobreza no haya algo discordante. «¿Dónde encontraremos la armonía en medio del desorden?», «*How shall we find the concord of this discord?*», escribió Shakespeare en *El sueño de una noche de verano*, pero yo lo busco al revés: el desorden en medio de la armonía. Y al final lo encuentro en la calle Nimfeon. Se trata de una casita de una planta, víctima de la modernización neogriega. Alguien la ha transformado en una casa de estilo arcaico hecha de formica blanca. Detrás de la puerta de entrada actual —moderna— han colgado la fotografía de la vieja puerta de madera, a tamaño natural, con sus estrechas celosías. Sobre la fachada, sin embargo, un rótulo lo explica todo y no reclama ulterior comentario: S.A.S. SYSTEMS OF APPLIED SALES. Con eso se entiende todo.

Si fuese un turista curioso y quisiera ver un callejón tradicional de 1922, lo encontraría apenas pasada la calle Solomós, viniendo de Vajlava, detrás de una esquina donde se impone un edificio ultramoderno en el que venden ropa italiana. Busco el nombre del callejón, pero no lo encuentro. El callejón no tiene nombre.

Obviamente, el carácter de barrio de refugiados no entra en contradicción con el hecho incuestionable de que Nea Ionía, desde la calle Agios Georgios en adelante, tiene tiendas muy modernas y con toda suerte de productos que hoy están de moda. Lo interesante es la mezcolanza, la coexistencia de lo viejo y lo nuevo: un elemento que está relacionado con la cultura.

Las calles comerciales, las de verdad, se encuentran a la izquierda de la estación de metro: con una tienda detrás de otra, pero también con árboles y una zona peatonal. Se podría decir que de vez en cuando hay un alcalde que respeta el carácter originario del barrio, al menos a la hora de construir la zona comercial. Muchos atenienses que viven en el centro se acercan hasta aquí porque se compra bien y a buen precio.

Otra característica de Nea Ionía es que se ha «tragado» la avenida de Iraklio. No se ve por ningún lado. El barrio ha conseguido borrar el rastro de una calle tan impersonal como ésta, la ha empujado afuera. Para encontrarla de nuevo hay que atravesar, desde la parada de metro, la calle Asia Menor y superar el cruce con Fotiní. No está lejos, simplemente (y por suerte) no se halla a la vista del transeúnte.

# Iraklio



Con la llegada del Eléctrico a la estación de Iraklio entramos en el último tramo de nuestro viaje. Un tramo ascendente, principalmente porque vamos en dirección norte, tal como ya hemos constatado en Perisós y, en segundo lugar, porque la calle efectivamente es de subida. Desde el punto de vista del ascenso social, las tres estaciones que siguen —Iraklio, Marusi y Kifisiá— son, cada una, la antecámara de la siguiente: Iraklio, barrio de la burguesía media, desemboca en Marusi, donde vive la alta burguesía ateniense, que a su vez desemboca en Kifisiá, que históricamente es el barrio de las clases más poderosas. Las otras estaciones que encontraremos en este tramo son cuerpos extraños que no pertenecen a la familia de los barrios cuyo crecimiento va ligado a la historia.

Iraklio destaca por su profunda dimensión histórica. A diferencia de Nea Ionía, barrio de antiguos refugiados, o de Perisós, surgido de la nada o casi, Iraklio tiene unas raíces que se remontan a la Antigüedad, dado que ya se lo menciona en el año 508 a.C. Pero si un turista mira a su alrededor, no encontrará rastro alguno del antiguo demo ateniense, que en el pasado se llamaba Hifistia y,

a continuación, tomó el nombre de Hefestía. Sea como fuere, la nueva municipalidad de Iraklio se fundó en 1925, tres años después de la de Nea Ionía.

No sé si el nombre de Hefestía tiene que ver con Hefesto, el nombre griego del dios Vulcano; con independencia de esto, las fuentes de riqueza de este barrio fueron, ya en época moderna, las minas de carbón que se abrieron en 1938 y que resultaron de gran utilidad para las fuerzas de ocupación alemanas en 1940. Al principio, los alemanes cedieron la gestión a los italianos, pero después la asumieron directamente. Fue una suerte para los habitantes de Iraklio, porque los alemanes necesitaban carbón, de modo que abastecieron a los obreros de la minería de comida en abundancia para que pudiesen rendir en condiciones. Las minas se cerraron en 1957, a petición de los ciudadanos y del ayuntamiento.

Actualmente, Iraklio es un típico barrio de clase media, como Jalandri, Jolargós o Agía Paraskeví; y tal vez el único, junto con Kalizea, a lo largo del recorrido del Eléctrico. En Iraklio viven pequeños y medianos empresarios, ejecutivos de nivel medio, médicos (pero no las grandes estrellas del quirófano), abogados (pero no las primeras espadas del foro). Se respira un decoro burgués perceptible en todo el barrio que no sólo tiene que ver con el bienestar, por otra parte tangible, de la zona, sino con una especie de preocupación estética que se difunde un poco por todas partes. El edificio por antonomasia del barrio son los bloques de pisos residenciales. Las mansiones y las casas de dos plantas son más bien raras. Se trata, sin embargo, de edificios bastante distintos a los que hemos visto a lo largo de la avenida de Iraklio o Kato Patísia. Son construcciones de buen gusto, bien conservadas, con balcones llenos de plantas, y aunque a uno no le vuelvan loco este tipo de edificios, hay que reconocer que los de Iraklio, al menos, no ofenden a la vista y suelen pasar casi inadvertidos.

En el centro de Iraklio, a derecha e izquierda de la estación, hay muchas cafeterías al aire libre, especialmente en la calle Fokion Negri, por la parte donde vivo yo. Por la mañana, cuando salgo de casa a eso de las nueve, ya hay gente de cualquier edad sentada en las terrazas disfrutando de un *frappé* o de un capuchino. Siempre que paso por su lado me asalta la misma duda sin respuesta: ¿se toman el capuchino antes de ir al trabajo, o es que no tienen nada que hacer o están en el paro? Esta última posibilidad es la menos probable, porque, a juzgar por la ropa que llevan, no parecen precisamente desempleados. En el barrio de Iraklio sucede más o menos lo mismo que en el mío, a diferencia de Nea Ionía, Nea Filadelfia o Tavros.

Sin embargo, la mayor diferencia entre Iraklio y los otros barrios burgueses son las zonas verdes. En ninguna otra parte, exceptuando tal vez Papagos y Kifisiá, hay tanto verde. En cuanto el tren deja atrás Nea Ionía y avanza paralelo a la calle Marinos Antipas, entra en una zona muy verde, llena de árboles, que

continúa también después a ambos lados de la estación. Mires a donde mires, sólo se ve verde. Creo que por ello los edificios no molestan a la vista: están escondidos detrás de los árboles y eso confiere a la zona un aspecto tranquilo.

Pero Iraklio tiene un defecto, que también es propio del resto de los barrios burgueses: son tan gradualmente uniformes, están tan desprovistos de contrastes, que no suscitan ninguna curiosidad. Y ésta es la principal razón por la que, a fin de cuentas, prefiero seguir viviendo en Kipseli.

## Irini



La estación de Irini es una de las estaciones sin historia, por el simple hecho de que no se trata de un barrio residencial. Si Iraklio, Marusi y Kifisiá dan servicio a la comunidad que habita en sus alrededores, las estaciones de Irini, Neratsiótisa y K.A.T. se construyeron sólo por razones logísticas.

La estación se inauguró el 3 septiembre de 1982, exactamente cinco días antes del comienzo del XIII Campeonato de Europa de Atletismo, que, a su vez, supuso la inauguración del Centro Deportivo Olímpico de Atenas (abreviado en griego, OACA). La estación se creó para permitir a los aficionados asistir a las competiciones que tienen lugar en dicho centro.

El nombre no guarda ninguna relación con algún topónimo de la zona: no hay ninguna santa Irini o un lugar llamado Irini. La explicación es la siguiente: un año antes de la inauguración de la estación, el PASOK, el partido socialista, había iniciado su largo mandato en el poder. Era el momento en que el partido se estaba afirmando como una especie de Partido Socialista al estilo árabe, una especie de Partido Baaz, y por ello utilizaba a diestro y siniestro el lema «paz» (en griego *irini*), y «amistad». El ejemplo más claro es el pabellón de la Paz y la Amistad en Neo Fáliro, al que ya nos hemos referido anteriormente.

La estación de Irini conoció su momento de esplendor durante los Juegos Olímpicos de 2004, dado que era una parada muy frecuentada. Actualmente, los pasajeros que la utilizan son más bien pocos y se distinguen en tres categorías.

Los que dejan el coche en la estación y toman el metro. La parada se presta a ello, ya que en el OACA hay un aparcamiento enorme. Sin embargo, esta clase de pasajeros no es muy numerosa, porque en Atenas encontrar a un conductor que se separe de su coche para continuar en metro es realmente poco habitual.

Luego están los aficionados que van al estadio para ver los partidos de fútbol del Panatinaikos y del AEK, o aquellos que van a ver el baloncesto, también seguidores del Panatinaikos. Representan un grupo muy numeroso, pero

sólo son visibles en días y horarios concretos.

Por último, también se encuentran los que se acercan a admirar la joya en que se ha convertido el Centro Deportivo Olímpico de Atenas, obra del arquitecto español Santiago Calatrava, pero estos últimos son muy pocos, y su número sigue a la baja.

## Neratsiótisa



La estación de Neratsiótisa fue la última en construirse. Abrió sus puertas el 2 de agosto de 2004, cuando apenas faltaban dos semanas para la inauguración de los Juegos Olímpicos.

Neratsiótisa no es solamente una estación del Eléctrico, sino también un nudo ferroviario, donde la Línea 1 se cruza con la que va al aeropuerto y con la línea suburbana, que también va directa al aeropuerto. Se trata de una estación grande, de tres niveles, impersonal y un poco caótica.

La estación y la zona a su alrededor no presentan ningún interés. La mayoría de los pasajeros transita por ella para hacer transbordo. El resto se dirige hacia The Mall, un gran centro comercial a poca distancia, para mirar los escaparates de las tiendas de ropa y de calzado y acabar comiendo una hamburguesa en Goody's o en McDonald's.

Un gran amigo mío, profesor de universidad, decía siempre: «El sábado, Atenas al completo sale a mirar los escaparates de zapatos».

Y un humorista griego decía también, todavía con más gracia: «Vamos al supermercado a mirar las diferentes marcas de... mostaza». Ambos expresan el espíritu y la mentalidad de los atenienses: pasar el tiempo mirando cosas...

# Marusi

Μ ΜΑΡΟΥΣΙ



El nombre histórico, y bello, de este barrio es *AmarúSION*. «Marusi» es uno de los habituales y antiestéticos diminutivos que a los griegos nos gusta mucho endosar tanto a las ciudades como a las personas, de modo que a una chica que responde al raro y antiguo nombre de *Jariklia* podemos llamarla con el muy frecuente hipocorístico «Jari», que utilizan millones de griegos.

La historia de Marusi se remonta, como en el caso de Iraklio, a la Antigüedad. Era uno de los doce demos fundados por el mítico rey Cécrope para defender la antigua Atenas de las incursiones bárbaras. Si exceptuamos el Pireo, Marusi es el municipio más grande del recorrido de la Línea 1 del metro. Su

término municipal comienza en la avenida Kimis y se extiende hasta la avenida Kifisiá, atravesando la vía hasta llegar a la calle Frangoklisiá y a la nueva «Via Ática», la autopista de circunvalación, en la zona conocida como Paradisos Amarúsi. Esta parte de Marusi, que se extiende en paralelo a la avenida Kifisiá, limita por el sur con Jalandri y por el norte con Kifisiá.

Se trata de una zona rica, que dispone probablemente del mayor pulmón verde de Atenas: el bosque de Singrú. Y no se trata sólo de un pulmón verde, sino también del mayor ejemplo de protección organizada del medio ambiente que se haya hecho jamás en Atenas.

A pesar de los atractivos de la zona, Marusi, durante la proclamación de Atenas como capital del país, apenas contaba con trescientos veinte habitantes. Cuando se organizó en comunidad, en 1925, el mismo año que Iraklio, había llegado a los cuatro mil. Actualmente son setenta y cuatro mil almas.

Aunque dispone de un vasto territorio, Marusi siempre ha vivido a la sombra de Kifisiá. Y ello se debe, en parte, a la preferencia que los soberanos de Grecia mostraron siempre por este último, hasta el punto de transformarlo en el centro de la vida política.

Sin embargo, dejemos de momento esta cuestión, que retomaremos al final de nuestro trayecto. Por ahora baste con imaginar que la estructura de estos dos suburbios era como una sucesión de círculos. El primero era el del rey y su corte. Vivían en Tatoi, a unos quince kilómetros al norte de Kifisiá. Después estaba el segundo círculo, formado por todos aquellos que gravitaban alrededor de la corte: políticos y grandes industriales. En Marusi también se formó, con el tiempo, un tercer círculo: una generación muy dinámica de empresarios, intelectuales, profesores y directores de empresa cuya ambición no era tanto seguir en contacto con el poder como acceder a él. Un acceso que dependía, en primer lugar, de la posibilidad de financiar a los políticos y sus campañas electorales, y a continuación hacer lo mismo pero con los respectivos partidos.

Poco después de la primera toma del poder por parte de los socialistas del PASOK, en 1981, el fundador de aquel partido, Andreas Papandreu, que por aquella época era también el jefe de Gobierno, llamó a este nuevo y acomodado estamento «las nuevas dinastías». La frase se podía interpretar de dos modos: por un lado indicaba un nuevo sector de la sociedad: dinámico, productivo, abierto y progresista, al menos en comparación con el precedente, que era tradicional y conservador. Por otro, que estas nuevas dinastías estaban directamente conectadas con el nuevo partido en el poder, hasta el punto de depender de él.

Un buen ejemplo de esta evolución que tuvo lugar durante los años ochenta lo encontramos hoy en la escuela media y superior. Todos los nuevos centros

educativos privados que han tomado a su cargo la instrucción de los hijos de estas familias se encuentran en esta zona, mientras que los colegios privados tradicionales, como el Colegio de Atenas o el Arsakio, se hallan en otro barrio más céntrico, el barrio de Psijikó.

Uno se da cuenta de esta atmósfera inmediatamente después de salir de la estación elevada y de encaminarse por las dos calles reales, la dedicada a la reina Amalia, la calle Reina Amalia, y la que lleva el nombre de la otra reina, la calle Reina Olga. La zona rica se encuentra en dirección a la avenida Kifisiá, con las tiendas más caras, las mansiones más elegantes y las sedes de las empresas más importantes.

Por lo que respecta al resto del barrio, no difiere en nada de cualquier barrio rico de Europa, salvo el hecho de que, en este barrio también, el modelo de edificio más habitual es el bloque de apartamentos. Los bloques se distinguen por su elegancia, pero también porque no tienen nada singular que pueda interesar a los visitantes.

Sin embargo, Paradisos Amarúision, que se encuentra a la derecha de la avenida Kifisiá, era muy distinto hasta hace relativamente poco. Se pueden encontrar aún mansiones unifamiliares de una o dos plantas con jardín.

El cambio de los últimos veinte años no se ha producido respecto a las casas, sino a los imponentes rascacielos de las empresas que, precisamente en estos últimos veinte años, se trasladaron a la periferia de Atenas. En las calles Egealía, Jimara y Paradisos, que al principio unían estas mansiones, hoy se han construido rascacielos y centros comerciales.

Este nuevo aspecto del barrio se está extendiendo también a la zona de Paradisos a gran velocidad, y está transformando Marusi en su totalidad en una ciudad autónoma dentro del gran conglomerado urbano de Atenas. Tanto es así que, hoy, la gente que vive en Marusi difícilmente «baja» al centro de Atenas: vive en su ciudad y sus nuevos vecinos más próximos no son los atenienses, sino los habitantes de Kifisiá.

KAT



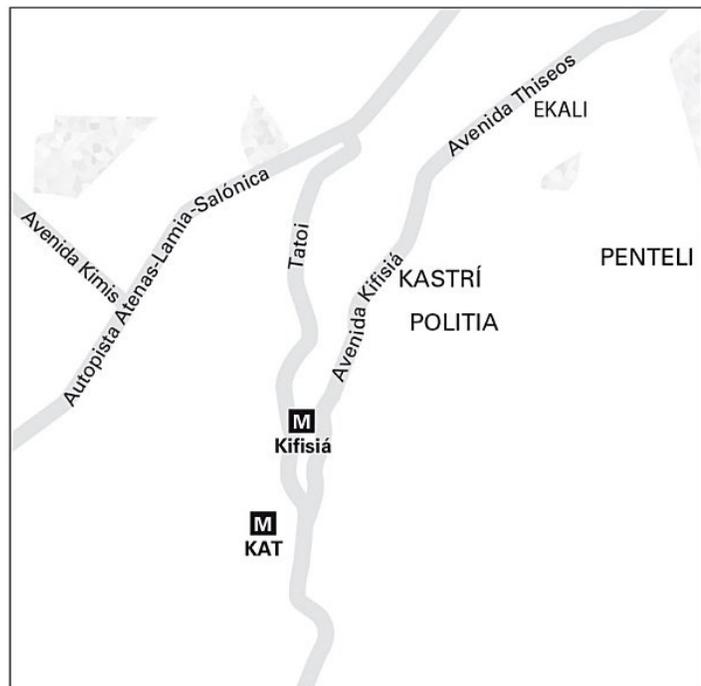
KAT es el acrónimo en griego del Centro de Rehabilitación Traumatológica, y esta estación del metro da servicio a un gran complejo hospitalario especializado en ortopedia, traumatología y, naturalmente, accidentes de carretera. Posteriormente se amplió para que fuese también un hospital de medicina general, y durante la celebración de los Juegos Olímpicos de 2004 fue el principal centro de atención médica, sobre todo porque se trataba de una estructura relativamente moderna y cercana al anillo olímpico. Por lo demás, si la memoria no me engaña, el KAT es también el único hospital público que se encuentra a lo largo de la Línea 1 del metro; creo que no hay otros.

Se trata de un hospital que me trae tristes recuerdos, porque fue precisamente allí donde murió mi madre, de insuficiencia cardiaca. Espero que perdonen el comentario personal y que no me entretenga más en él, porque no hay mucho más que contar.

Andando desde Marusi al KAT y después a Kifisiá, el viajero hallará una zona densamente poblada, pero no debe dejarse engañar, porque el KAT es sólo un hospital y no tiene ningún barrio alrededor. Hasta cierto punto parece el vínculo que une Marusi y Kifisiá.

En cualquier caso, la zona se parece mucho a Marusi y muy poco o nada a Kifisiá. Cuando el viajero baja en Kifisiá, percibe de inmediato la diferencia.

# Kifisiá



Hemos llegado al final de nuestro viaje y nos encontramos ahora en la zona de Atenas cuya influencia ha sido realmente decisiva en la vida política, social y económica de la Grecia moderna, desde 1870 hasta nuestros días. Ningún otro barrio ha tenido la importancia, para bien y para mal, que ha tenido Kifisiá para la vida de Grecia.

Como Iraklio y Marusi, Kifisiá pertenece a los antiguos demos áticos desde la época de Clístenes, y, al igual que ellos, entró a formar parte de la comunidad del Ática en 1925.

Sin embargo, las semejanzas se acaban aquí y pronto empiezan las

diferencias. El gran desarrollo de Kifisiá comienza alrededor de 1880. Muchos sostienen que se debió precisamente a la línea ferroviaria Atikí-Kifisiá, la famosa Bestia, que posteriormente fue sustituida, como hemos visto, por el Eléctrico. Es una parte de la verdad.

La otra parte tiene que ver con la compra por parte del rey Jorge I, en 1872, de una gran extensión de tierra conocida como Tatoi y que se halla a tan sólo tres kilómetros de Kifisiá. Se trata de tres latifundios de época otomana: Tatoi, Majunia y Liopesi. Jorge I, partiendo casi de cero, creó un bosque artificial con árboles y plantas procedentes de toda la cuenca mediterránea.

Uno se podría preguntar cómo es posible que un rey de Grecia, que vivía en Atenas, en un país que ha ligado su destino al sol y al mar, y cuya capital está rodeada de espléndidas playas que miran al golfo Sarónico y cercana a Eubea, prefiriese el bosque Tatoi, teniendo en cuenta que el rey era danés y, por tanto, estaba acostumbrado al mar. No hay una respuesta clara para ello. Sin embargo, lo cierto es que el primer proyecto del rey Jorge fue transformar Tatoi en la primera área recreativa de Grecia.

De ahí que la residencia que data de 1874 no sea exactamente un palacio, sino una casa de campo de dos plantas. El palacio de verdad se construyó diez años después y tomó como modelo una mansión del conjunto palaciego de Peterhof, en San Petersburgo.

Ya he señalado el hecho de que la burguesía, llegada a Atenas en una tercera ola de emigración después de la proclamación de la ciudad como capital del reino, se había introducido en la corte real, y cómo dependía absolutamente de ella. Lo mismo sucedía con la clase política, que existía sólo gracias a la corte. Cuando el rey se trasladó al palacio de la calle Herodes Ático, la política y la alta burguesía se trasladaron al barrio de Kolonaki. Y cuando Jorge I hizo construir la residencia de verano en Tatoi, la clase política y acomodada de Atenas empezó a veranear en Kifisiá.

Los primeros en enamorarse del sitio fueron los grandes comerciantes de Quíos, de Alejandría y de Constantinopla, todos criados en el mar. De hecho, quien crece cerca del mar, difícilmente se siente atraído por la montaña. Entonces, ¿de dónde venía, de repente, tanto entusiasmo por los bosques, si no era por la presencia del «monarca», como le gustaba llamarse al rey? Me limitaré a añadir que el cementerio real también se halla en Tatoi.

La clase política y la gran burguesía se concentraban en verano en Kifisiá, y Tatoi era un punto de referencia para ellos, cuyas relaciones con la casa real eran de sumisión y de dependencia.

Basta recordar algunos ejemplos. La familia Papandreu, que ha dado al país tres primeros ministros, vive desde hace tres generaciones en Kastrí, que se

encuentra a poca distancia del palacio de Tatoi. El primero en establecerse fue el abuelo, el patriarca de la dinastía de políticos, Georgios Papandreu. Cuando se atrevió a enfrentarse al rey, en 1965, fue destituido de su cargo al cabo de pocas semanas.

Antes de Papandreu, también vivió en Kifisiá el dictador Ianis Metaxás. Y allí fue también donde el embajador italiano Emanuele Grazzi le entregó el ultimátum, preludio del ataque italiano al alba del 28 octubre de 1940.

El primer jefe de Gobierno después de la caída de la Junta Militar y, a continuación, presidente de la república, Konstantinos Karamanlís, vivía en Politia, un poco alejado del centro de Kifisiá y a pocos kilómetros de la familia Papandreu. Las dos dinastías rivales que han decidido, y que aún deciden, el destino de Grecia después de la segunda guerra mundial vivían la una al lado de la otra.

Gracias a Karamanlís se puso fin pacíficamente al conflicto con la Corona al convocar el referéndum que en 1974 abolió definitivamente la monarquía.

La necesidad de estar cerca de la vida de la corte por parte de los políticos y de los empresarios creó la selecta sociedad kifisiota, como una copia exacta de la sociedad de Kolonaki de esos mismos años.

Muchas de las antiguas casas de Kifisiá no pertenecen a ninguna de las escuelas arquitectónicas de la Grecia moderna, ni a la de Plaka, ni a la neoclásica. Se parecen más a la mansión de dos plantas construida por Jorge I en Tatoi, y probablemente son las únicas casas de madera de todo el Ática. Contrariamente a cuanto sucedía en Turquía, y en particular en Constantinopla, donde hay muchas casas y espléndidas mansiones de madera que dan al Bósforo, en Grecia siempre han dominado el ladrillo y el cemento. Sea como sea, el modelo que tenían en mente los kifisiotas para sus casas de madera no era el de Turquía, sino el de los Alpes suizos.

La sociedad de Kifisiá era y continúa siendo muy cerrada. Con el tiempo, al lado de Kifisiá se ha desarrollado otro gran barrio periférico, Ekali, que se creó como una extensión de Kifisiá, pero que hoy se ha transformado en una zona habitada por nuevos ricos atenienses.

Una parte importante del viejo Kifisiá aún existe. Atravesando el centro y avanzando hacia el interior, el caminante encontrará muchísimas mansiones con jardines muy cuidados, muchas de las cuales se remontan a los años entre 1880 y 1910. Ésta es la gran diferencia de Kifisiá con respecto al segundo barrio elegante de Atenas, que no es Marusi, sino Palió Psijikó. Este último restituye, es cierto, la imagen de un barrio rico, pero Kifisiá mantiene, aparte de la riqueza, los elementos de la historia, de la tradición y del poder, a través de los cuales se ha determinado durante muchos años el destino de esta nación.

Naturalmente, si uno pasea hoy por el centro de Kifisiá no nota nada de todo esto. Se tiene la imagen de una ciudad rica, que dispone de lo más caro que pueda ofrecer el mercado mundial —desde ropa a calzado, decoración de interiores o equipos de música—. Las zonas más elegantes de París, Roma o Milán no difieren mucho del barrio de Kifisiá: las tiendas, los centros comerciales, las cafeterías son las mismas. La verdadera Kifisiá, sin embargo, se esconde detrás de la fantasmagórica riqueza de su centro, que es sustancialmente anónimo.

Los locales históricos de la zona son dos. Uno es la pastelería Varsos. Hubo una época en que toda la ciudad subía hasta Kifisiá para degustar el helado de la Varsos. Era la salida típica de los domingos por la tarde, cuando los atenienses querían dar un paseo por una zona refinada. Y, además, la pastelería Varsos era uno de aquellos establecimientos cuyos propietarios criaban cabras, ovejas y vacas, de modo que elaboraban sus dulces con la leche que ellos mismos producían.

El otro local histórico es el restaurante Leonidas, que se encuentra un poco a las afueras de Kifisiá, en Varipombi. El Leonidas se hizo famoso porque todos los domingos comía el primer ministro Karamanlís en compañía de un grupo escogido de amigos, entre los que se encontraban el compositor Manos Jadsidakis, el director de cine Alexis Miniotis y el actor Dimitris Horn. No digo que la cocina del Leonidas no fuese buena, pero creo que la clientela que reservaba mesa los domingos lo hacía más por ver a los famosos que para disfrutar de sus platos.

Sin embargo, también hay una pequeña taberna, se llama Kivotós, es estrecha y está en una calle de casitas bajas. Se trata de una casa vieja con jardín, y pertenece a una familia formada por cuatro personas: el padre, la madre y los dos hijos. En apariencia no tiene nada especial, pero su cocina es realmente extraordinaria. Para encontrarla, desde la carretera nacional Atenas-Lamía hay que girar por la calle Eleon y, después del supermercado Zanópulos, desembocar en una hermosa placita. Desde allí hay que seguir las indicaciones. El Arca (porque *kivotós* en griego significa eso, «arca») no es una taberna para gente fina, sino para sibaritas.

Final de línea. Se ruega a los señores pasajeros que bajen.

## Notas

[1] *Pastirma* es carne de camello seca y curada con especias. Actualmente, la carne de camello se sustituye a menudo por la de ternera. Las *sucuk* son salchichas de carne cruda de ternera con especias. (*N. de los T.*)

[2] *Sinikia to óniro*, dirigida por Alekos Alexandrakis. Es la mejor muestra del cine neorrealista en Grecia, con música de Mikis Theodorakis. (N. de los T.)

*Próxima estación, Atenas*  
Petros Márkaris

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: Η Αθήνα της Μιας Διαδρομής

Ilustración de la portada: fotografía del metro de Atenas bajo la Acrópolis. © Preckas / 123 RF

© 2010, Petros Markaris y Diogenes Verlag AG Zürich. Todos los derechos reservados salvo para la lengua griega

De la traducción: © Montserrat Franquesa y Joaquim Gestí, 2018

Reservados todos los derechos de esta edición para  
Tusquets Editores, S.A. - Av. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona (España)  
[www.tusquetseditores.com](http://www.tusquetseditores.com)

Primera edición en libro electrónico (epub): marzo de 2018

ISBN: 978-84-9066-516-9 (epub)

Conversión a libro electrónico: El Taller del Llibre, S. L.  
[www.eltallerdelllibre.com](http://www.eltallerdelllibre.com)

**¡Encuentra aquí tu próxima lectura!**

# NARRATIVA **LITERARIA**

---



**¡Síguenos en redes sociales!**



Petros Márkaris

# PRÓXIMA ESTACIÓN, ATENAS

*colección andanzas*



TUSQUETS  
EDITORES